

LA CIENCIA FICCIÓN DE H. G. WELLS (II)

H. G. Wells



Nada mejor que rematar la edición de esta Biblioteca de Ciencia Ficción de Ediciones Orbis con estos dos volúmenes que reúnen los relatos de ciencia ficción mas destacados de Herbert George Wells, seleccionados de entre esos 63 relatos de su producción global. Se trata, a la vez, de un rescate, el pago de una deuda y un homenaje. Y, por supuesto, del mejor colofón que puede tener esta Biblioteca.

Esta segunda parte sigue siendo magnífica. Puede que hoy en día no cataloguemos estos relatos como ciencia ficción, solo como buena fantasía, pero si nos fijamos Wells aborda temáticas que después desarrollarán autores actuales de ciencia ficción.

La única recomendación que hago para leer este libro es leerlo poco a poco, un relato cada vez, y si se puede introducir otra lectura entre relato y relato mejor, pues el estilo con que están escritos sorprende con el primero, te acostumbras con el segundo y puede cansar a partir del tercero si lo lees de un tirón.

Muy recomendable.

*Comentario de Berrinche en tercerafundacion.net el
15-08-2011*

H.G. Wells
La Ciencia-
Ficción de
H.G. Wells II

Título original: *The short stories of H. G. Wells*

Traducción: Thema

Cubierta: Tomás C. Gilsanz

© 1927; H. G. Wells.

© 1988; Ediciones Orbis, colección Hyspamérica, número 7.

Queda hecho el depósito que marca la Ley: 11.723.

Impreso en Argentina

ISBN 950-614-7965

Títulos originales de los relatos

· **Los atacantes del mar** (The sea riders, *The Weekly Sun Literary Supplement*. Diciembre 6, 1896)

· **Una raza aterradora** (The Grisly folk, *The Storyteller*. Abril 1921)

· **La esfera de cristal** (The Crystal Egg, *The New Review*. Mayo, 1897)

· **La estrella** (The Star. *The Graphic*. Diciembre, 1897)

· **El hombre que podía hacer milagros** (The Man Who Could Work Miracles. *The Illustrated London News*. Julio, 1898)

· **El bazar mágico** (The Magic Shop. *The Strand*. Junio 1903)

· **El valle de las arañas** (The Valley of Spiders. *Pearson's Magazine*. Marzo 1903)

· **La verdad sobre Pyecraft** (The Truth About Pyecraft. *The Strand*. Abril 1903)

· **El señor Skelmersdale en el país de las hadas** (Mr. Skelmersdale in Fairyland. *The Strand*, 1901)

· **El dios Jimmy Goggles** (Jimmy Goggles the God. *The Graphic*. Diciembre, 1898)

· **El nuevo acelerador** (The New Accelerator. *The Strand*. Diciembre 1901)

· **Un sueño de Armagedón** (A Dream of Armageddon. *Black and White*. Mayo-Junio 2001)

Los atacantes del mar

Capítulo 1

HASTA el extraordinario suceso de Sidmouth, la peculiar especie *Haploteuthis ferox* era conocida por la ciencia sólo de forma genérica, fundándose en un tentáculo medio digerido hallado cerca de las Azores y en un cuerpo medio descompuesto, picoteado por los pájaros y mordisqueado por los peces, encontrado a principios de 1896 por Mr. Jennings, cerca de Land's End

Realmente, en ningún ramo de la zoología estamos tan a oscuras como en el que concierne a los cefalópodos de las profundidades marinas. Por ejemplo, fue una mera casualidad lo que llevó al príncipe de Mónaco a descubrir, en el verano de 1895, casi media docena de nuevas formas, entre las que se incluía el tentáculo antes mencionado. Sucedió que unos balleneros mataron, cerca de Terceira, un cachalote que, en un último esfuerzo, casi embistió el yate del príncipe; pero falló, dio una vuelta y murió a unas veinte yardas del timón. En su agonía arrojó unos objetos de gran tamaño, que el príncipe, presintiendo vagamente que se trataba de algo extraño e importante, pudo, por suerte, recoger antes de que se hundieran. Puso las hélices en movimiento y, dando vueltas en los vórtices así creados, los mantuvo hasta que consiguieron bajar un bote. Resultó que aquellos especímenes eran cefalópodos enteros y fragmentos de cefalópodos, algunos de ellos de proporciones gigantescas, y ¡casi todos desconocidos para la ciencia!

En realidad podría parecer que estas criaturas, grandes y ágiles, que habitan en las profundidades medias del mar deberían permanecer, en gran parte, desconocidas para nosotros, ya que bajo el agua son demasiado escurridizas para las redes, y sólo por imprevistas casualidades se pueden obtener especímenes. En el caso del *Haploteuthis ferox*, por ejemplo, seguimos ignorando todo cuanto se

refiere a su hábitat, igual que ignoramos cómo crían los arenques o las rutas marítimas del salmón. Además los zoólogos no saben tampoco cómo explicar su repentina aparición en nuestra costa. Posiblemente, fue el esfuerzo de una migración causada por el hambre lo que le empujó a salir de las profundidades. Pero tal vez sea mejor evitar especulaciones necesariamente imprecisas, y pasar de inmediato a nuestra narración.

El primer ser humano que puso sus ojos en un *Haploteuthis* vivo — es decir, el primer ser humano que sobrevivió, porque ahora apenas caben dudas sobre la verdadera causa de la racha, que se produjo a primeros de mayo, de muerte de bañistas y accidentes de embarcaciones que navegaban por la costa de Cornualles y Devon— fue un comerciante de té llamado Fison, alojado en una casa de huéspedes de Sidmouth. Era por la tarde y estaba paseando por el sendero del acantilado entre Sidmouth y Ladram Bay, En este paraje los acantilados son muy altos, pero bajo su rojiza superficie existe un lugar donde se ha formado una especie de escalera. Estaba cerca de allí cuando le llamó la atención lo que al principio tomó por una bandada de pájaros que luchaba por conseguir un pedazo de comida, que a la luz del sol resplandecía con brillo blanquecino y rosado. La marea estaba baja y el objeto no solamente quedaba lejos, bajo él, sino incluso remoto, al otro lado de un ancho yermo de arrecifes cubierto de algas y salpicado de charcos de brillo plateado dejados por la marea. Además, el resplandor del agua le deslumbraba.

Un minuto después, al mirar de nuevo, se dio cuenta de que se había equivocado; sobre «aquello» revoloteaban algunas aves chovas y gaviotas en su mayoría, estas últimas centelleando cegadoramente cuando la luz del sol golpeaba sus alas—, pero todas ellas parecían pequeñas a su lado. Su curiosidad fue creciendo más y más, debido tal vez a lo insuficiente de su primera explicación.

Como no tenía nada mejor que hacer, para entretenerse, decidió convertir aquel objeto, fuera lo que fuera en realidad, en el objetivo de su paseo vespertino, en lugar de Ladram Bay, pensando que acaso se tratara de alguna especie de pez grande, encallado por algún azar y agitándose en su desgracia. Así que se precipitó escaleras abajo, deteniéndose a intervalos de treinta pies, más o menos, para recuperar el aliento y escudriñar el misterioso movimiento.

Al pie del acantilado estaba, desde luego, más cerca de su objetivo de lo que antes había estado; pero por otra parte, éste parecía juntarse ahora con el cielo incandescente, bajo el sol, y resultaba oscuro e indistinto. Cualquier cosa rosada que hubiera en él quedaba ahora

oculta por una formación aislada de rocas cubiertas de maleza. Pero era capaz de discernir que estaba formado por siete cuerpos redondeados, independientes o unidos, y de que las aves seguían graznando y chillando, aunque parecían tener miedo de acercarse demasiado.

Mr. Fison, roído por la curiosidad, empezó a buscar un camino a través de las rocas desgastadas por la marea y, al descubrir que las algas húmedas que las cubrían resultaban extremadamente resbaladizas, se detuvo, se quitó los zapatos y los calcetines y, para sortear los charcos que había entre las rocas, se dobló los pantalones por encima de las rodillas. Tal vez también estaba contento —como lo están todos los hombres— por haber encontrado una excusa para revivir, aunque fuera por un momento, las sensaciones de su niñez. En todo caso, no hay duda de que debe su vida a este incidente.

Se acercaba a su objetivo con la confianza propia de los habitantes de una región que, como la suya, les resguardaba de todas las formas de vida animal. LOS cuerpos redondeados se movían de un lado a otro, pero solamente cuando coronó el montículo rocoso que he mencionado se dio cuenta del carácter horrible de su hallazgo. Lo descubrió de forma repentina.

Los cuerpos redondeados se separaron cuando él apareció sobre el escollo, y mostraron que el objeto rosado era el cuerpo parcialmente devorado de un ser humano; pero habría sido incapaz de decir si pertenecía a un hombre o a una mujer. Los cuerpos redondeados eran unas criaturas desconocidas para él, de aspecto espantoso, cuya forma se parecía algo a un pulpo, con tentáculos enormes, muy largos y flexibles, sobre el suelo. La piel tenía una textura reluciente, desagradable a la vista, como un cuero brillante. La curva descendente de la boca rodeada de tentáculos, la curiosa excrecencia en la curva, los tentáculos y los grandes ojos inteligentes, daban a aquellas criaturas la grotesca apariencia de un rostro humane. El tamaño del cuerpo era el de un cerdo mediano y los tentáculos le parecieron de varios pies de longitud. Había, según él, por lo menos siete u ocho de aquellas criaturas. A veinte yardas de distancia, entre la espuma de la marea que subía, otras dos emergían del mar.

Sus cuerpos yacían sobre las rocas y sus ojos le miraban con perverso interés; pero no parece que Mr. Fison estuviera asustado ni que se diera cuenta de que estaba en peligro. Posiblemente su confianza debe atribuirse a la indolencia de su carácter. Pero, desde luego, estaba horrorizado, muy excitado e indignado de que tan repugnantes criaturas se alimentaran de carne humana. Pensó que se

habían tropezado por casualidad con el cuerpo de un ahogado. Gritó con la intención de alejarlas y, viendo que no se movían, buscó alrededor, recogió una piedra grande y redonda y se la arrojó a una de ellas.

Entonces, desenrollando lentamente sus tentáculos, todos los animales empezaron a moverse hacia él, arrastrándose al principio con lentitud y emitiendo un suave ronroneo entre ellos.

En un instante, Mr. Fison se dio cuenta de que estaba en peligro. Gritó de nuevo, les tiró las dos botas y, de un salto, se puso de inmediato en camino. Veinte yardas más allá se detuvo, dio media vuelta, creyendo que eran lentos, y ¡mirad!, los tentáculos del cabecilla ya estaban posándose en el escollo en el que había estado él hacia un momento.

Entonces, gritó otra vez, pero en esta ocasión no fue un grito de amenaza sino de desmayo, y empezó a saltar, a dar zancadas, a resbalar, vadeando el irregular terreno que se extendía entre él y la playa. Los altos acantilados rojizos le parecían hallarse de repente a una gran distancia, y vio, como si fueran criaturas de otro mundo, dos diminutos trabajadores empeñados en reparar el camino escalado, sin sospechar la carrera desesperada que estaba empezando a sus pies. En cierto modo, pudo oír, a no más de doce pies detrás de él, el chapoteo de las criaturas en los charcos, en una ocasión resbaló y estuvo a punto de caer.

Le persiguieron hasta el pie mismo del acantilado, y no desistieron hasta que se le unieron los trabajadores en la base del camino escalonado hacia la cima. Los tres hombres les apedrearon durante un rato y después se apresuraron a subir a lo más alto del acantilado y siguieron el camino hacia Sidmouth, con el fin de conseguir ayuda y un bote para rescatar el cuerpo profanado de las ganas de aquellas abominables criaturas.

Capítulo 2

POR si no hubiera corrido suficientes peligros aquel día, Mr. Fison subió con los demás al bote para indicar el lugar exacto de la aventura. Como la marea estaba baja, tuvieron que dar un rodeo considerable para alcanzarlo; cuando por fin llegaron al pie del camino escalonado, el cuerpo mutilado había desaparecido. Ahora el agua corría, sumergiendo primero una porción de roca fangosa y después otra, y los cuatro hombres de la barca —es decir, los trabajadores, el barquero y Mr. Fison— desviaron su atención de la costa para fijarla en el agua bajo la quilla.

Al principio no pudieron ver gran cosa debajo de ellos, salvo una oscura selva de laminaria con algún pez que, de vez en cuando, pasaba velozmente. Sus mentes estaban predispuestas a la aventura, así que expresaron su franca decepción. Pero entonces vieron uno de los monstruos nadando en el agua, mar adentro, con un curioso movimiento giratorio que hizo evocar a Mr. Fison el balanceo de un globo cautivo. Un momento después, las ondulantes serpentinas de laminaria se agitaron extraordinariamente, se abrieron un instante, y quedaron oscuramente visibles tres de aquellas bestias, luchando por lo que era con toda probabilidad algún fragmento del ahogado. Luego, las abundantes cintas verde-oliva se derramaron de nuevo sobre el convulso grupo.

Entretanto, los cuatro hombres, extremadamente excitados, empezaron a golpear el agua con los remos y a gritar y de inmediato vieron un tumultuoso movimiento entre las algas. Renunciaron a distinguir con más claridad de qué podía tratarse y, tan pronto como el agua quedó tranquila, descubrieron, según les pareció, que todo el fondo del mar entre las algas estaba cubierto de ojos.

—¡Los muy cerdos! —gritó uno de los hombres—. ¡Mirad, los hay a

docenas!

En seguida esas cosas empezaron a subir por el agua hacia ellos. Mr. Fison describió después al escritor aquella sobrecogedora erupción de los ondulantes prados de laminaria. A él le pareció que habla durado un considerable lapso de tiempo, pero es probable que, en realidad, fuera sólo cuestión de unos segundos. Durante un rato no había nada más que ojos, y después tentáculos brotando y dividiendo las frondas de algas en todas direcciones. Después aquellas cosas aumentaron de tamaño, hasta que al fin el fondo quedó oculto por sus formas enrolladas y confundidas unas con otras, y las extremidades de los tentáculos aparecieron misteriosamente aquí y allá en el aire sobre la ondulación de las aguas.

Uno se acercó audazmente al costado de la barca y, agarrándose a él con tres de sus tentáculos provistos de ventosas, lanzó otros cuatro sobre la borda, como si tuviera intención de volcar la embarcación o de subir a ella gateando. De inmediato, Mr. Fison cogió el bichero y, pinchándole furiosamente los blandos tentáculos, le obligó a desistir. Fue golpeado por la espalda y casi arrojado por la borda por el barquero, que usaba su remo para resistir un ataque similar por el otro costado de la barca. Pero los tentáculos de ambos lados soltaron en seguida su presa y se deslizaron para hundirse en el agua.

—Será mejor que nos vayamos de aquí —dijo Mr. Fison, que estaba temblando violentamente.

Se dirigió a la caña del timón, mientras el barquero y uno de los trabajadores se sentaban y empezaban a remar. El otro hombre se quedó de pie, a proa de la embarcación, con el bichero, dispuesto a golpear cualquier tentáculo que pudiera aparecer. No se habló más, según parece. Mr. Fison había expresado el sentimiento común de la forma más exacta. Con un talante taciturno y asustado, los rostros pálidos y cansados, intentaron escapar de la situación en que habían cometido el error y la imprudencia de meterse.

Pero apenas los remos se hundieron en el agua, unas misteriosas cuerdas sinuosas y delgadas los rodearon; lo mismo hicieron con el timón, y acercándose con sigilo a los costados del bote, con un movimiento serpenteante aparecieron de nuevo las ventosas. Los hombres agarraron los remos y tiraron de ellos, pero era como tratar de mover un bote en una masa flotante de algas

—¡Aquí, ayuda! —gritó el barquero. Mr. Fison y el segundo hombre corrieron a ayudarlo a sacar el remo.

Entonces el que sostenía el bichero, que se llamaba Ewan o Ewen, saltó, lanzando una maldición, y empezó a golpear hacia abajo, sobre la borda, hasta donde alcanzaba, hiriendo el banco de tentáculos que ahora se arracimaban por, el fondo de la embarcación. A un mismo tiempo, los dos remeros se pusieron en pie tratando de obtener un mejor punto de apoyo para recuperar sus remos. El barquero le entregó el suyo a Mr. Fison, que tiró de él desesperadamente y, entre tanto, el barquero abrió una navaja de muelles grande e, inclinándose sobre la borda de la embarcación, empezó a cortar las espirales de brazos que rodeaban los mangos de los remos.

Mr. Fison, tambaleándose con el balanceo de la embarcación, apretando los dientes, jadeando, saliéndosele las venas de la mano mientras tiraba del remo, dirigió de pronto los ojos mar adentro. Y allí, a no más de cincuenta yardas de distancia, en las grandes olas de la marea ascendente, una embarcación grande ponía rumbo hacia ellos; en ella había tres mujeres y un niño pequeño. Un barquero se ocupaba de remar y un hombrecillo, con un sombrero de paja con cintas de color rosa y traje blanco, estaba de pie, a popa, saludándoles. Por un momento, sin duda, Mr. Fison pensó en la ayuda que significaba, pero después pensó en el niño. Abandonó de inmediato el remo, levantó los brazos gesticulando frenéticamente y gritó al grupo de la barca que se mantuvieran lejos «¡por amor de Dios!». Dice mucho en favor de la modestia y valor de Mr. Fison el hecho de que no parece consciente de cuánto hubo de heroísmo en su acción en aquella coyuntura. El remo que había abandonado fue arrastrado en seguida hacia abajo; después reapareció flotando a unas veinte yardas de distancia.

En aquel momento, Mr. Fison notó que el bote daba violentos bandazos, y un grito ronco, un prolongado chillido de terror de Huí, el barquero, hizo que olvidara por completo al grupo de excursionistas. Se volvió y vio a Huí en cuclillas junto al tolete de proa, con el rostro convulsionado por el terror; de su brazo derecho, sobre la borda, algo tiraba fuertemente hacia abajo. Ahora lanzaba una sucesión de breves gritos agudos, «¡Oh!, ¡oh!, ¡oh!... ¡oh!», Mr. Fison cree que debía de haber estado cortando los tentáculos bajo la línea de flotación y que le habían agarrado, pero, naturalmente, es imposible decir ahora lo que ocurrió en realidad. La embarcación se inclinaba mucho, de manera que la regala estaba a menos de diez pulgadas del agua y tanto Ewan como el otro hombre estaban golpeando el agua con remo y bichero a cada uno de los lados del brazo de Hill. Mr. Fison, instintivamente, se colocó en el lado opuesto para hacerles de contrapeso

Entonces Huí, que era un hombre fornido y fuerte, hizo un esfuerzo supremo y casi se enderezó. Consiguió sacar el brazo del agua. Colgando de él había una complicada maraña de cuerdas oscuras; los ojos de uno de los brutos que habían hecho presa de él, mirando directa y resueltamente, aparecieron momentáneamente sobre la superficie. El bote se inclinaba más y más y el agua, de un color verde oscuro, se derramaba en cascadas sobre la borda. Entonces Huí resbaló y dio con sus costillas sobre la borda; su brazo, con la masa de tentáculos alrededor, cayó de nuevo al agua. Dio la vuelta, su bota coceó la rodilla de Mr. Fison, en el momento que este caballero acudía en su ayuda, y casi en el mismo instante nuevos tentáculos rodearon su cuello y su cintura; tras una lucha breve y convulsiva, durante la cual el bote estuvo a punto de volcar, Hill fue arrastrado fuera borda. La embarcación se enderezó con una violenta sacudida que casi envió a Mr. Fison sobre la otra borda, y le ocultó la lucha en el agua.

Se quedó un momento tambaleándose, tratando de recuperar el equilibrio, y entre tanto, se dio cuenta de que la lucha y la marea creciente les había llevado de nuevo cerca de las rocas cubiertas de maleza. A no más de cuatro yardas una meseta de rocas se alzaba aún en rítmicos movimientos sobre la marea. En un momento dado, Mr. Fison agarró el remo de Ewan, dio un vigoroso golpe y después, dejándolo caer, como a la borda y saltó. Sintió que sus pies resbalaban sobre la roca y, con un frenético esfuerzo, saltó otra vez hacia una masa que había a poca distancia. Dio un traspiés sobre ella, se puso de rodillas y se incorporó de nuevo.

—¡Mirad! —gritó alguien, y un cuerpo grande de color pardo le golpeó.

Uno de los hombres le hizo entrar en uno de los charcos dejados por la marea y mientras se hundía, oyó gritos sofocados, que en aquel momento creyó que eran de Hill. Entonces se encontró a sí mismo maravillándose de la estridencia y variedad de la voz de Hill. Alguien le saltó encima y un curvado torrente de agua espumosa se vertió sobre él y después desapareció. Se puso rápidamente en pie, chorreando, y sin mirar al mar, corrió, todo lo aprisa que le permitía el terror, hacia la costa. Ante él, sobre el espacio llano salpicado de rocas, daban traspiés los dos hombres, separados por unas doce yardas.

Al fin miró sobre su hombro y, viendo que no le perseguían, se volvió. Quedó atónito. Desde el momento de la aparición de los cefalópodos fuera del agua, había actuado demasiado aprisa para darse cuenta de sus propias acciones. Ahora le parecía como si hubiera

salido de repente de una pesadilla

Porque había un cielo sin nubes, en el que resplandecía el sol de la tarde, un mar que se movía bajo su brillo implacable, la suave espuma cremosa de las olas que rompían y los bajos, largos, oscuros escollos de las rocas. La enderezada embarcación flotaba, balanceándose suavemente sobre las olas a unas doce yardas de la orilla. Hill y los monstruos, toda la tensión y la agitación de aquella lucha feroz por la vida, se habían desvanecido, como si no hubieran existido nunca.

El corazón de Mr. Fison latía violentamente, se estremecía de pies a cabeza y respiraba hondo.

Faltaba algo. Durante unos segundos no pudo pensar con bastante claridad de qué podía tratarse. Sol, cielo, mar, rocas, ¿qué era? Entonces recordó la embarcación cargada de excursionistas. Se había desvanecido. Se preguntó si se la había imaginado. Se volvió y vio a los dos hombres de pie, uno junto a otro, bajo las rocas salientes de los altos acantilados de color de rosa. Vaciló, pensando si debería hacer un último esfuerzo por salvar al otro hombre, Hill. Su excitación física pareció abandonarle de golpe, y le dejó aturdido e impotente. Se volvió hacia la costa con dificultad, tambaleándose, llegó hasta sus dos compañeros.

Miró de nuevo hacia atrás; ahora había dos embarcaciones flotando, la que estaba más lejos había volcado y cabeceaba torpemente sobre el mar.

Así fue como el *Haploteuthis ferox* hizo su aparición en la costa de Devonshire. Hasta la fecha ha sido ésta su peor agresión. La narración de Mr. Fiaon, junto con la racha de naufragios y accidentes de bañistas a los que ya he aludido, así como la desaparición de los peces de las costas de Cornualles durante aquel año, indican claramente la existencia de un banco de aquellos monstruos voraces de las profundidades marinas que merodeaban lentamente a lo largo de la costa. Sé que se ha aducido una migración inducida por el hambre, como origen del impulso que los trajo hacia aquí; pero, por mi parte, prefiero creer la teoría de Hemsley. Hemsley sostiene que un grupo o banco de estas criaturas puede haberse aficionado a la carne humana después del hundimiento de un barco que habría ido a caer entre ellos, entonces habrían abandonado su hábitat natural para errar en su busca; primero acechando y persiguiendo barcos y después llegando hasta nuestras costas en la estela del tráfico atlántico. Pero discutir los

argumentos de Hemsley, convincentes y admirablemente expuestos, estaría aquí fuera de lugar.

Parece que el apetito del banco quedó satisfecho con la captura de once personas —ya que, por lo que pudo averiguarse, había diez a bordo de la segunda embarcación, y desde luego aquellas criaturas no volvieron a dar señales de vida en Sidmouth aquel día. La costa entre Seaton y Budleigh Salieron fue patrullada toda la tarde y la noche por cuatro barcas del Servicio Preventivo; los hombres iban armados con arpones y machetes; a medida que avanzaba la tarde, otras expediciones, equipadas más o menos de la misma forma y organizadas por particulares, se unieron a ellas. Mr. Fison no tomó parte en ninguna de ellas.

Hacia la medianoche se oyeron gritos de alboroto en una embarcación que estaba a un par de millas mar adentro, hacia el sudeste de Sidmouth, y se vio un farol agitándose de una manera extraña de un lado a otro y de arriba a abajo. Las barcas más próximas se apresuraron a acudir a la señal de alarma. Los atrevidos ocupantes de la barca, un marinero, un coadjutor y dos colegiales, habían visto realmente a los monstruos pasando por debajo de su embarcación. Las criaturas, según parece, como la mayoría de los organismos de las profundidades del mar, eran fosforescentes, y habían estado flotando a unas cinco brazas de profundidad más o menos, como seres imaginarios, a través de la negrura de las aguas, con los tentáculos recogidos como si durmieran, dando vueltas y más vueltas y avanzando lentamente, en una formación como de cuña, hacia el sudeste.

Aquellas personas contaron su historia entrecortadamente, gesticulando, ya que primero se acercó una barca y después otra. Al final había una flotilla de ocho o nueve embarcaciones reunidas, y de ellas salía un tumulto, como el griterío de un mercado, que se alzaba en la quietud de la noche. Hubo poca —o ninguna— disposición de perseguir a la manada; la gente no tenía ni armas ni experiencia para una caza tan incierta, y entonces —incluso quizás con cierto alivio— las embarcaciones regresaron hacia la costa.

Y ahora hay que decir lo que es quizá el hecho más asombroso de esta asombrosa incursión. No tenemos la menor idea de los movimientos subsiguientes de la manada, aunque toda la costa sudoeste estaba alertada para detectarlos. Tal vez sea significativo el que un cachalote varara en Sark, el 3 de junio. Dos semanas y tres días después de este suceso de Sidmouth, un *Haploteuthis* vivo encalló en la playa de Calais. Estaba vivo porque vanos testigos vieron cómo movía

los tentáculos de manera convulsiva. Pero es probable que estuviera moribundo. Un caballero llamado Pouchet consiguió un rifle y le pegó un tiro.

Ésta fue la última aparición de un *Haploteuthis* vivo. No se vieron otros en la costa francesa. El 15 de junio un cuerpo, casi completo, pero muerto, fue arrojado a la playa cerca de Torquay, y unos cuantos días después una barca de la estación de Biología marina, ocupada en dragar Plymouth, sacó un espécimen medio corrompido, con una profunda herida de machete. Es imposible decir cómo había muerto el primer espécimen. Y el último día de junio, un artista, Mr. Egbert Came, que se bañaba cerca de Newlyn, levantó los brazos, chilló y fue arrastrado bajo el agua. Un amigo que se estaba bañando con él no intentó salvarle, pero nadó de inmediato hacia la orilla. Este es el último hecho a narrar sobre este extraordinario ataque procedente de alta mar. Si es realmente la última de esas horribles criaturas es, por ahora, demasiado pronto para afirmarlo. Pero se cree, y hay que esperarlo así sin duda alguna, que han regresado ya, y regresado para siempre, a las profundidades sin sol de los mares medios, de las cuales surgieron tan extraña y misteriosamente.

Una raza aterradora

—¿PUEDEN tener vida estos huesos?

¿Hay acaso algo más muerto, mudo e inexpresivo para el ojo inexperto que los fragmentos de hueso amarillentos y los trozos de pedernal que constituyen los restos humanos más antiguos? Los vemos en las vitrinas de los museos, clasificados de acuerdo con unos principios que no conocemos y designados con nombres extraños: Chelense, Musteriense, Solutrense, etc... tomados, por regla general, de los lugares donde se encontraron: Chelles, Le Moustier, Solutré y otros. La mayoría de nosotros los miramos a través de un cristal, preguntándonos vaga y fugazmente por el pasado, medio salvaje, medio animal de nuestra raza. «El hombre primitivo —decimos—. Herramientas de piedra, el mamut que solía cazar...» Pocos de nosotros nos damos cuenta de hasta qué punto el trabajo sutil e infatigable del científico que los estudia a fondo consigue obtener información de esos testigos obstinados de aquellos tiempos remotos.

Uno de los resultados más sorprendentes de los últimos trabajos es la gradual evidencia de que gran cantidad de estos utensilios de piedra, y algunos de los fragmentos de hueso más antiguos atribuidos al hombre, corresponden a criaturas que en muchos aspectos se le parecen, pero que, en rigor, no pertenecen a la especie humana. Los científicos llaman a estas razas extinguidas hombres (*Homo*), de la misma manera que llaman a los leones y tigres felinos (*Felis*), pero existen fundadas razones para creer que esos hombres primitivos no fueron nuestros antepasados ni llevaron nuestra misma sangre. Se trataría de un extraño animal extinguido, semejante y emparentado con nosotros pero distinto, de la misma forma que el mamut difiere del elefante aunque esté emparentado con él y se le parezca. Los utensilios de hueso y piedra se encuentran en depósitos de considerable antigüedad: algunos de los exhibidos en nuestros museos pueden tener hasta un millón de años o incluso más, pero los restos de

criaturas humanas, mental y anatómicamente parecidas a nosotros, sólo se remontan a poco más de veinte mil o treinta mil años. Fue en aquella época cuando en Europa apareció el verdadero hombre y no sabemos de dónde vino Aquellos animales capaces de utilizar herramientas y encender fuego, que se piensa eran como el hombre pero no verdaderamente humanos, desaparecieron cuando ya existía el hombre verdadero

Las autoridades científicas distinguen cuatro especies en dichos pseudohombres. y es probable que vayan descubriéndose otras. Una raza singular construyó los utensilios que llamamos chelenses. La mayoría de ellos son cuchillos de piedra, de forma amigdaloides, encontrados en depósitos de unos 300.000 ó 400 000 años de antigüedad aproximadamente En cualquier museo de importancia, pueden verse utensilios de la época chelense. Son gigantescos, *cuatro o cinco veces mayores que los contruidos por cualquier raza de hombres verdaderos*, y están bastante perfeccionados Desde luego, los manufacturó una criatura inteligente, y unas manos grandes y toscas aferraron y utilizaron esos fragmentos de piedra Pero hasta ahora, sólo se ha encontrado una pequeña parte de esqueleto perteneciente a esta época, una maciza mandíbula inferior, sin barbilla, con unos dientes bastante más especializados que los del hombre actual. Sólo podemos conjeturar cómo era la singular figura de forma humana que comió con esa mandíbula y golpeó a sus enemigos con esos enormes y útiles cuchillos de piedra. Debe corresponder a un tipo formidable, con un cuerpo probablemente mucho mayor que el del hombre, capaz sin duda de agarrar a los osos y a los feroces leones por el cuello. No lo sabemos. Sólo disponemos de esos grandes cuchillos de piedra, de esa mandíbula maciza y... de libertad para imaginar.

El misterio más fascinante relativo a aquellas épocas de frío y escasez, anteriores a la llegada del hombre verdadero, es el enigma del hombre musteriense, que seguramente aún poblaba el mundo cuando .el hombre verdadero penetró en Europa. Vivió hasta épocas muy posteriores a la de aquellos gigantes chelenses; hace treinta mil o cuarenta mil años: ayer, en comparación con los tiempos chelenses. A estos musterienses también se les llama neandertalenses. Hasta tiempos muy recientes, se les creía hombres verdaderos como nosotros, pero estamos empezando a darnos cuenta de que eran muy distintos; tanto, que resulta imposible considerarlos parientes próximos nuestros. Andaban o se arrastraban adoptando una inclinación peculiar, no podían levantar la cabeza, y su dentadura se asemejaba muy poco a la del hombre verdadero. Curiosamente, en uno o dos aspectos tenían menos en común con los monos que

nosotros. El diente canino, el tercero a partir del centro, tan desarrollado en el gorila, y que en el hombre es puntiagudo y completamente distinto de los demás, no lo es en el hombre de Neanderthal. Éste tiene una hilera de dientes igualada; sus muelas difieren mucho de las nuestras y se parecen menos a las del mono. Tenía la cara más ancha y la frente más estrecha que el hombre verdadero, pero no porque su cerebro 'fuese más pequeño: por el contrario, era tan grande como el del hombre actual, aunque tenía otra forma: más voluminoso en su parte posterior y menos en la anterior, lo cual nos induce a suponer que actuó y pensó de manera distinta a nosotros. Quizá tenía más memoria y menos poder de raciocinio que el hombre verdadero, o acaso más energía y menos inteligencia. Carecía de barbilla, y la manera como encajan sus mandíbulas hace muy improbable que utilizara los mismos sonidos que nosotros para hablar; cabe incluso que no hablara en absoluto. No podía sostener un objeto entre el índice y el pulgar. Cuanto más sabemos acerca de este hombre-bestia, más extraño lo encontramos y menos parecido al salvaje australoide que se ha supuesto que fue.

Cuando intentamos encontrar cualquier tipo de parentesco próximo entre este animal, feo, fuerte, bravo y torpe y la humanidad, disminuyen las probabilidades de que tuviera la piel y el cabello como los nuestros, y aumentan las de que fuera distinto: de cabellos hirsutos y peludo, con un extraño aspecto inhumano y más parecido al elefante o al rinoceronte, también peludos, contemporáneos suyos. Lo mismo que ellos, vivió en las frías tierras que bordeaban las nieves y los glaciares y que, por aquel entonces, retrocedían hacia el norte. Peludo y temblé, con la cara grande como una máscara, grandes cejas protuberantes y desprovisto de frente, empuñando un enorme pedernal y corriendo como un mono con la cabeza inclinada hacia delante, y no erguida como en el hombre, debió resultar una espantosa criatura para nuestros antepasados.

Es casi seguro que estos hombres peludos y los verdaderos se encontraron. Estos últimos debieron penetrar en el hábitat de los neandertalenses y debieron enfrentarse y pelear. Quizá algún día hallemos las pruebas de esta lucha.

Europa occidental, que es tan sólo una parte del mundo, pero que ha sido completamente explorada en busca de restos del hombre primitivo, se fue calentando poco a poco. Los glaciares, que una vez cubrieron la mitad del continente, estaban en retroceso, y grandes trechos de pastos estivales y unos pocos bosques de pinos y abedules se iban extendiendo lentamente por aquellas tierras antes heladas. Por

entonces, el sur de Europa era semejante a la actual península del Labrador. Unos pocos animales resistentes al frío subsistían entre las nieves, y los osos invernanaban. Con la primavera, los pastos y bosques se llenaron de renos, caballos salvajes, mamuts, elefantes y rinocerontes procedentes de los declives de aquel gran valle templado, hoy colmado de agua: el Mediterráneo. Antes de que éste fuera invadido por el océano, las golondrinas y muchas otras aves adquirieron el hábito de migrar hacia el norte, que todavía las empuja a desafiar el paso a través de los mares peligrosos que inundan y ocultan los recónditos secretos de los antiguos valles mediterráneos. El hombre peludo se alegró del regreso de la vida, salió de las cuevas en que se había refugiado durante el invierno, y empezó a dar buena cuenta de las fieras.

Seguramente estas criaturas fueron seres casi solitarios.

En invierno, la comida escaseaba demasiado para alimentar comunidades. Cuando un macho y una hembra se juntaban, sin duda se separaban durante el invierno para volverse a reunir en el verano; cuando sus hijos crecieron lo suficiente para molestarle, el hombre peludo los mató o expulsó. Si los mató, posiblemente se los comiera. Si lograron escapar, cabe que regresaran para matarle a él. Los hombres peludos tal vez tuvieron buena memoria, poca inteligencia y un carácter obstinado.

El hombre verdadero penetró en Europa procedente del sur, pero no sabemos de dónde. Cuando apareció, sus manos eran tan hábiles como las nuestras. Podía realizar dibujos, que aún hoy admiramos, y sabía pintar y esculpir. Los utensilios hechos por él eran más pequeños que los musterienses y mucho más que los chelenses, pero mejores y más variados. No se vestían, pero fueron capaces de pintarse y probablemente hablaban. Llegaron en pequeños grupos. Eran más sociales que el hombre de Neanderthal, tenían leyes y se sometían a autocontrol; sus mentes habían recorrido un largo camino de adaptación y represión, lo que ha llevado a la intrincada mentalidad del hombre actual, con sus deseos ocultos, sus confusiones, su risa, sus fantasías y sueños. Esos hombres se mantenían unidos y se regían por las extrañas ¡imitaciones del tabú.

Eran aún seres salvajes, muy proclives a la violencia y vehementes en su lujuria y deseos; pero hasta donde eran capaces, obedecían unas leyes y costumbres, que ya eran antiguas, y temían el castigo si obraban mal. Entenderemos mejor cuanto ocurría en sus mentes si recordamos los temores, deseos, fantasías y supersticiones de nuestra niñez. Sus problemas morales eran iguales a los nuestros, sólo que...

más superficiales. Pertenecen a nuestra misma clase, pero no podemos entender ni remotamente a aquella raza terrible, ni concebir con nuestras mentes actuales las extrañas ideas que pasaban por aquellos cerebros de forma rara. Nos sería más fácil intentar soñar y sentir cómo sueña y siente un gorila.

Podemos imaginar como el hombre verdadero, procedente de las desaparecidas tierras del valle mediterráneo, se extendió hacia el norte ocupando los valles hispánicos más altos, el sur y centro de Francia y todavía más arriba, la actual Inglaterra —pues no existía el canal entre Inglaterra y Francia—; las regiones forestales al este del Rin, el amplio desierto que ahora constituye el mar del Norte, y la llanura alemana. Debieron abandonar los desiertos nevados de los Alpes, bastante más altos entonces y cubiertos de glaciares, dirigiéndose hacia el este. La migración septentrional obedeció a una razón evidente: la raza se multiplicaba y la comida escaseaba. Estarían agobiados por luchas y guerras. Carecían de morada estable, estaban acostumbrados a emigrar según las estaciones, y de vez en cuando, alguno de los grupos, empujado por el hambre y el miedo, se aventuraba más al norte, hacia lo desconocido.

Podemos imaginar a un pequeño grupo de estos nómadas, antepasados nuestros, llegando a una cumbre cubierta de pastos en esas tierras del norte. Debió ocurrir a finales de la primavera o a principios del verano, mientras seguían algunos animales herbívoros: una manada de renos o caballos.

Sirviéndose de diferentes medios, nuestros antropólogos han sido capaces de reconstruir diversos aspectos de la apariencia y costumbres de esos padres itinerantes de la humanidad.

No debieron ser grupos numerosos, pues en caso contrario no se les hubiera podido desalojar de sus anteriores territorios. Dos o tres hombres mayores de treinta años, ocho o diez mujeres y muchachas con unos cuantos niños, y algunos jóvenes de catorce a veinte años debieron constituir la comunidad. Gente de ojos marrones y cabellos ondulados oscuros; el color rubio de los europeos y el negro azulado de los chinos aún no habían aparecido en el mundo. Probablemente, el hombre más anciano gobernaba el grupo. Las mujeres y los niños se mantenían apartados de los hombres y los jóvenes, distantes de cualquier relación íntima por complejos y estrictos tabúes. Los jefes debían ser los encargados de rastrear la manada a la cual seguían. El rastreo era por aquel entonces el *summum* de la virilidad. Mediante señales y huellas que escaparían a un ojo civilizado, debieron ser capaces de interpretar los movimientos efectuados el día antes por la

manada de vigorosos y pequeños caballos que les precedía. Debieron ser tan expertos, que por ligeros indicios fueron capaces de seguir el rastro como el perro sigue un olor,

Los caballos a los que perseguían les llevaban poca ventaja —según descubrían los rastreadores—, eran numerosos y nada los alarmaba. Pastaban y avanzaban muy despacio. No había señales de perros salvajes o de cualquier otro enemigo que pudiera provocar una estampida. Algunos elefantes también viajaban hacia el norte, y un par de veces nuestra tribu se cruzó con el rastro de unos rinocerontes que marchaban hacia el oeste

La tribu se movía con ligereza. Sus individuos iban desnudos, pero pintados de blanco y negro, rojo y amarillo. Es tanto el tiempo que nos separa de ellos, que resulta difícil saber si se tatuaban. Probablemente, no. Los recién nacidos y los niños más pequeños eran llevados por las mujeres a sus espaldas, sujetos con bandas o en bolsas hechas con pieles de animales, y acaso algunos, o todos, vestían mantos o fajas de piel de león y ceñían bolsas o cinturones de cuero. Los hombres empuñaban lanzas de punta afilada y llevaban fragmentos de pedernal en las manos.

Unas semanas antes, el anciano, el patriarca, señor, dueño y padre del grupo, había sido pisoteado y destrozado por un enorme toro en una ciénaga lejana. Después dos de las muchachas fueron raptadas por los jóvenes de otra tribu más numerosa. A causa de estas pérdidas, el resto de la tribu buscaba nuevas tierras para cazar.

El paisaje que pudo contemplar el reducido grupo al llegar a la cima de la colma, era una versión más sombría, desolada e inhóspita que el de la Europa occidental que hoy conocemos. En derredor, se extendía un declive cubierto de pastos, a través del cual voló una avefría emitiendo su melancólico grito. Más allá, un gran valle flanqueado por colinas purpúreas, por encima de las cuales se perseguían las sombras de las nubes de abril. Donde las colinas se volvían arenosas, surgían bosques de pinos y abedules, pequeños valles aparecían llenos de matorrales y en sus laderas húmedas se encontraba una serie de pantanos de un color verde brillante y extensos charcos de agua sucia. En la espesura de los valles, acechaban muchos animales, y donde los riachuelos serpentinos habían erosionado el suelo, aparecían riscos y cuevas. A lo lejos, más al norte, en los declives de unas colinas que ahora descubrían, podían verse poneys pastando. A una señal de los dos jefes, el pequeño grupo se detuvo, y una de las mujeres que hablaba en voz baja con una niña pequeña, calló. Los hermanos observaban gravemente la vasta

perspectiva.

—¡Uf! —exclamó uno bruscamente, señalando con el dedo.

—¡Uf! —gritó su hermano.

Los ojos de toda la tribu miraron en la dirección apuntada por el dedo.

Todos quedaron con la mirada fija.

Todos permanecieron inmóviles; la sorpresa los había dejado paralizados.

A lo lejos, en la falda de una colina, con el cuerpo de perfil y la cabeza vuelta hacia ellos, también paralizada por la sorpresa, se divisaba una figura gris y encorvada, más corpulenta pero más baja que un hombre. Había trepado por detrás de un repliegue del terreno con el fin de escudriñar a los poneys, y de pronto volvió sus ojos y vio a la tribu. Su cabeza se proyectaba hacia delante como la de un babuino. En su mano aferraba algo que al grupo le pareció una gran piedra.

Durante algún tiempo, la mutua curiosidad animal mantuvo inmóviles al descubierto y a los descubridores. Luego, algunas mujeres y niños empezaron a moverse y avanzaron para ver mejor a la extraña criatura.

—¡Hombre! —dijo una vieja de cuarenta años—. ¡Hombre!

Al advertir el movimiento de las mujeres, aquel hombre terrible se volvió y corrió toscamente una veintena de metros hacia el bosque de abedules y malezas. Después, se paró otra vez para mirar un momento a los recién llegados, agitó el brazo de una forma extraña y penetró entre la vegetación.

Las sombras de la maleza lo engulleron, y en el momento de ocultarlo le confirieron un aspecto colosal. Confundido con ella, les observó. Las ramas de los árboles se convirtieron en largas extremidades plateadas, y un tronco crujió al caer.

Eran las primeras horas de la mañana y a lo largo del día, los jefes de la tribu esperaban llegar hasta donde estaban los poneys, aislar a uno allá abajo, entre las malezas y lugares pantanosos, herirlo, seguirlo y matarlo. Entonces celebrarían una fiesta, y en algún lugar

del valle encontrarían agua y madera seca para encender fuego antes de que se hiciera de noche. Hasta el momento, la mañana les había parecido agradable y esperanzadora. Pero ahora se hallaban desconcertados. La aparición de aquella figura gris era como una repentina, horrible e inexplicable mueca que les hubiera dedicado la soleada mañana.

La expedición permaneció un rato mirando atentamente, y a continuación los dos jefes intercambiaron unas pocas palabras. Waugh, el mayor, señaló el lugar con el dedo. Click, su hermano, asintió con la cabeza. Irían, pero en lugar de bajar por el declive hacia la maleza, rodearían la colma

—Venid —dijo Waugh, y el pequeño grupo se puso otra vez en movimiento.

Pero ahora marchaba en silencio. Cuando uno de los niños pequeños quiso preguntar algo a su madre, ésta lo redujo al silencio con una amenaza. Todos miraban fijamente hacia la maleza.

De pronto, una muchacha chilló y señaló con el dedo. Los demás se sobresaltaron y detuvieron la marcha.

Aquella cosa terrible estaba nuevamente allí. Corría por el terreno despejado, brincando casi a gatas. Tenía la espalda curvada y era bajo pero muy grande; era un monstruo semejante a un lobo de pelo gris. Algunas veces, sus largos brazos casi tocaban el suelo. Estaba más cerca que antes, pero desapareció otra vez entre las ramas. Parecía introducirse entre unos helechos rojos marchitos...

Waugh y Click se consultaron mutuamente.

A un kilómetro y medio de allí comenzaba el valle cubierto de maleza. Más allá, se extendían unas colinas onduladas y sin vegetación. Los caballos seguían pastando en la dirección del sol, y ahora, hacia el norte, en lo alto de una colma, podía verse una manada de rinocerontes alejándose, cuyos redondos traseros parecían una sarta de cuentas negras.

Si la tribu avanzaba a través de los pastos, aquel ser que les acechaba tendría que permanecer oculto o salir al descubierto. Si salía, los doce hombres y jóvenes de la tribu ya sabían cómo tratarle.

Así pues, empezaron a caminar a través de los pastos. El pequeño grupo dio un rodeo hasta el principio del valle y, una vez allí, los

hombres se quedaron en la cima mientras las mujeres y los niños avanzaban por campo abierto.

Durante un rato, los observadores permanecieron inmóviles, y a continuación Waugh empezó a hacer ademanes de desafío. Click no iba a quedarse atrás. Se lanzaron gritos hacia el espía escondido, y uno de los muchachos, que tenía algo de payaso, después de ejecutar ciertas muecas y gestos desagradables, acabó haciendo una excelente imitación de aquella cosa gris corriendo a saltos. Al ver esto, el miedo dio paso a la hilaridad.

En aquella época, la risa era un don social. Los hombres podían reír, pero no aquel horrible prehumano que observaba y se sorprendía en la sombra. Se maravilló. Los hombres se movían, reían y se pegaban mutuamente en los muslos mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

Ninguna señal salió de la maleza.

—¡Yajah! —exclamaron los hombres—, ¡Yajah! Bzzzzz. ¡Yajah! ¡Yah!

Olvidaron por completo lo asustados que habían estado.

Y cuando Waugh pensó que las mujeres y los niños ya estaban a suficiente distancia, ordenó a los hombres que le siguieran.

De una manera parecida a ésta, aquellos hombres, antepasados nuestros, vieron por primera vez a los prehumanos en las soledades de Europa occidental...

Ambas razas no tardarían en mantener una vecindad más estrecha.

Los recién llegados fueron introduciéndose paulatinamente en las tierras de aquellos hombres aterradores. Al poco tiempo, empezaron a verse otros ejemplares de formas semihumanas que se ocultaban y figuras grises que corrían entre las sombras del anochecer. Una mañana, Click encontró unas huellas estrechas y largas alrededor del campamento...

Días más tarde, mientras comía una baya espinosa, una de las niñas se alejó demasiado del grupo. Se oyó un chillido, un forcejeo y un ruido sordo, y una cosa gris y peluda se abrió paso entre los matorrales llevándose a su víctima. Waugh y tres de los hombres más jóvenes le persiguieron. Alcanzaron a su enemigo en una hondonada

oscura y muy espesa. Esta vez no se las tuvieron que ver con un neandertalense solitario. Saliendo de entre las ramas, se les acercó un gran macho con el fin de proteger la retirada de su compañera, y alcanzó con una roca a un joven, al que dejó cojo. Pero Waugh arrojó su lanza, que hirió en el hombro al monstruo, el cual se detuvo gruñendo.

No escucharon ningún otro sonido procedente de la niña robada. La hembra apareció durante un momento por encima de la hondonada, gruñendo, manchada de sangre y con un aspecto horripilante, y los hombres se detuvieron, temerosos de continuar su persecución y sin importarles desistir. Uno de ellos ya se alejaba cojeando y tocándose la rodilla con la mano.

¿Cuál fue el resultado de esta primera batalla?

Quizá fue contrario a los hombres de nuestra raza. Quizá el gran macho neandertalense con los pelos y barba horriblemente erizados, cayó a la hondonada con un rugido atronador y una gran piedra en cada mano. No sabemos si lanzaba aquellos grandes discos de pedernal o golpeaba con ellos. Quizá Waugh murió en el momento de huir. Acaso para la pequeña tribu el episodio significó un tremendo desastre. Sin detenerse, dos de sus miembros huyeron hacia las colinas tan aprisa como pudieron, manteniéndose juntos para protegerse y dejando atrás al joven herido, que cojeaba solo y aterrado.

Supongamos que al fin consiguió regresar a su tribu... después de vanas horas de pesadilla.

Ahora que Waugh había desaparecido, Click se convirtió en el patriarca. A él correspondió disponer el campamento de la tribu aquella noche y encender el fuego en lo alto de las colinas, entre los brezos lejos de los matorrales donde podía esconderse el hombre aterrador.

Lo que aquél pensaba de los hombres lo ignoramos, pero lo que éstos pensaban de él sí podemos imaginarlo: consideraban los diversos modos en que podía actuar el enemigo e idearon la manera de engañarlo. Tal vez fue Click el primero en tener la idea de acercarse por arriba al barranco, donde tenían sus guaridas los hombres de Neanderthal, porque, como ya hemos dicho, los neandertalenses no podían levantar la cabeza. Una vez allí, deslizarían una piedra sobre ellos o bien les arrojarían teas ardiendo a fin de incendiar los helechos secos.

Es agradable pensar en una victoria de los hombres. Ese Click que hemos conjurado huyó presa del pánico al producirse el primer ataque del terrible macho, pero aquella noche, mientras meditaba al lado del fuego, creyó oír el grito de la ruña raptada y le invadió la rabia. Luego, soñó que aquel ser aterrador le atacaba. Click luchó con él y acabó despertándose completamente furioso. La hondonada donde había perecido Waugh le fascinaba. Se sintió impelido a volver allí para ver otra vez a aquellas bestias horribles acecharlas siguiendo sus huellas y, emboscado, observarles otra vez. Se dio cuenta de que los neandertalenses no podían trepar con la misma facilidad del hombre, oír tan bien, ni huir con la misma rapidez. Aquellos hombres horribles debían ser tratados como los osos, animales cuya lentitud permite echarse a correr, dispersarse y luego acercárseles por detrás.

Pero dudamos de que el primer grupo humano llegado a la tierra de los hombres aterradores fuera tan inteligente como para solucionar los problemas presentados por este nuevo tipo de guerra. Quizá regresaron al sur, a las regiones más propicias de las cuales procedían, y fueron absorbidos o eliminados por los de su propia estirpe. Acaso perecieron todos en aquella nueva tierra donde eran unos intrusos. Pero tal vez permanecieron allí y mantuvieron su presencia y aumentaron su número. Si, en efecto, sucedió de este modo, otros de su propia clase les siguieron y conquistaron un futuro mejor.

Aquél fue el principio de una era de pesadilla para los niños de la tribu humana. Sabían que les vigilaban.

Les seguían las huellas. Las leyendas acerca de ogros y gigantes que comen carne humana y cazan a los niños pueden provenir de esos lejanos días de terror. En cuanto a los neandertalenses, éste fue para ellos el principio de una guerra incesante, que sólo terminaría con su exterminio.

Aunque no fuesen tan altos ni anduviesen tan erectos como el hombre, los neandertalenses eran más pesados y fuertes, pero también más estúpidos, y vivían aislados en grupos de dos o tres; en cambio, los hombres eran más rápidos, inteligentes y sociales: cuando luchaban lo hacían unidos. Acecharon, rodearon, incomodaron y atacaron a sus enemigos por todos lados. Lucharon con aquella horrible raza como los perros con un oso. Se gritaban unos a otros lo que debían hacer, mientras los neandertalenses, que no solían hablar, no les entendían. Se movían demasiado aprisa y luchaban con demasiada astucia.

Fueron muchos y encarnizados los duelos y batallas que

sostuvieron por la posesión del mundo estas dos estirpes de hombres en las estepas ventosas y en aquella sombría época. Las dos razas eran incompatibles. Ambas ambicionaban las mismas cavernas y pedregales cercanos a los ríos, donde podían obtenerse los pedernales de mayor tamaño. Ambas luchaban por los mamuts muertos, encenagados en los pantanos, y por los renos que sucumbían en la época de celo. Cuando una tribu humana encontraba señales de los hombres neandertalenses cerca de su cueva o lugares de acecho, se veía forzada a perseguirlos y matarlos; su seguridad y la de sus hijos únicamente podía asegurarse mediante estas matanzas. Por su parte, los neandertalenses pensaban que los niños humanos eran buenos para jugar y para devorarlos.

Ignoramos cuánto tiempo logró sobrevivir el hombre aterrador en aquel frío mundo de pinos y abedules plateados, entre las estepas y los glaciares, después de la llegada del hombre. Puede haber subsistido durante muchísimo tiempo, volviéndose más astuto y peligroso a medida que disminuía su número. El hombre lo cazó rastreando sus huellas, observando el humo de sus fuegos y quitándole la comida.

En ese mundo olvidado, aparecieron grandes paladines, hombres que se enfrentaban con el hombre-bestia gris, lo derrotaban y mataban. Confeccionaron largas espadas de madera, con las puntas endurecidas por el fuego, y construyeron escudos de piel para protegerse de sus poderosos golpes. Los atacaron con piedras atadas a cuerdas o lanzadas con hondas. Pero no fueron sólo los hombres quienes lucharon contra la bestia horrible; también se enfrentaron a ellos las mujeres. Éstas protegieron a sus hijos y estuvieron al lado de sus hombres para luchar contra el ser espantoso que parecía y no parecía humano. A menos que los sabios interpreten erróneamente los signos, fueron las mujeres quienes engrandecieron las tribus en que se fueron convirtiendo las familias de aquellos tiempos remotos. El ingenio sutil y amoroso de las mujeres protegió a sus hijos de la cólera feroz del patriarca, enseñó a esquivar sus celos y furores, y lo persuadió para que los tolerara, obteniendo así su ayuda contra el terrible enemigo. Fue la mujer, dice Atkinson, quien en los principios de la raza humana enseñó los primeros tabúes: que un hijo debe apartarse del camino de su madrastra y buscar esposa en otra tribu, para así mantener la paz en la familia; quien se interpuso entre los fraticidas y quien primero trataba de pacificar los ánimos. Las primitivas sociedades humanas fueron fruto de su trabajo. Supo enfrentarse a la sociedad y a la fiera distante del macho adulto. A través de ella los hombres aprendieron a colaborar como hijos y hermanos. El neandertalense no aprendió ni el más mínimo rudimento de colaboración, en cambio, el hombre ya había ideado un alfabeto

que algún día se difundiría por toda la Tierra. Los hombres formaban grupos que oscilaban de doce a veinte individuos aproximadamente. En cambio, los grupos de neandertalenses no pasaban de dos o tres, por lo que fueron perseguidos y eliminados hasta su total extinción.

Generación tras generación, época tras época, se desarrolló esa larga lucha entre los hombres que no eran completamente humanos y el hombre verdadero, antepasado nuestro, que llegó a Europa occidental procedente del sur. Miles de combates y muertes, matanzas inesperadas y huidas temerarias tuvieron lugar entre las cuevas y las malezas de aquel ventoso y frío mundo de la época que va desde la última glaciación a los tiempos actuales. Al fin, el último de aquellos hombres horribles se vio obligado a enfrentarse con las espadas de sus perseguidores en medio de la ira y el desespero.

¡Cuántos sobresaltos durante esa larga lucha! ¡Cuántos momentos de terror y de triunfo! ¡Cuántos actos de fidelidad y valentía desesperada! Y los esfuerzos de los vencedores eran nuestro esfuerzo; en líneas generales, nosotros somos idénticos a aquellos seres morenos y pintarrajeados que corrían, luchaban y se ayudaban unos a otros. La sangre de nuestras venas ya ardía en aquellas batallas y se helaba en aquellos terrores de un pasado olvidado. Porque se ha olvidado. Excepto, quizá, en algunos vagos terrores de nuestros sueños y en algunos elementos subyacentes en las leyendas y cuentos infantiles, ha desaparecido por completo de la memoria de nuestra estirpe. Pero nunca se pierde todo sin dejar rastro. Hace setenta u ochenta años, unos sabios curiosos empezaron a sospechar que en ciertos fragmentos de pedernal y restos de huesos hallados en depósitos antiguos, se ocultaban recuerdos de aquellas épocas primitivas. Mucho más recientemente, otros han empezado a encontrar indicios de extrañas experiencias remotas en los sueños y fantasías de las mentes modernas. De manera gradual, estos huesos reseco empiezan a revivir.

La reconstrucción del pasado es una de las aventuras más sorprendentes de la humanidad. Ésta, al seguir las investigaciones de los estudiosos de estos antiguos restos, se siente como un hombre que hojea las páginas amarillentas de un viejo y olvidado diario, un libro que habla de su adolescencia. Su pasada juventud revive, una vez más le aguijonean los antiguos estímulos y recobra la felicidad de antaño. Pero las antiguas pasiones que una vez ardieron, ahora sólo le producen un poco de calor, y los viejos temores y angustias ya no significan nada.

Puede que un día, estas memorias recuperadas se vuelvan tan

vividas como si nosotros mismos hubiéramos estado allí compartiendo la emoción y el miedo de aquellos primeros tiempos; puede llegar un día en que las bestias del pasado cobren vida en nuestra imaginación, recorramos una vez más escenarios ya desvanecidos, movamos unos miembros pintados que creíamos convertidos en polvo, y sintamos de nuevo el calor del sol de un millón de años atrás.

La esfera de cristal

EL año pasado existía aún, no lejos de Los *Siete Cuadrantes*, una tiendecilla de aspecto mísero, sobre cuya muestra, en letras amarillas y medio borradas, se leía. «*C Cave, naturalista y anticuario*». El contenido de los escaparates era curiosamente variado. Encerraban aquellos, en efecto, colmillos de elefante, un juego de ajedrez incompleto, cacharros de cristal, armas, un muestrario de ojos de animales, dos cráneos de tigre, una calavera, vanos monos disecados (uno de ellos sirviendo de soporte a una vieja lámpara de petróleo), un huevo de avestruz con deyecciones de moscas, artes de pesca y una pecera vacía y empolvadísima. También había, en el momento de dar comienzo a esta historia, un objeto de cristal en forma de bola, maravillosamente translúcida.

Dos personas permanecían paradas ante el escaparate contemplando la cristalina esfera: una de ellas, alta y seca, con todo el aspecto de un clérigo; la otra, baja y enjuta, de tez cobriza y negra barba. Este segundo individuo hablaba gesticulando con vivacidad y parecía querer decidir a su compañero a comprar el objeto contemplado.

Mientras se desarrollaba esta escena de puertas afuera, el señor Cave salió de la trastienda mascullando todavía la última tostada de su desayuno.

Al advertir la presencia de los presuntos compradores y la causa de su atención, mostró cierta intranquilidad. Lanzando una mirada furtiva por encima del hombro, acercose a la puerta y la cerró con suavidad.

Era el señor Cave un viejecillo de apergaminada y casi verdosa cara, cuyo rasgo saliente lo constituían unos ojos azules clarísimos y en extremo movibles. Los cabellos, de un gris sucio caían en abundante

cascada sobre el grasiento cuello de una levita verdosa y en extremo raída. Añadid a estos detalles un sombrero de copa, de forma inverosímil, y unas pantuflas de orillo de edad respetable, y tendréis una idea bastante aproximada del famoso anticuario.

Como ya he dicho, la persistencia de los dos desconocidos le había intranquilizado hasta un extremo indecible. Presa de gran ansiedad, espiaba los movimientos de aquellos hombres

El que parecía un clérigo se registró los bolsillos del pantalón, saco un puñado de monedas y sonrió con cierta complacencia. Este gesto aumentó la zozobra del señor Cave quien creyó que se le venía el mundo encima al observar que ¡os dos extraños personales entraban en la tienda

El clérigo, sin entrar en preámbulos, preguntó el precio de la bola de cristal. Después de dirigir el señor Cave una mirada inquieta hacia la trastienda, contestó, la voz algo velada por la emoción

—Este objeto vale cinco guineas, caballero.

Parecía al clérigo bastante caro, y así lo manifestó a su compañero, intentando luego entrar en regateos. La verdad es que, al pedir el anticuario una cantidad tan elevada, lo hacía obedeciendo a un plan, el de dificultar la venta. Comprendiendo que no debía mostrarse dispuesto a condescendencias, avanzó con dirección a la puerta y la abrió, no sin decir con acento algo más vigoroso que la vez primera

—Cinco guineas, señores. Me es imposible darlo más barato.

En este momento apareció una fisonomía femenina, animada por vivarachos ojillos, tras del biombo situado ante la puerta de la trastienda. No pasó inadvertida para el señor Cave la presencia al paño de este cuarto personaje. Sacando fuerzas de flaqueza, aunque sin poder disimular completamente el temor que le embargaba, repitió:

—Nada, señores... ¡Ni un céntimo menos!... Cinco guineas, si lo quieren.

El hombre barbudo, que hasta entonces había permanecido de simple espectador, examinando con su penetrante mirada al señor Cave, rompió el silencio diciendo:

—Dele usted las cinco guineas.

El clérigo se volvió hacia su acompañante para ver si hablaba en serio, y cuando se convenció de ello, tornó a mirar al anticuario y vio que la palidez de éste había aumentado.

—Ciertamente es carísimo —dijo el clérigo, en tanto que volvía a rebuscar en los bolsillos. No disponiendo más que de treinta chelines, pidió el resto a su consejero. Entre aquellos dos hombres parecía existir gran intimidad.

La investigación pecuniaria a que se había entregado el clérigo dio tiempo al señor Cave para coordinar sus ideas. Con aparente tranquilidad empezó a explicar que en realidad la bola de cristal no estaba en venta. Los dos clientes se mostraron sorprendidos de aquella singular salida, y arguyeron que en tal caso debía haberseles manifestado desde un principio la expresada circunstancia.

La turbación del señor Cave iba en aumento. No sabiendo qué contestar a los desairados compradores, improvisó una historia inverosímil, asegurando, por último, que no podía vender la bola de cristal por hallarse en tratos con un antiguo cliente. El clérigo y su amigo, creyendo que el señor Cave inventaba todo aquello para aumentar el precio del objeto, y decididos a no dejarse explotar, hicieron ademán de marcharse.

Aún no habían llegado a la puerta cuando apareció por la de la trastienda la propietaria del establecimiento. Era una mujer corpulenta, de fisonomía vulgarísima y mucho más gruesa que el señor Cave. Andaba pesadamente, como si le costara trabajo levantar los pies del suelo.

—La bola de cristal —dijo la señora Cave— está a la disposición de ustedes, porque cinco guineas es un precio muy admisible. Quisiera yo saber —añadió encarándose con su esposo— qué ventolera te ha dado para despreciar las ofertas de estos caballeros.

El aludido, que era presa de fuerte temblor nervioso desde que su consorte hizo irrupción en la tienda, dirigió a la intrusa una mirada de enojo y, sin excesiva dureza, se atrevió a proclamar su derecho a tratar los asuntos mercantiles con entera independencia.

Siguióse un altercado. Los dos compradores contemplaban la curiosa escena con interés y regocijo, dando la razón a la señora Cave cuando se presentaba la oportunidad.

El infeliz anticuario, sintiéndose vencido, hizo un esfuerzo y persistió en su increíble y embarullada historia del cliente encaprichado con la bola de cristal.

Puso término al debate el más joven de los compradores, proponiendo que, si al cabo de dos días el pretendido cliente no había comprado la bola, quedaría ésta a disposición del clérigo, mediante la entrega de las cinco guineas consabidas.

La señora Cave se apresuró a dar su asentimiento, y queriendo dejar en buen lugar a su marido, dijo a los desconocidos que a veces tenía rarezas inexplicables, pero que al fin y a la postre concluía por reconocer sus yerros.

Saludaron muy cortésmente los compradores y se marcharon. Apenas quedaron solos el señor Cave y su dulce mitad, reanudose la discusión. Ésta interpelaba a aquél con singular autoridad. El viejecillo, demudado y tembloroso, balbuceaba palabras ininteligibles, insistiendo en que la bola de cristal estaba apalabrada, y en que de todos modos el rarísimo objeto valía por lo menos quince guineas.

—Entonces —replicó la mujerona— ¿por qué les has pedido cinco?

—Porque... así lo he tenido por conveniente. ¿Puedo o no ser dueño de mis acciones?

El señor Cave tenía un hijo político y una nuera que habitaban en la tienda. Como es de suponer, aquella noche, después de la cena, se renovó la discusión sobre la venta fracasada. Hay que advertir que ninguno de los hijos del anticuario tenía formada buena opinión sobre los métodos comerciales del señor Cave. De modo que ya podrá suponerse cómo calificarían el acto realizado algunas horas antes por el papá.

—Estoy seguro de que no es ésta la primera vez que te niegas a vender ese cachivache —afirmó el hijo político, un mocetón de dieciocho años, con traza de bruto.

—¡Despreciar así cinco hermosas guineas! —exclamó la nuera, joven personita de veintiséis primaveras, dotada por las señas de gran espíritu práctico

Les argumentos del señor Cave iban siendo cada vez más débiles. Ya casi sin alientos limitábase a declarar que él sabía muy bien por dónde se andaba. Apenas acabo el mísero de comer, obligáronle sus

desconsiderados parientes a cerrar la tienda. El señor Cave ejecutó maquinalmente la operación. Ardían sus mejillas y pugnaban las lágrimas por asomarse a sus ojos.

—¿Por qué diablos —se preguntaba el infeliz— se me habrá ocurrido dejar tanto tiempo en el escaparate esa maldita bola de cristal?... ¿Qué estupidez más grande!...

Esto era lo que más le acongojaba. Durante mucho tiempo estuvo dando vueltas al magín en busca de un pretexto aceptable para imposibilitar la venta.

Después de cenar, yerno y nuera se fueron de paseo, luego de hermoarse. La señora Cave se retiró a sus habitaciones del entresuelo para reflexionar sobre las condiciones comerciales del cristal, al mismo tiempo que comprobaba las propiedades tónicas del ron, del azúcar y del limoncillo, mezclados según arte con un poco de agua caliente.

El señor Cave permaneció hasta muy tarde entre sus queridos trastos, con el pretexto de hacer pequeñas rocas ornamentales para unas viejas peceras. En realidad, lo que le retenía en la tienda era algo que quedó explicado horas después. Al día siguiente, en efecto, advirtió ¡a señora Cave que la esfera de cristal había desaparecido del escaparate, yendo a ocultarse tras de un montón de libroles viejos. Aquello contrarió a la excelente señora, quien, ni tarda ni perezosa, volvió a colocar la bola en el escaparate y en el lugar más visible. Por extraño que parezca, la señora Cave no interpeló a su esposo sobre el asunto Y no lo hizo, porque aquella tarde se encontraba acometida de fortísima jaqueca El día transcurrió monótona y desagradablemente. El señor Cave estuvo más preocupado que de costumbre, y además de un humor imposible. Aprovechando la siesta de su consorte, dirigiose al escaparate y se apoderó del malhadado objeto, causa de todos sus disgustos.

Al día siguiente fue el señor Cave a entregar a la clínica de un hospital varios ejemplares de perros marinos que le habían encargado los disecadores. Durante la ausencia del singular naturalista, distraía sus soledades la señora Cave pensando en la inversión que daría a las cinco guineas una vez que se vendiera la bola de cristal. Entre las aplicaciones que tendría el dinero figuraban un vestido de seda verde para ella y una excursión campestre a Richmond para toda la familia. Aún no había fijado la señora Cave en su imaginación de un modo definitivo si el paseo familiar sería a Richmond o a Windsor, cuando la sacó de sus cavilaciones el sonido discordante del timbre existente en

la puerta.

Era el recién llegado un profesor de zoología, e iba a quejarse de que aún no le hubiera remitido el señor Cave unas ranas encargadas la tai de anterior.

En honor de la verdad, a la señora Cave le era muy antipática esta rama del comercio de su marido. Así es que el pobre zoólogo tuvo que afrontar algunas inconveniencias. No obstante, como hombre bien educado, sufrió el chaparrón y se despidió dando todo género de explicaciones.

Una vez sola en sus dominios, dirigió la señora Cave escrutadora mirada en dirección del escaparate. La contemplación de la bola de cristal era para ella la seguridad de tener cinco guineas, la realización de sus sueños dorados. ¡Cuál no sería, pues, su sorpresa al ver que su bola había desaparecido! La buscó animosamente tras de los libros viejos de marras. ¡Nada! Se trataba, sin duda, de una nueva jugarreta del testarudo anticuario. Pensando en encontrarla escondida en alguna parte, revolió la cuitada, inútilmente, todos los rincones de la tienda.

Cuando regresó el señor Cave de entregar sus lobos marinos, a cosa de las dos menos cuarto, encontró la tienda en el mayor desorden y a la dulce esposa entregada tras del mostrador a una concienzuda destrucción de su instrumental de disecador. La biliosísima señora desahogaba así el enojo que la dominaba. Echando lumbre por los ojos, acusó inmediatamente al señor Cave de *haberlo escondido*.

—¿Y qué es lo que he escondido? —preguntó el acusado.

—La bola de cristal.

Al oír esto, el señor Cave, aparentando sorpresa, como hacia el escaparate.

—¿Y dónde está, cielo santo? ¿Qué habrá sido de ella?

En el preciso instante de lanzar el señor Cave las dos interrogadores, su yerno, que había llegado de la calle minutos antes, salió de la trastienda jurando como un carretero. Estaba incomodadísimo porque aún no se encontraba dispuesto el almuerzo y tenía que marcharse al taller de ebanista donde hacía su aprendizaje.

Al enterarse de la pérdida de la bola de cristal, olvidose del condumio y arremetió contra su suegro. Lo primero que se le ocurrió

fue que el señor Cave era el autor de la sustracción. Pero el anticuario se defendía con habilidad de las acusaciones. Argumentando como un letrado, llegó a arrojar la responsabilidad de lo sucedido sobre la señora Cave primero, y después sobre el gandul del yerno, al que increpó diciéndole que se habría apoderado de su bola para venderla subrepticamente. Como es natural, se originó una discusión en extremo desapacible y accidentada, a la que puso inopinado término la anticuaría con uno de sus característicos ataques de epilepsia. Todo aquello influyó en que el yerno llegara tarde al taller.

El señor Cave se refugió en la trastienda, huyendo de los probables, aunque involuntarios arañazos de su cónyuge.

Por la noche volvió a ser tratada la cuestión en consejo de familia presidido por la nuera. Examinose el asunto desde el punto de vista práctico. Al principio todo fue bien, pero agriándose poco a poco los debates, se armó una tremolina más que regular, viéndose obligado el señor Cave a marcharse a la calle después de dar un terrible portazo para hacer patente su indignación.

Cayó sobre el fugitivo una nube de díctenos, y en vista de que esto no conducía a nada positivo, acordaron los individuos de la familia Cave llevar a cabo una investigación detenida en toda la casa, desde el desván al sótano, con la esperanza de descubrir el escondrijo de la bola.

Al día siguiente reaparecieron los dos compradores. Los recibió la señora Cave con lágrimas en los ojos. Empezó por contar a los desconocidos las mil y una contrariedades que había sufrido durante su vida matrimonial. Luego improvisó una historia fantástica para explicar la desaparición del objeto solicitado. El clérigo y su amigo se miraron y convinieron en que verdaderamente todo aquello iba siendo muy extraño. Al observar que la señora Cave parecía dispuesta a relatarles la historia completa de sus desventuras conyugales, hicieron ademán de irse, más antes de trasponer la puerta viéronse detenidos por la anticuaría, quien no sintiéndose con fuerzas para despedirse definitivamente de aquel negocio, suplicó al clérigo que dejara sus señas con objeto de avisarle si aparecía la bola de cristal.

El clérigo entregó las señas pedidas y éstas se extraviaron, sin que la señora Cave, por más que hizo después, lograra dar con ellas.

¡Día verdaderamente nefasto fue aquél para la familia del naturalista! A la cólera desbordada sucedió un intenso aplanamiento. Así, cuando después de una ausencia de muchas horas apareció en la

tienda el señor Cave, reuniéronse todos y comieron en silencio; un silencio que hacía violento contraste con las controversias de los días anteriores y que pareció delicioso al asendereado naturalista.

Durante mucho tiempo fueron en extremo tirantes las relaciones del señor Cave con su familia. No volvió a saberse una palabra ni de la bola de cristal ni de sus chasqueados pretendientes.

Ahora diré sin rodeos que el señor Cave era un soberbio embustero. Sabía perfectamente el paradero de la bola de cristal, puesto que la había entregado a su fiel amigo el señor Jacobo Wace, ayudante preparador en el hospital de Santa Catalina de Westbourne Street. La bola se hallaba colocada sobre una palomilla recubierta parcialmente por un trozo de terciopelo negro y haciendo compañía a una botella de whisky americano.

Antes de pasar adelante, debo declarar que los pormenores de la presente historia me fueron facilitados por el referido Jacobo Wace

El señor Cave había llevado la bola al hospital escondida en un cajón juntamente con los lobos marinos y suplicado a Wace que la tuviese en su poder. El ayudante preparador opuso al principio ciertos escrúpulos. En verdad, sus relaciones con el anticuario eran superficiales. Cierta inclinación por las gentes estrambóticas le había inducido más de una vez a invitar al viejecillo a beber una copa de whisky y a fumar un cigarro. Divertíase oyéndole exponer sus ideas, impregnadas de cómico pesimismo, acerca de la vida en general, y de la mujer en particular. Porque he de advertir que Jacobo Wace conocía de *visu* a la señora Cave. En vanas ocasiones había tenido sus dimes y dueles con ella a propósito de encargos hechos y no cumplimentados.

No ignoraba, pues, que la anticuaría tenía un genio de todos los diablos, de lo que deducía que la vida debía ser muy poco agradable para el señor Cave. Un sentimiento de compasión le hizo acceder a los ruegos del desventurado amigo. Quedose con la bola de cristal, pensando que, sin duda, se trataba de una manía senil y que era cruel oponerse a ella, cuando ningún sacrificio le costaba hacerse cómplice de la ocultación.

Cierto día, entre copa y copa de whisky, oyó decir al señor Cave que la causa de su entusiasmo por la bola de cristal era *algo que veía dentro de ella*. No quiso ser por entonces más explícito el naturalista, prometiendo a su amigo interesantísimas revelaciones para otra ocasión.

Llegó, por fin, el momento. He aquí lo que contó el señor Cave:

La bola de cristal había sido comprada por él, con otros varios objetos, en una subasta promovida al fallecimiento de cierto anticuario amigo suyo. Ignorando cuál pudiera ser su precio, lo fijó en diez chelines. Durante mucho tiempo no paró mientes en el extraño objeto, cuya aplicación le era por completo desconocida, y ya se disponía a venderlo por lo que quisieran darle, cuando un maravilloso descubrimiento le hizo desistir de su propósito.

En aquella época su salud dejaba bastante que desear (conviene tener presente esta circunstancia), ya por los malos tratos que le daba su familia, o bien por naturales achaques de su edad, quizá por las dos causas juntas. La señora Cave era vanidosa, dura de genio, extravagante, y por añadidura, gustábale en extremo paladear las bebidas destiladas. La nuera, un verdadero monstruo de vanidad y soberbia. El yerno, un enemigo implacable que le hacía víctima de crueles persecuciones. En una palabra: el hogar del señor Cave no tenía nada de patriarcal. No era, pues, extraño que el pobre hombre incurriese, de vez en cuando, para olvidar penas, en un pecado de intemperancia, no obstante ser persona de exquisita educación y muy ilustrada; ni que, por efecto de sus constantes torturas morales, sufriese durante semanas enteras terribles insomnios y violentos ataques de hipocondría.

Cuando le acometía el mal, temeroso de molestar a su familia, se levantaba del lecho con infinitas precauciones para no despertar a la señora Cave, y vagaba por los corredores de la casa como un sonámbulo. En la madrugada de un día de agosto la casualidad le llevó a la tienda.

Atestada, polvorienta y sucia, hallábase aquélla sumida en la sombra, excepto uno de los rincones que aparecía iluminado por una claridad insólita. Al aproximarse el señor Cave descubrió que la luz emanaba de la bola de cristal, olvidada por su dueño sobre un montón de trastos inservibles. Un débil rayo de luz penetraba por una rendija de la ventana y hería la lisa superficie de la bola, pareciendo filtrarse hasta el interior del objeto y llenarlo de brillante claridad.

El señor Cave no salía de su sorpresa. El extraño fenómeno era en verdad opuesto a las leyes de la óptica. Bien se le alcanzaba al naturalista, no obstante sus cortos conocimientos de física, que, si bien era admisible el que los rayos lumínicos fueran refractados por el cristal hasta un foco interno, en cambio no tenía explicación científica aquel fenómeno de difusión de la luz. Cada vez más perplejo, avanzó

el anticuario, cogió la bola y la estuvo examinando en todos sentidos buen espacio de tiempo. Por fin, descubrió que la luz interior del esferoide no era constante, sino que tenía períodos de mayor o menor intensidad. Además, pudo observar que más que verdadera luz era aquello una especie de vapor luminoso, algo así como una fosforescencia especial. La admiración del señor Cave llegó a su colmo cuando, interponiéndose entre el objeto y el rayo de luz filtrado a través de la ventana, vio que la esfera de cristal continuaba iluminada. Queriendo llevar la experiencia aún más lejos, llevose el maravilloso objeto al rincón más oscuro de la tienda. Durante cuatro o cinco minutos siguió brillando. Luego empezó a oscurecerse hasta quedar en la sombra. Puesto otra vez bajo la acción del rayo de luz de la ventana, recobró toda su claridad.

Esto contaba el señor Cave a su amigo Wace cierta tarde, entre copa y copa de whisky. El hecho maravilloso pudo ser comprobado en parte días después por el ayudante preparador del hospital de Santa Catalina. Efectivamente, colocada la bola de cristal en completa oscuridad y de modo que fuese herida por un debilísimo rayo de luz del exterior (el diámetro del rayo luminoso debía ser menor de un milímetro), despedía una fosforescencia extraña. Lo que no logró ver el señor Wace fue aquella claridad interna de que se hacía lenguas el naturalista.

Quizá se necesitaban condiciones excepcionales en el órgano de la visión, condiciones que debían poseer poquísimas personas, pues hay que advertir que, examinada la esfera portentosa por el ilustre físico Harbinjer, no pudo éste descubrir la más leve luz interior. Era forzoso reconocer, por consiguiente, en el señor Cave cualidades ópticas nada comunes. Y aun el propietario de esas facultades privilegiadas no siempre distinguía con igual claridad el estupendo fenómeno. La visión era, por regla general, mucho más viva en los momentos de gran debilidad física.

Desde que la casualidad reveló al anticuario las maravillas de la bola de cristal, convirtióse nuestro hombre en un ser desligado por completo de todas las cosas humanas. El hecho de que guardase tan sigilosamente el descubrimiento dice más sobre el aislamiento anímico del señor Cave que un volumen *in folio* de lucubraciones psíquicas. Transcurrido algún tiempo, hizo una nueva observación: conforme avanzaba el día, aumentándose la cantidad de luz difusa, la esfera de cristal tornaba a su aspecto ordinario, sin que restase en ella el más insignificante resplandor. Para conseguir ver algo en pleno día era preciso llevar la esfera a un lugar oscuro y recubrirla además con un

pedazo de terciopelo negro. El buen Cave se pasaba horas muertas en el sótano con un paño echado sobre la cabeza y los hombros, cual hacen los fotógrafos, y deleitándose en la contemplación de la esferita milagrosa. En una ocasión, al hacer girar el cristal entre sus manos, vio algo que le hizo estremecerse. La cosa tuvo la duración de un relámpago, pero bastó para comunicar a Cave la impresión de que el objeto le había revelado por un momento la existencia de un país inmenso y extraño. A los pocos minutos, y cuando la claridad parecía tender a desvanecerse, volvió a repetirse la mágica aparición.

Sería ya inútil y enojoso exponer todas las fases del descubrimiento hecho por el señor Cave. Baste saber que el efecto producido por la esfera de cristal en ciertos instantes era éste: observada aquélla (una vez puesta de modo que la inclinación del rayo luminoso fuera de 137 grados; con detenimiento, ofrecíase la sorprendente visión de unas tierras de enorme extensión y de aspecto fantástico. No se trataba, ciertamente, de mía visión quimérica. La impresión producida en la retina del observador era la de ¡a realidad más absoluta. Nada de las concepciones borrosas del ensueño, sino la perfecta determinación de líneas y volúmenes, como si se realizara la visión a través de las lentes de un estereoscopio, con la ventaja de que ciertas imágenes se movían aunque con lentitud y de un modo ordenado. Estas imágenes movibles cuya forma no podía precisar en un principio el señor Cave, seguían invariablemente la dirección del rayo luminoso exterior o la del observador.

En varias ocasiones me ha asegurado Wace que las descripciones de su amigo el naturalista estaban plagadas de detalles precisos y absolutamente exentos de la exageración que aparece en los relatos de los alucinados. Preciso es: sin embargo, recordar que todos los esfuerzos hechos por Wace para ver las ponderadas maravillas, a través de la opalescencia del cristal, resultaron vanos, cualesquiera que fuesen las circunstancias en que realizó sus experimentos. Pero ya hemos dicho que la diferencia de intensidad de las impresiones en ambos amigos era considerable, y así no ha de extrañarse que lo que para el señor Cave constituía una visión clarísima, para Wace no pasaba de ser una sencilla fosforescencia.

Y no cabe dudar de la sinceridad de las manifestaciones del anticuario. El embustero o el alucinado suelen contar sus invenciones o sus ensueños de mil modos diversos. En cambio, la descripción hecha por el señor Cave de los países entrevistados en el interior de la esfera de cristal no diferían un punto. Siempre hablaba de inmensas llanuras, flanqueadas a oriente y occidente por enormes rocas rojizas.

Algunas de estas aglomeraciones de rocas continuaban hacia el norte y el sur Cave reconocía la orientación de las masas rocosas por medio de estrellas, visibles durante la noche, ofreciendo una perspectiva casi ilimitada y confundiéndose por último entre las brumas de un horizonte lejano.

Cuando el anticuario contempló por primera vez el extraño panorama, la cadena oriental de rocas parecía hallarse más próxima. El sol la iluminaba de lleno. Revoloteando por encima de aquellas montañas, unas veces a considerable altura, otras a escasa altura de sus anfractuosidades, veíanse formas indefinidas que el señor Cave creyó enormes pájaros. En las proximidades de las rocas se extendía una hilera de edificaciones.

Los pájaros, o lo que el anticuario creía tales, se acercaban en ocasiones con asombrosa rapidez a la superficie del cristal, y en otras huían hacia los bordes refractados y confusos del cuadro, desdibujándose, por decir así, y convirtiéndose en manchas informes.

También existían en aquel país prodigioso árboles y arbustos de apariencia y color en nada semejantes a los de la Tierra, extensísimas praderas cubiertas de yerba de un gris exquisito, y en segundo término divisábase un vasto lago cuyas aguas brillaban como acero pulimentado, heridas por la luz solar. Un objeto de enormes dimensiones y brillantemente coloreado atravesó de improviso el paisaje...

Advertiremos que la primera vez que el señor Cave vio todas esas cosas fue por brevísimo espacio de tiempo: la duración de un relámpago todo lo más.

No obstante, aquellas fugitivas impresiones hacían temblar sus manos y llenaban su entero ser de extraño malestar. La visión era intermitente al principio; luego confusa, indistinta. De ahí que nuestro extraño personaje experimentara gran dificultad en recobrar la orientación, digámoslo así, una vez perdida la dirección de sus miradas.

La segunda visión clara se produjo una semana después de la primera, permitiendo al señor Cave contemplar el valle en toda su longitud. El panorama era diferente, si bien tenía el observador la curiosa persuasión, confirmada en posteriores experiencias, de que veía aquel mundo extraño sin haberse movido de su sitio aunque ahora mirase en una dirección diferente. La vasta fachada del gran edificio cuyos tejados le había parecido divisar la primera vez

retrocedía ahora en la perspectiva. No había duda: era el mismo tejado. Del centro de la fachada salía una terraza de proporciones colosales, elevándose del centro de la misma, a distancias regulares, altísimos mástiles terminados por objetos brillantes, en los que se reflejaba el sol poniente.

La importancia de estos, al parecer, pequeños objetos no la pudo apreciar el señor Cave hasta algún tiempo después, hallándose describiendo un día a su amigo Wace las maravillas del esferoide de cristal.

Daba la terraza sobre un bosque de espléndida vegetación, circundado de praderas, en las que reposaban insectos descomunales, parecidos a escarabajos por su forma. Más allá de las praderas comenzaba una calzada de piedra rosácea, ricamente decorada, y más lejos aún extendíase, en dirección paralela con las montañas del horizonte, un lago, un río o un mar —esto no lo pudo precisar bien el anticuario— bordeado de frondosos rosales cuajados de floras rojas.

Cruzaban la atmósfera en todas direcciones bandadas de pajarracos, describiendo curvas majestuosas. Del lado de allá de la sábana de agua se elevaban multitud de edificios policromos que brillaban al sol como si tuvieran facetas metálicas. El contraste de los múltiples colores de las edificaciones y de los espesos bosques que las rodeaban no podía ser más pintoresco.

De improviso, algo que parecía azotar el aire rápidamente, como el batir de alas o de un inmenso abanico cubierto de piedras preciosas y una cara, o mejor dicho, la parte superior de una cara con ojos enormes, se aproximó, por decir así, al señor Cave, cual si se hubiera encontrado en la parte opuesta de la bola de cristal.

La sorpresa experimentada por el naturalista al darse cuenta de la absoluta realidad de aquella cara y de aquellos ojos le hizo casi perder el sentido. Algo repuesto del susto, intentó repetir la sensación. Dio vueltas y más vueltas al mágico esferoide. ¡Todo inútil! La fantástica visión había huido y con ella la claridad interior del singularísimo objeto de sus estudios.

Tales fueron las primeras inspecciones generales del señor Cave. Por entonces, precisamente, acaeció la visita de los dos compradores, los tenaces compradores empeñados en llevarse la bola de cristal por las cinco guineas pedidas.

Se comprenderá, pues, que nuestro anticuario tenía razones

sobradas para oponerse a la venta de la bola y para eludirla, ocultando primero cuidadosamente el preciado tesoro y depositándolo después en manos del señor Wace.

Apenas estuvo en poder de éste y una vez que le fueron conocidas las propiedades y los misterios del esferoide, sus inclinaciones de sabio investigador le llevaron a estudiar sistemáticamente el inexplicable fenómeno, unas veces a solas y otras en compañía del señor Cave, que no perdía ocasión de entregarse a la para él deleitosa experiencia.

Desde un principio anotó Wace, con el mayor cuidado, todas y cada una de las observaciones del anticuario. Gracias a esa labor científica, pudieron establecer los dos amigos la relación que existía entre la dirección seguida por el rayo de luz inicial al penetrar en el esferoide y la orientación de los rayos visuales. Encerrando la bola dentro de una caja, en la que existía una abertura de pequeño diámetro para dejar paso al rayo luminoso, y sustituyendo los cortinajes rojos de la ventana por tupido paño negro, consiguió Wace mejorar considerablemente las condiciones de la observación. Y esto hasta el punto de poder examinar el valle en la dirección deseada.

Ya despejado el camino, nos es posible hacer una breve descripción del extraño mundo divisado en el interior del esferoide de cristal, ateniéndonos a las notas escritas por Wace mientras su amigo Cave exploraba las profundidades del objeto. Advertiremos, de paso, que Wace, entre otras habilidades, poseía la de escribir a oscuras.

Pues bien, cuando el esferoide se encontraba en la plenitud de su estado luminoso, el señor Cave percibía distintamente, además de los grandes detalles del panorama ya mencionados, muchedumbres de seres vivos análogos, como hemos dicho, a gigantescos escarabajos. Conforme iban repitiéndose los experimentos, modificaba el naturalista sus impresiones acerca de las singulares criaturas. Ya no le parecían escarabajos, sino más bien murciélagos. Después se le ocurrió que acaso fueran querubines... Sus cabezas eran redondas y de configuración humana. Tenían ojos, ¡y qué ojos!... ¡Unos ojos espantosamente grandes, cuya mirada helaba la sangre en sus venas!

Tenían también grandes alas plateadas; alas sin plumas que brillaban cual si estuvieran compuestas de escamas de pescado, y que despedían sutiles reflejos; alas que aparecían unidas al cuerpo no con arreglo al plano habitual en las aves o en los murciélagos, sino por medio de una membrana curva que irradiaba del tórax y que pudieran ser comparadas a las alas de la mariposa.

El cuerpo, pequeño con relación a la cabeza, poseía bajo el abdomen dos haces de órganos aprehensores semejantes a largos tentáculos.

Por extraño que todo esto pareciese al señor Wace, tuvo al fin la convicción de que los grandes edificios casi humanos y los magníficos jardines que realzaban la belleza del inmenso valle pertenecían a las estupendas criaturas mitad murciélagos, mitad querubines, como decía el señor Cave.

Entre otras particularidades observó el naturalista que los edificios, si bien carecían de puertas, tenían amplias ventanas circulares por donde entraban y salían libremente los fantásticos habitantes del no menos fantástico mundo. Veíaseles llegar en rápido vuelo al borde de las ventanas, posarse sobre sus tentáculos, plegar sus alas y penetrar en el interior de aquellas moradas. No todos los seres vivos observados por el señor Cave tenían el mismo tamaño, ni todos cruzaban el espacio hendiéndolo vertiginosamente. Había otros más pequeños, semejantes a libélulas, o mejor a escarabajos alados, y otros más diminutos aún arrastrándose con indolencia por sus extensas praderas. En las calzadas y terrazas, unos seres de enorme cabeza, muy parecidos a los de las grandes alas, saltaban como langostas, contrayendo y dilatando sus tentáculos abdominales.

Creo haber mencionado unos objetos brillantes existentes en la parte superior de los mástiles de las terrazas. Pues bien, añadiré ahora que una observación más detenida permitió al señor Cave descubrir que aquellos objetos eran esferoides de cristal exactamente iguales al que él poseía. Cada uno de los veinte mástiles elevados en la terraza más próxima tenía su correspondiente bola de cristal.

De vez en cuando uno de los grandes seres voladores ascendía hasta encontrarse a escasa distancia de un esferoide, y luego de plegar las alas y de aferrarse al mástil con los tentáculos, permanecía mirando al cristal durante quince o veinte segundos.

Varias observaciones consecutivas, propuestas por Wace, convencieron a los dos amigos de que el esferoide empleado por ellos en los experimentos se encontraba realmente en el extremo del último mástil de la terraza, y de que, por lo menos en una ocasión, uno de los habitantes del prodigioso mundo había examinado la casa del señor Cave, mientras éste se hallaba fisgoneando el panorama.

Dicho lo anterior, nos es necesario admitir una de las dos hipótesis siguientes, o la bola de cristal del señor Cave se encontraba

simultáneamente en dos mundos, permaneciendo inmóvil en uno de ellos, mientras mudaba de lugar en otro, lo que era de todo punto absurdo e inadmisibile, o bien existía una relación de simpatía especial entre el esferoide terrestre y el del mundo desconocido, merced a lo cual, mirando en cualquiera de ellos, se podía ver lo que pasaba en el mundo opuesto.

En el estado actual de la ciencia no podemos explicarnos la razón de que dos esferoides de cristal así situados se hallen en comunicación. Sabemos, sin embargo, lo bastante para comprender que un fenómeno de ese género no es imposible en absoluto. Por lo tanto, la hipótesis de los esferoides en comunicación es la que me parece más aceptable.

Y ¿dónde se encontraba situado ese otro mundo? La viva inteligencia de Wace había logrado, tras repetidas observaciones, arrojar alguna luz sobre punto tan oscuro. Después de ponerse el sol oscureciase rápidamente el cielo; el crepúsculo duraba brevísimo tiempo. Las estrellas eran las mismas que nosotros vemos, y formaban las mismas constelaciones. Así, el señor Cave pudo reconocer la Osa, las Pléyades, Aldebarán y Sirio. De modo que aquel mundo debía encontrarse¹ en nuestro sistema solar, y a una distancia que quizá no excediera de algunas centenas de millones de kilómetros. Siguiendo esta indicación llegó a averiguar el señor Wace que el cielo nocturno era de un azul más oscuro aún que nuestro cielo de invierno; que el Sol parecía algo más pequeño, y *que había dos lunas* semejantes a la nuestra, aunque un poco más pequeñas. Una de aquellas lunas se movía tan rápidamente que podía apreciarse su marcha.

Las dos lunas se elevaban muy poco sobre el horizonte, poniéndose al poco tiempo de su salida; es decir, que en cada una de sus revoluciones se encontraban eclipsadas por razón de la proximidad de su planeta. Todo esto respondía en absoluto —aunque el señor Cave no tuviera noticia de ello— a lo que deben ser las condiciones de existencia en Marte.

A decir verdad, parécenos perfectamente admisible que, mirando el señor Cave su precioso esferoide de cristal, hubiera visto, en realidad, el planeta Marte y sus habitantes. En tal caso, la estrella vespertina que brillaba con tanta intensidad en el cielo de aquel mundo lejano debía ser nuestra familiar Tierra.

Durante mucho tiempo los marcianos —si de marcianos se trataba— no parecían darse por entendidos de las investigaciones del señor Cave. Por dos o tres veces uno de aquellos seres se aproximó a la

cóncava superficie del esferoide, alejándose a los pocos instantes como si no le hubiese satisfecho la visión. Esta indiferencia de los marcianos favoreció la curiosidad del señor Cave. Libre de obstáculos su campo visual, pasábase el buen señor horas enteras inclinado sobre la bola portentosa, descubriendo a diario nuevas maravillas. ¡La lástima es que, por efecto de una atención demasiado concentrada, sus explicaciones resultaban vagas y fragmentarias!

Verdad es que no podía pedirse otra cosa a quien, como nuestro excelente Cave, se asomaba a aquel mundo de ensueño en la forma en que lo hacía. Imaginad lo que pensaría de la humanidad un observador marciano que, tras de una serie de difíciles preparaciones y enormemente fatigados sus ojos, consiguiera contemplar a Londres desde la torre de la iglesia de San Martín, durante períodos de cuatro o cinco minutos.

Así que, luego de mirar y remirar mucho el esferoide de cristal, no podía afirmar concretamente el señor Cave si los marcianos alados eran los mismos seres que los marcianos que brincaban en calzadas y tenazas, y si éstos podían a su vez echar a volar cuando lo tuvieran por conveniente. Algunas veces percibía algo así como unos bípedos tardos y desgarrados, vagamente parecidos a orangutanes, cuyo cuerpo era blanco y en parte transparente. Estos bípedos pacían entre los líquenes, y sólo mostraban intranquilidad cuando se les acercaban los marcianos de cabeza redonda y tentáculos elásticos. En una ocasión vio el señor Cave que se iniciaba una lucha. El espectáculo quedó interrumpido bruscamente por haberse oscurecido de improviso el esferoide.

Otra vez una cosa enorme, que al naturalista le pareció gigantesco insecto, apareció en escena, deslizándose con extraordinaria rapidez sobre las aguas del canal. Al aproximarse advirtió Cave que era un mecanismo de metal, cuya superficie despedía deslumbradores reflejos. No le fue posible al anticuario precisar más sus observaciones, porque el insecto, o el mecanismo, o lo que fuera, se alejó con tremenda velocidad, perdiéndose entre las brumas del horizonte.

Cierto día el sabio Wace quiso llamar la atención de los marcianos, y aprovechando el momento en que los ojos de uno de ellos aparecieron sobre el cristal del esferoide empezó el anticuario a lanzar descompasados gritos, retrocedió dando un salto y, después de iluminar *a giorno* la habitación, hizo en compañía de su amigote grandes movimientos con los brazos, como queriendo sugerir la idea de señales. Cuando el señor Cave se volvió a aproximar al cristal, el marciano había desaparecido.

Estas observaciones continuaron durante el mes de noviembre, y juzgando nuestro anticuario que había transcurrido bastante tiempo para que la señora Cave no se acordara ya del esferoide de cristal, aventurose a llevárselo a la tienda con objeto de poder entregarse libremente, a cualquier hora del día, a la contemplación de lo que se había convertido en la cosa más real de su existencia.

Al mediar diciembre, Wace, que iba con frecuencia a ver a su amigo Cave, viose obligado a suspender sus sesiones. Tenía que estudiar mucho con motivo de unos exámenes próximos.

Transcurrieron diez u once días sin que Wace viese al señor Cave. Extrañándole la prolongada ausencia del anticuario, y no teniendo ya trabajos apremiantes, dirigióse una tarde a Los *Siete Cuadrantes*. Cuando volvió la esquina advirtió con sorpresa que la tienda del naturalista estaba cerrada. Intrigado por esta circunstancia se apresuró a llamar. Salió a abrir el yerno del señor Cave, vestido de luto riguroso. Detrás de él apareció la anticuaría, envuelta en luengos velos negros.

El señor Wace supo que su pobre amigo llevaba diez días enterrado. Aunque el espíritu de la viuda se hallaba conturbadísimo y poco dispuesto, por tanto, a explicaciones, aún pudo el señor Wace enterarse de las extrañas circunstancias que habían rodeado el fallecimiento del anticuario.

Encontráronle muerto una mañana —la siguiente a la última visita de Wace— en la polvorienta trastienda, con la bola de cristal entre sus manos frías y crispadas. La fisonomía del cadáver estaba sonriente. Un pedazo de terciopelo negro aparecía a poca distancia del muerto, Según los médicos, el fallecimiento debía haber ocurrido de dos a tres de la madrugada.

Lo primero que se le ocurrió a la señora Cave, una vez que subieron a su habitación el cuerpo del anticuario, fue escribir una tarjeta al clérigo que había ofrecido las cinco guineas por la bola de cristal, participándole que tenía el objeto deseado a su disposición. Más, después de largas investigaciones, pudo convencerse de que realmente había perdido las señas. Como carecía de los recursos necesarios para enterrar dignamente al infeliz naturalista, procúreselos vendiendo a un anticuario vecino gran parte de los objetos existentes en la tienda. La bola de cristal formó parte de uno de los lotes.

Ya se habrá supuesto que Wace, apenas oyó la desagradable noticia, no perdió tiempo en prodigar a la señora Cave consuelos

inútiles. En dos saltos se plantó en casa del anticuario poseedor de la prodigiosa bola de cristal. Allí supo que el anhelado objeto acababa de ser vendido a un caballero moreno vestido de gris. Tales fueron los únicos datos que pudo recoger Wace.

Aquí terminan bruscamente los hechos materiales de esta curiosa y, al menos para mí, sugestiva historia.

El anticuario no sabía quién era aquel señor moreno, ni le había observado con atención bastante para describirle minuciosamente. Ni aun supo decir la dirección que había tomado al salir de la tienda.

Durante algún tiempo Wace no adelantó un paso en sus investigaciones, por más que a diario ponía a prueba la paciencia del comerciante agobiándole a preguntas, y dando rienda suelta a la desesperación de que se sentía poseído.

Por último se vio obligado a reconocer que todo aquello de la bola de cristal se había desvanecido para siempre como una visión en la sombra.

Tan convencido llegó a estar de que se trataba de un sueño, que al entrar en su casa experimentó indecible sorpresa, viendo sobre un pupitre, cubiertas de polvo, las notas tomadas por él oyendo las descripciones del señor Cave.

Resistiéndose, sin embargo, a dar por abandonada la partida, hizo una última visita al anticuario, visita que resultó tan infructuosa como las anteriores. Luego recurrió a los anuncios en los periódicos, juzgando que era el medio más práctico de descubrir al comprador de la bola de cristal. Los anuncios fueron tan ineficaces como los numerosos comunicados dirigidos por Wace al *Daily Chronicle* y a alguna que otra revista científica. Lo más curioso del caso fue que diarios y revistas, sospechando que las historias de Wace eran en el fondo una broma científica, exigieron al autor pruebas de sus atrevidas afirmaciones, como condición indispensable para publicarlas. ¡Pruebas! ¿Es que no bastaba su honrada palabra de sabio?

A Wace le apenó profundamente el que la prensa le cerrase las puertas a toda esperanza. Luego, atraída su atención por trabajos urgentes, acabó por ir olvidando la bola de cristal, cuyo paradero sigue siendo desconocido hoy por hoy.

Algunas veces me cuenta Wace, y yo le creo sin dificultad, que de

cuando en cuando es víctima de verdaderos accesos de locura, durante los cuales constituye su monomanía averiguar dónde está la bola de cristal.

En uno de tales accesos consiguió descubrir Wace, no a' afortunado cuanto quizá ignorante poseedor del maravilloso esferoide, sino la personalidad de los dos misteriosos compradores que desearon comprar al infortunado Cave por cinco guineas la bola de cristal. Uno de ellos es el reverendo James Parker, y el otro nada menos que el príncipe Bosso Kuris, de Java.

Según averiguó mi amigo, el empeño demostrado por el príncipe para adquirir a cualquier precio el esferoide no tenía más fundamento que la curiosidad y quizá la extravagancia. Lo mismo ofreció cinco guineas que hubiera pagado ciento. La cuestión era vencer la resistencia del originalísimo anticuario y naturalista.

Es probable que el comprador definitivo de la esfera de cristal no sea sino un aficionado de ocasión, y que aquélla se encuentre a algunos centenares de metros del sitio en que escribo estas líneas, bien decorando un rincón de vitrina o sirviendo de pisapapeles y, por tanto, sin que sus prodigiosas propiedades sean conocidas del poseedor.

Esta razón es la que me induce a publicar la presente historia. Quizá pueda contribuir a que la bola de cristal salga de su oscuridad para caer bajo el dominio de la ciencia.

Antes de dar por terminada mi misión, declararé que mi opinión personal sobre el asunto es idéntica a la de Wace.

Yo creo que los esferoides de cristal existentes en las mágicas terrazas de Marte se hallan en relación física con el esferoide del señor Cave. ¿Qué clase de relación es ésa' Quizá en algún día no lejano se encargue algún sabio de explicárnosla, con pruebas irrefutables.

Creo, además, que el esferoide de Cave debió ser lanzado a la Tierra por los marcianos, en fecha bastante remota, con objeto de enterarse de nuestras interioridades.

También es probable que otros esferoides similares, en relación con los que veía el señor Cave sobre las terrazas de Marte, se hallen dispersos por nuestro planeta.

En todo caso, los hechos que narramos no son explicables como

alucinación de un individuo.

La estrella

EL día de Año Nuevo tres observatorios distintos señalaron casi simultáneamente una perturbación en los movimientos del planeta Neptuno, el más lejano de los que giran en torno del Sol.

Ya en el mes de diciembre el astrónomo Ogilvy había llamado la atención del mundo científico sobre una sospechosa disminución de la velocidad del planeta, noticia que apenas si conmovió a una docena de sabios de esos que se pasan la vida con el telescopio asestado al firmamento. Y es natural que así fuese, por cuanto a buena parte de los habitantes de la Tierra no les interesa gran cosa lo que ocurre en un planeta cuya existencia les es poco menos que desconocida.

Las gentes se preocuparon aún menos de las nuevas observaciones de Ogilvy respecto a la aparición de un cuerpo celeste, animado y lejanísimo, que había podido descubrir el referido astrónomo poco tiempo después de comprobarse la disminución de velocidad del planeta Neptuno.

Los astrónomos dieron desde luego al asunto la importancia que merecía, aumentando su intranquilidad cuando advirtieron que la masa recientemente descubierta aumentaba cada día más de dimensiones, que se hacía más brillante, que sus movimientos eran por completo diferentes de la revolución normal de los planetas y que la desviación de Neptuno y de su satélite adquiriría proporciones sin precedentes.

Sin tener cierto grado de cultura científica no puede uno darse exacta idea del enorme aislamiento del sistema solar. El Sol, con sus planetas, planetoides y cometas, flota en un vacío inmenso, que la imaginación concibe difícilmente. Más allá de la órbita de Neptuno está el vacío sin calor, luz ni sonido, el vacío incoloro y triste, prolongándose treinta millones de veces un millón de kilómetros. Y

téngase presente que esa cifra abrumadora es la menor evaluación de la distancia que sería preciso atravesar antes de llegar a la más próxima de las estrellas.

Pues bien, excepto algunos cometas menos densos que la llama del alcohol, ningún cuerpo celeste habla atravesado, de memoria de hombre, ese abismo espantoso. Júzguese ahora cuánta no sería al comenzar el siglo presente la zozobra de los sabios, viendo precipitarse inopinadamente en el sistema solar el extraño vagabundo señalado por Ogilvy, cuerpo sólido y enorme sin duda, a juzgar por las perturbaciones que originaba; temible intruso que llegaba del tenebroso misterio de los cielos con aviesas intenciones...

El día 2 de enero todos los telescopios de algún fuste pudieron ver al desconocido viajero sideral cerca de Régulo, en la constelación del León. Su aspecto era el de un punto, de diámetro apenas sensible. En pocas horas fue divisado con la ayuda de simples gemelos.

Aquellas personas amigas de leer periódicos en ambos hemisferios pudieron enterarse el día 3 de que, en realidad, tenía inmensa importancia la insólita aparición celeste. Un diario de Londres tituló la noticia: *Una colisión de planetas*, y publicó la opinión de Duchaine, según la cual este recién aparecido planeta chocaría probablemente con Neptuno.

Los escritores profesionales trataron el asunto con la extensión merecida; los cronistas y gacetilleros se encargaron luego de familiarizar a los más legos en materias astronómicas con las ideas vertidas por los sabios; la tinta de imprenta corrió a mares, y veinticuatro horas después la mayor parte de las grandes capitales del mundo se hallaban en la expectativa, aunque vaga desagradable, de un inminente fenómeno astronómico.

Durante la noche del 5 de enero millones de ojos se fijaban en el cielo... para no ver otra cosa que las antiguas y familiares estrellas, tan brillantes y tranquilas como siempre lo habían estado.

El astro apareció en el cielo de Londres un poco antes, en esos momentos en que Pólux desaparece y las estrellas comienzan a palidecer. Fue aquélla una aurora tristísima de invierno londinense; aurora fría, sin arboles, silenciosa, de luz malsana que luchaba desventajosamente con los mecheros de gas y los grandes focos eléctricos de los muelles del Támesis.

Los soñolientos *policemen* distinguieron la estrella; las gentes de los

mercados, a pesar de no impresionarles extraordinariamente las cosas de allá arriba, se pararon y permanecieron buen trecho mirando el astro; los obreros camino de la obra, los repartidores de leche, los cocheros de los furgones de correos, los trasnochadores que regresaban a sus casas fatigados y pálidos, los vagabundos sin hogar, los centinelas en sus garitas, el labrador en la campiña, los cazadores furtivos, los vigías marinos, todo el mundo, en fin, que vive de noche, pudo admirar la hermosa estrella que acababa de aparecer en el occidente.

La estrella era, sin duda, la más brillante del cielo, mucho más refulgente que la admirable Estrella del Sur. Una hora después de salir el Sol aún seguía despidiendo el maravilloso astro blanquísima luz.

Aquello fue considerado por el vulgo como anuncio de calamidades sin cuento. Los astrónomos, cada vez más preocupados, no abandonaban sus observaciones. En éstos se trocó pronto la primera sobreexcitación en verdadero terror, al advertir que los dos lejanos astros, en su vertiginosa carrera, parecían perseguirse. Requiriéronse los aparatos fotográficos, los espectroscopios, todos los instrumentos necesarios para estudiar el nuevo y sorprendente fenómeno de la destrucción de un mundo. Porque era un mundo, un planeta hermano del nuestro, mucho mayor que la Tierra, ciertamente, el que de modo tan repentino se lanzaba hacia la muerte. Neptuno debía haber sido herido de lleno por el astro extraño llegado de las profundidades del espacio, y a consecuencia del choque, sus dos globos sólidos se habían convertido en una inmensa masa incandescente.

El día 6, dos horas antes del alba, la estrella blanca y pálida describió su órbita en el cielo y desapareció por el oeste.

Los más maravillados eran los marinos, esos habituales contempladores de las estrellas, a quienes no habían llegado aún las recientes observaciones de los sabios. En sus peregrinaciones a través del océano habían advertido la presencia del nuevo astro que, como una Luna minúscula, subía, subía, hasta llegar al cénit, pasaba por encima de sus cabezas, e iba, por último, a hundirse en el mar por el oeste con las últimas sombras de la noche

Cuando la estrella hizo su aparición en la noche del 7, multitudes ansiosas espían su llegada en las pendientes de las colinas, en las llanuras, en los tejados de los edificios. El astro surgía precedido de un resplandor blanco parecido al brillo de un incendio. Los que lo habían visto aparecer la noche antes exclamaban; «¡Hoy es mayor! ¡Hoy es

más deslumbrador!...» Efectivamente, la Luna misma, próxima a desaparecer más allá del horizonte occidental, era mucho más pequeña que la nueva estrella, comparando sus dimensiones aparentes, y desde luego mucho menos brillante, a pesar de hallarse casi en plenilunio.

—¡Miradla! —decían las gentes aglomeradas en las calles—. ¡Qué hermosa! ¡Qué brillante!

Entre tanto, en los oscuros observatorios, los sabios que seguían el curso del fenómeno contenían la respiración y se interrogaban con su mirada...

—¡Se aproxima! ¡Está más cerca! —Tales eran las terribles palabras de la ciencia a cada nueva observación...

—Está más cerca —repetía el telégrafo, transmitiendo la alarmante nueva a mulares de ciudades

—Está más cerca —decían las gentes, sugestionadas por la idea de una posible catástrofe. Los empleados en los escritorios suspendían el trabajo para pensar en las fatídicas profecías de los astrónomos; los transeúntes se detenían en las calles para interrogarse sobre el significado inimaginable del amenazador «Está más cerca»... Y esta intranquilidad, esta preocupación se extendía desde la ciudad a las aldeas, desde las aldeas a los campos. Los que habían leído la noticia sobre las azules cintas del telégrafo se apresuraban a comunicarla a todo el que encontraban al paso. Las damas aristocráticas supieron la nada tranquilizadora nueva entre un vals y un rigodón. Sus bellas boquitas sonrientes y frescas formularon, poco más o menos, esta pregunta:

—¿Es de veras que se acerca? ¡Es curioso! ¡Esos astrónomos deben ser muy hábiles cuando descubren horrores semejantes!

Y las hermosas seguían sonriendo y bailando, sin importarles, después de todo, que la estrella se aproximase o se alejase.

Las gentes sin casa ni hogar, obligadas a ir de un lado para otro durante la noche glacial, con objeto de no morir de frío, se consolaban mirando al cielo, y decían:

—¡Qué bien haces en acercarte! ¡La noche es tan fría como la caridad!... ¡Ven, si has de traer contigo calor bastante para reconfortar nuestros miembros ateridos!

Una pobre mujer, arrodillada al lado de un cadáver y deshecha en amarguísimo llanto, exclamaba:

—¡Y a mí qué puede ya importarme el que haya una estrella más!

El estudiante, levantado con la aurora para repasar el programa de exámenes, se distrajo de sus labores, y planteando un problema de física astronómica, empezó a hacer cálculos y más cálculos, mientras que la gran estrella blanca enviaba sobre la mesa de trabajo la pálida caricia de su luz azulada.

—¡Centrífuga!.. ¡Centrípeto!... ¡Esto es!... —decía el estudiante, apoyando la cabeza en la palma de la mano—. Detenido un planeta en su camino y suprimida instantáneamente su fuerza centrífuga, ¿qué ocurriría?, Sin duda, obedeciendo el planeta a su fuerza centrípeta, se precipitaría en el Sol... y en ese caso .. Pero ¿nos encontramos nosotros en su camino?...

El día siguiente fue como los anteriores. Con los últimos jirones de las tinieblas glaciales se elevó sobre el horizonte el extraño astro. Despedía tanto brillo, que la Luna, en su cuarto creciente, parecía no ser sino un pálido y amarillento espectro de la nueva estrella flotando inmensa en su vaguedad del crepúsculo.

El matemático se hallaba delante de un pupitre atestado de papelotes. Acababa en aquel momento sus cálculos. En un diminuto pomo veíanse aún algunos gramos de la droga que le había sostenido despierto durante cuatro eternas noches. Durante el día, el matemático daba sus clases reglamentarias con la misma paciencia, con la misma sabiduría que de costumbre. Luego, terminados los penosos deberes profesionales, volvía a sus cálculos y a sus trabajos de sabio solitario. Su grave fisonomía hallábase fatigada y exangüe a consecuencia de la prolongadísima vigilia... Aquella noche el matemático se levantó de su pupitre con aire de triunfo, llegase a la ventana y contempló la estrella como se mira a los ojos de un enemigo valeroso... «¡Puedes darme la muerte —dijo el sabio—, pero ya te tengo como a todo el universo dentro de estos estrechos límites de mi cerebro!... Y ahora —añadió dirigiendo una mirada desdeñosa al pomo de la droga—, eres inútil, sustancia maldita. ¡En verdad que ya no es necesario dormir ni estar despierto!...»

Al día siguiente, el matemático entró en su cátedra con la puntualidad acostumbrada. Colocó el sombrero encima de la mesa, según costumbre, y cogió un pedazo de tiza. Era ésta una manía singularísima del maestro... ¡Imposible explicar sin aquel trocito de

yeso entre los dedos!... Los muchachos se burlaban donosamente de la curiosísima chifladura. El matemático dirigió a sus discípulos una mirada tristísima... ¡Pobres niños, tan frescos, tan sonrientes!... ¡Daba pena decirles nada!... Pero era su deber de maestro y de sabio...

—Hijos míos —murmuró—, circunstancias especiales, ajenas por completo a mi voluntad, van a impedirme acabar este curso... ¡Hablando claramente, voy a deciros que el hombre ha vivido en vano!...

Los muchachos empezaron a comprender...

Aquella noche la estrella hizo su aparición más tarde, porque su propio movimiento hacia el este la había arrastrado un poco, desde la constelación del León hacia la de la Virgen. Su brillo era tan intenso que el cielo, a medida que aquélla se elevaba, fue adquiriendo una coloración luminosa. Las estrellas, a excepción de Júpiter, Capella, Aldebarán, Sino y los Perros de la Osa, palidieron cada vez más borrándose del firmamento. En muchos países del mundo pudo observarse que el nuevo astro presentaba aquella noche un rabo grandísimo. A simple vista se notaba ya el aumento de volumen. Contemplando la estrella desde los puntos inmediatos a los trópicos, parecía tener la cuarta parte de las dimensiones de la Luna.

Lo más extraño era que, no obstante la pequeñez de aquella segunda Luna, su luz era tan viva que podía leerse, sin gran esfuerzo, en plena calle un periódico o un libro.

La noche del 10 de enero no durmió nadie en la Tierra. De las campiñas, como de las grandes ciudades, subía un sordo murmullo, semejante al zumbido de una colmena. El lento tañir de millares de campanas recordaba al hombre en toda la cristiandad que había llegado el momento de pedir a Dios misericordia. Ajena a estas angustias humanas, la estrella blanca y pálida seguía inmutable su carrera desesperada a través del espacio, inundando de claridad terrorífica este pobre mundo sublunar. Los mares que rodean a los países civilizados eran surcados por enjambres de barcos, llevando a bordo centenares de pasajeros. Los barcos huían hacia el norte. Porque el aviso del matemático famoso había sido ya teleografiado a todo el mundo y traducido a todos los idiomas.

El nuevo planeta y Neptuno, confundidos en un abrazo de fuego, avanzaban vertiginosamente con dirección al Sol. A cada segundo, la enorme masa incandescente franqueaba centenas de kilómetros.

Acaso el peligro no debía ser tan inmediato como aseguraba la ciencia. Según los cálculos de los astrónomos, el nuevo planeta debía pasar a 150 millones de kilómetros de la Tierra; de modo que su influencia debía ser escasa. Pero cerca de su camino previsto, hasta entonces nada perturbado, se encontraban el enorme planeta Júpiter y sus lunas girando espléndidamente en torno del Sol. La atracción entre la estrella deslumbradora y el mayor de los planetas crecía ya por momentos. ¿Y cuál iba a ser el resultado de esa atracción? Sin duda, Júpiter se desviaría de su órbita haciendo una curva elíptica, y la estrella ardiente, separada por atracción de su marcha hacia el Sol, describiría una curva y quizá chocaría con la Tierra o, al menos, pasaría muy cerca de ella.

En cuanto a las consecuencias de esta aproximación, ya nos había profetizado así el terrible matemático: «Terremotos, erupciones volcánicas, ciclones, altas mareas, ríos desbordados y una elevación constante y regular de la temperatura hasta límites imposibles de calcular.» La estrella seguía brillando con siniestros fulgores en la inmensidad del firmamento, como si tratara de confirmar los tristes vaticinios de la ciencia. Su luz fría y lívida era así como el anuncio inmutable del próximo cataclismo.

Muchas personas que hasta aquella noche no la habían mirado con atención, pararon mientes en ella y advirtieron que, en efecto, el fatídico astro se aproximaba a ojos vistas. Y aquella noche comenzaron ya a sentirse los efectos de la aproximación. El tiempo cambió bruscamente, convirtiéndose las ráfagas heladas de enero en brisas templadas de primavera. En toda la Europa central se inició el deshielo.

No vaya a imaginarse el lector que porque hayamos hablado antes de muchedumbres elevando al cielo sus plegarias durante la noche, o refugiándose a bordo de los buques o huyendo en dirección a las montañas, se encontraba ya el mundo presa del terror infundido por la estrella. Nada de eso. El uso y la costumbre seguían aún dirigiendo a los humanos. Aparte de que las conversaciones versaban casi siempre en los momentos de ocio sobre el amenazador fenómeno astronómico, el 90% de los hombres continuaba entregado a sus quehaceres habituales. Las tiendas y almacenes abrían y cerraban sus puertas a sus horas de costumbre, los médicos y las empresas funerarias proseguían su productiva industria, los obreros concurrían a las fábricas, los soldados hacían el ejercicio, los sabios estudiaban, los enamorados se buscaban, los ladrones realizaban sus fechorías, los políticos redactaban sus programas de gobierno, las rotativas de los

grandes diarios funcionaban con febril actividad. Más de un párroco se negó obstinadamente a abrir las puertas de la casa de Dios a las gentes atemorizadas afirmando que el pánico de aquellos insensatos era absurdo e impío.

Los periódicos recordaban que en el año 1000 los pueblos habían sentido algo parecido, creyendo próximo el fin del mundo. No faltaba algún astrónomo que, con la autoridad de su saber, intentara tranquilizar a la humanidad, asegurando que, después de todo, la estrella no era acaso un cuerpo sólido, sino una masa de gases inflamados, y que su choque con la Tierra, de verificarse éste, no podía tener las consecuencias desastrosas que alguien había vaticinado.

Aquella noche, precisamente según los avisos del Observatorio de Greenwich, la estrella iba a encontrarse en el punto más próximo a Júpiter. Los habitantes de la Tierra sabían desde aquel momento el giro que debían tomar las cosas. Los cálculos y profecías del gran matemático eran calificados por muchos escépticos de hábil y laborioso reclamo. Por último, el buen sentido, algo acalorado por las discusiones, evidenció sus convicciones inalterables yéndose a acostar. Y esto no ocurrió sólo en los países civilizados; también en las regiones del planeta donde domina la barbarie, las multitudes, cansadas de mirar al cielo, se entregaron al descanso, o se diseminaron por las selvas para entregarse a la caza o a las dulzuras del amor...

Al comenzar la noche del día inmediato, los europeos que seguían con interés el fenómeno, vieron elevarse la estrella una hora más tarde que de costumbre, sin que, aparentemente, hubiera aumentado el tamaño. Huelga decir que los vaticinios fúnebres del gran matemático empezaron a servir de tema jocoso. Nadie tomaba ya la cosa en serio. Esta agradable incredulidad duró poco. La verdad era que la estrella crecía *de nuevo*, que crecía de hora en hora con una terrible persistencia, que cada minuto que pasaba eran más brillantes sus rayos, más inquietante su aspecto. Entonces dijo un periódico que si la estrella seguía su marcha hacia la Tierra en línea recta, si no ejercía sobre ella influencia la atracción de Júpiter, podría salvar la distancia intermedia en veinticuatro horas.

No fue así, sin embargo; la estrella empleó más de cinco días en acercarse a nuestro planeta. Durante la noche inmediata su volumen aparente era el de una tercera parte de la Luna, Cuando apareció sobre el horizonte en América tenía el mismo tamaño que nuestro satélite, despidiendo una claridad cegadora y, si vale la palabra,

quemante.

A medida que ascendía la estrella en el firmamento aumentaba la violencia del aire, un aire caliente como el que precede a las tempestades de verano. En Virginia, en el Brasil y en el valle de San Lorenzo el astro brillaba de modo intermitente, a través de densas masas de nubes que corrían con velocidades y aspectos fantásticos, iluminadas a veces por relámpagos de color violeta oscuro, y que arrojaban de vez en cuando sobre la Tierra granizadas de una violencia desconocida. En Manitoba ocurrieron inundaciones terribles por la rápida fusión de los hielos. La nieve empezó a derretirse aquella noche en todas las montañas de la Tierra. Los grandes ríos que procedían del interior de los continentes empezaron a arrastrar en sus aguas enturbiadas cadáveres de personas y de animales, que quedaban luego depositados sobre las tierras bajas. Los desbordamientos se sucedían cada vez mayores, arrasando ciudades y devastando campiñas. Las muchedumbres huían del mortal abrazo de las aguas, escalando en confuso tropel las montañas.

En todo el litoral de la América del Sur y en el Atlántico austral llegaron ¡as mareas a un nivel jamás conocido. Las tempestades empujaron las aguas tierra adentro cuarenta y cincuenta kilómetros; muchas ciudades enteras quedaron por completo sumergidas.

El calor se hizo insoportable aquella noche; como que la aparición del Sol a la mañana siguiente pareció llevar consigo la frescura de las sombras de la noche.

Los terremotos eran ya violentísimos y numerosos, especialmente en toda América, desde el Círculo Ártico al cabo de Hornos. Ante aquel incesante trepidar de la tierra, abriéronse los flancos de las montañas, desaparecieron islas y promontorios, se desplomaron a millares edificios y muros, aplastando un número incalculable de gentes. Una vertiente del Cotopaxi se hundió tras de rápida y vasta convulsión, dejando paso a un mar de lava tan alto, tan ancho, tan rápido y tan fluido que sólo tardó un día en llegar al océano.

La estrella, escoltada por la oscurecida Luna, atravesó el Pacífico, llevando en pos de sí, como si fueran los paños flotantes de una túnica, el huracán y la ola gigantesca, espumosa y destructora; el huracán y la ola, inconscientes trabajadores de la muerte, ejecutando su siniestra obra sobre las islas, hasta no dejar rastro humano sobre ellas...

Hubo ya un momento en que la ola creció hasta convertirse en

muralla líquida de veinte metros de altura y que, rugiendo con intensidad espantosa, rebasó las extensas costas de Asia, precipitándose en las vastas llanuras de China. La estrella, cada vez más fulgurante, más enorme y más ardiente que el Sol en toda su fuerza, era contemplada por millones de hombres enloquecidos por el pánico, que huían, huían, sin derrotero fijo, mientras que la muralla de agua salobre avanzaba sobre los campos, penetraba en las ciudades y sembraba por doquier la destrucción y la muerte.

La gran estrella pasó como un globo de fuego por encima del Japón, de Java y de todas las islas del Asia oriental. Densas nubes producidas por el humo y la ceniza de los volcanes la ocultaban en ocasiones. Cuando reaparecía sobre el firmamento era para hacer brillar con más fuerza los torrentes de lava que surgían de las entrañas de la tierra y los inmensos espacios de terrenos anegados por el mar. Las inmemoriales nieves del Tíbet y del Himalaya, al fundirse, se precipitaron sobre las llanuras de Birmania y del Indostán a través de millones de canales. El rebaño humano huía a lo largo de los caminos, siguiendo las márgenes de los ríos, hacia el mar, última esperanza de salvación de los hombres en todos los grandes cataclismos terrestres.

El océano tropical había perdido su fosforescencia; torbellinos gaseosos se elevaban de la superficie de las aguas. Ocurrió entonces un prodigio. Los que esperaban en Europa la salida del astro creyeron que la Tierra había cesado de girar al advertir una noche la ausencia de la estrella. En medio de una incertidumbre espantosa transcurrieron horas y más horas sin que apareciese en el horizonte el astro amenazador. Por primera vez desde hacía mucho tiempo pudieron contemplar los hombres la magnificencia del cielo estrellado. Diez horas después surgió la estrella. El Sol salió a los pocos minutos; su masa incandescente parecía un disco sombrío, recostándose sobre el fondo luminoso y blanco de la estrella.

Calamidades sin cuento seguían afligiendo a la Tierra. En una noche se inundó toda la llanura del Indostán desde el Indo hasta las bocas del Ganges. De la extensa sábana líquida se elevaban los techos de los palacios y templos y las cumbres de las colinas, hormigueantes de seres humanos. Cada minarete era una masa confusa de gentes que caían en racimos sobre el negro abismo de sus aguas a medida que el calor y el pánico aumentaban. Del país entero partía un lamento ininterrumpido y penetrante. De improviso, una masa oscura empezó a ascender sobre el horizonte y pasó por delante de la estrella con una rapidez aterradora. Aquella masa opaca y sombría era la Luna. Muy pronto pudo observarse en Europa que el Sol y la estrella salían

simultáneamente. Ambos astros parecían perseguirse al principio con furia; luego disminuían su carrera y se detenían en el cénit confundidos en flamígero abrazo. La Luna no eclipsaba ya a la estrella, y parecía alejarse en el esplendor de los cielos. Aunque la mayoría de los humanos que quedaban con vida contemplaban este grandioso espectáculo con la estupidez que engendran el hambre, la fatiga, el calor y la desesperación, hubo alguien, sin embargo, que supo apreciar el significado de aquel aparente alejamiento de la Luna y aquella aparente persecución del Sol por el nuevo astro. Sí; la estrella y la Tierra, después de haberse encontrado cerca, comenzaban a separarse. El astro perturbador se alejaba con velocidad vertiginosa en la última fase de su caída hacia el Sol. Entonces cubriose el cielo de nubes, el trueno y los relámpagos tejieron su malla terrorífica en torno del mundo, y un nuevo diluvio cayó sobre la Tierra. Allí donde los volcanes habían vomitado mares de lava, se extendían ahora mares de cieno. Muchos días transcurrieron así. El impetuoso desbordamiento de las aguas destruyó lo que había dejado en pie la reciente caricia hecha a la Tierra por la estrella. Algunos terremotos concluyeron la obra de destrucción. Pasaron semanas y meses. La estrella había pasado para siempre. Los hombres, impulsados por el hambre, recobraron sus energías, entraron en las ruinosas ciudades y en los graneros incendiados y medio sumergidos, y se extendieron por las pantanosas llanuras. Los pocos barcos que habían logrado escapar de las tempestades arribaron desmantelados y lastimosos, después de sondear con precaución las entradas de sus puertos, para no encallar en los recién aparecidos arrecifes que ahora obstruían los antes despejados y profundos canales de ingreso.

Cuando se calmaron las tempestades, advirtieron los hombres en toda la extensión de la Tierra que los días eran más cálidos, que el Sol era mayor y que la Luna, que había disminuido en dos terceras partes, presentaba sus fases en ochenta y cuatro días.

La presente historia nada dice de la nueva fraternidad nacida entre los humanos, ni de cómo lograron conservarse las leyes, los libros y las máquinas, ni del extraño cambio operado en Islandia, en Groenlandia y en el litoral del mar de Baffin, países desolados y yermos con anterioridad al cataclismo y ahora alegres y abundantes de vegetación, cual pudieran comprobar los marinos en sus nuevas expediciones. Tampoco dice nada la presente historia acerca de un fenómeno curioso determinado por la catástrofe, y que consistía en haberse trasladado toda la actividad humana hacia el norte y el sur de la Tierra, abandonando por inhospitalarias y abrasadas aquellas regiones que antes del cataclismo fueron su residencia habitual.

Nuestro papel de historiadores se limita a esto; a dar cuenta de la aparición y desaparición de la terrible estrella.

Ahora bien; los astrónomos de Marie —porque es cosa averiguada que en Marte existen astrónomos, si bien difieren en su conformación física de sus colegas terrestres— siguieron con especial interés el admirable fenómeno, y consignaron así, según parece, sus observaciones:

«Teniendo en cuenta la masa y la temperatura del proyectil lanzado a través de nuestro sistema solar, es para causar sorpresa el poco daño que ha sufrido la Tierra, no obstante haberse encontrado a tan escasa distancia del viajero sideral. Puede observarse, en efecto, que siguen inalterables todas las antiguas demarcaciones de continentes y las masas oscuras de los mares. La única diferencia perceptible es una disminución de las grandes manchas blancas que en un tiempo circundaban los polos, y que, según todas las probabilidades, eran agua congelada.»

Estas palabras de los sabios marcianos demuestran sencillamente cuan poca cosa puede parecer la mayor de las catástrofes humanas contemplada a una distancia de algunos millones de kilómetros.

El hombre que podía hacer milagros

No se sabe con certeza si fue un don innato. Me inclino a pensar que le llegó de forma súbita. De hecho, a los treinta años seguía siendo un escéptico, que no creía en absoluto en los poderes de los milagros. Debo decir aquí, dado que es éste el lugar más indicado, que era un hombre de baja estatura, ojos castaño oscuro, pecoso, con el pelo rojizo y muy erizado, y con un bigote cuyas puntas solía retorcer hacia arriba. Se llamaba George McWhirter Fotheringay (nombre que, sin duda, no presagia milagros) y trabajaba como secretario en la empresa Gomshott. Era bastante aficionado a entablar polémicas dogmáticas.

Fue en el transcurso de una de estas polémicas, en la que defendía la imposibilidad de los milagros, cuando tuvo el primer indicio de sus extraordinarios poderes. La discusión tenía lugar, para ser exactos, en el bar Long Dragon, y Toddy Beamish defendía la idea contraria, con un monótono pero efectivo «...Así que usted cree que...» que tenía al señor Fotheringay sobre ascuas.

Se encontraban también allí, además de ellos dos, un ciclista polvoriento, el posadero Cox y la señora Maybridge, una camarera, bastante corpulenta y perfectamente respetable, del Long Dragon. La señora Maybridge, de pie y de espaldas al señor Fotheringay, se estaba limpiando las gafas. Los demás le miraban, interesados, aunque sin mucho entusiasmo por la ineficacia del método defendido. Incitado por las tácticas del señor Beamish, el señor Fotheringay decidió realizar un tour de *force* retórico inusual en él. —Vamos a ver, señor Beamish dijo el señor Fotheringay—. Definamos sin ambigüedades qué es un milagro. Es algo que se opone al curso de la naturaleza, y es el resultado del poder de la voluntad; es algo que no podría suceder sin la intervención de la voluntad.

—...Así que *usted* cree que... —dijo el señor Beamish manifestando su oposición.

El señor Fotheringay apeló al ciclista, que hasta entonces había permanecido atento y en silencio; recibió de él su aprobación, expresada tras una tosecita que denotaba vacilación y tras haber echado una mirada de reojo al señor Beamish. El posadero no expresó su opinión, y el señor Fotheringay, volviéndose hacia el señor Beamish, recibió de él, de forma inesperada, una razonada confirmación de su definición del milagro.

—Por ejemplo —dijo el señor Fotheringay muy animado—. Aquí podría haber un milagro. ¿Acaso podría esta lámpara, de una forma natural, seguir ardiendo vuelta hacia abajo, Beamish?

—Usted lo ha dicho; no podría —dijo Beamish.

—¿Y usted? —preguntó Fotheringay—. Usted no pretenderá decir que... ¿eh?

—No —contestó Beamish a regañadientes—. No, no podría.

—Muy bien —dijo el señor Fotheringay—. Entonces se presenta alguien aquí, pongamos por caso yo mismo, se pone en frente de la lámpara y le dice, como lo podría hacer yo, concentrándome en mi deseo. «Vuélvete hacia abajo sin romperte y sigue ardiendo, ¡ea!»

Bastó para hacer decir a todos los presentes: ¡ea! Lo imposible, lo increíble se hizo palmario. La lámpara, invertida en el aire, ardía en silencio, con la llama hacia abajo. Aquella lámpara, la prosaica y vulgar lámpara del bar Long Dragon, era tan real e ineludible como cualquier otra.

El señor Fotheringay permanecía de pie con el dedo índice extendido y con el ceño fruncido, con la expresión de alguien que prevé una catástrofe. El ciclista, que estaba sentado junto a la lámpara, se cubrió la cabeza con los brazos y echó a correr hacia el lado opuesto del bar. Los demás hicieron aproximadamente lo mismo. La señora Maybridge se volvió y chilló. La lámpara permaneció inmóvil durante unos tres segundos. Un grito sordo de angustia salió de la boca del señor Fotheringay;

—No puedo soportar esto ni un minuto más —dijo. Se tambaleó hacia atrás y la lámpara invertida fulguró súbitamente, cayó contra el rincón del bar, rebotó en un lado, golpeó sobre el suelo y se apagó.

Por suerte tenía un pie de metal; de no haberlo tenido, el lugar habría ardido en llamas. El señor Cox fue el primero en hablar, y sus observaciones, entrecortadas con exabruptos que no venían a cuento, dieron a entender que Fotheringay estaba loco. ¡Y Fotheringay ni siquiera ponía en duda una proposición como aquella! Estaba atónito, fuera de toda medida, ante lo que acababa de suceder. La conversación que tuvo lugar a continuación no arrojó absolutamente ninguna luz sobre el asunto, en lo que a Fotheringay atañía. Todo el mundo dio la razón al señor Cox, y lo hicieron con mucha vehemencia. Acusaron a Fotheringay de haber hecho algún truco y le hicieron ver que había atentado estúpidamente contra el orden y la seguridad. Sintió que un torbellino de perplejidad le arrastraba, se sentía inclinado a pensar como ellos, y se opuso, aunque sin ningún éxito, a abandonar el lugar.

Se fue a casa congestionado y acalorado, con el cuello de la camisa arrugado, los ojos escocidos y las orejas encarnadas. Miró con nerviosismo las diez farolas que halló en el camino. Pero fue únicamente al encontrarse solo en su habitación de Church Row cuando se sintió capaz de enfrentarse de veras a sus recuerdos, y se preguntó:

—¿Qué diablos ha ocurrido?

Se había quitado el abrigo y las botas, y estaba sentado en el borde de la cama, con las manos en los bolsillos, repitiendo, por vigésima vez, las palabras que constituían su defensa:

«Yo no quería molestar a nadie con el dichoso asunto», cuando, en el preciso momento en que pronunciaba las palabras de conjuro, le pareció que, subrepticamente, había deseado lo que estaba diciendo y que, cuando había visto la lámpara suspendida en el aire, sintió que dependía de él dejarla allí, aunque no estaba claro cómo debía hacerse. No era la suya una mente especialmente complicada; de haberlo sido, se habría detenido ante este «deseo inadvertido», que conlleva, de hecho, los problemas más inextricables de su acto de volición; pero la idea se le apareció de forma bastante confusa. Y a continuación, sin mediar, lo admito, lógica alguna, pasó al terreno práctico de la experimentación.

Señaló con resolución su vela y se concentró, aunque presentía que estaba cometiendo una locura.

—Elévate —le dijo.

Por un instante, este prepensamiento desapareció. La vela se elevó, suspendida en el aire durante un vertiginoso momento; el señor Fotheringay contuvo el aliento; luego la vela cayó sobre su mesita tocador, dejándole en la oscuridad, rota sólo por el débil resplandor de la mecha.

El señor Fotheringay permaneció un rato sentado en la oscuridad completamente inmóvil. «¡Ha ocurrido! ¡Ha ocurrido!» —se dijo— ¡y no sé cómo lo voy a explicar.» Suspiró profundamente y buscó afanosamente una cerilla en sus bolsillos, pero no encontró ninguna. Se levantó y buscó a tientas en su mesita tocador.

—Desearía tener una cerilla —dijo.

Recurrió a su abrigo, pero no había ninguna; entonces empezó a comprender que los milagros eran posibles incluso con cerillas. Extendió una mano y frunció el ceño en la oscuridad:

—Que aparezca una cerilla en esta mano —dijo.

Inmediatamente, sintió cómo un objeto ligero se deslizaba en su palma. Cerró los dedos asiendo una cerilla.

Luego de vanos infructuosos intentos por encenderla, descubrió que se trataba de un fósforo de seguridad. Lo tiró y entonces cayó en la cuenta de que debía haberlo deseado encendido. Así lo hizo, y al momento pudo percibirlo ardiendo sobre el tapete de su mesita tocador. Lo cogió apresuradamente y se le apagó. Sus posibilidades de percepción aumentaron; buscó a tientas el candelero para colocar en él la vela.

—Venga, ¡enciéndete! —ordenó el señor Fotheringay, e inmediatamente la vela se encendió.

Vio un agujero negro en la encimera del tocador del que salía un hilo de humo. Durante unos instantes miró fijamente la pequeña llama; a continuación, alzó la vista y vio su propia imagen reflejada en el espejo.

—¿Qué me dices ahora de los milagros? —se dijo al fin el señor Fotheringay dirigiéndose a su imagen reflejada en el espejo.

Las posteriores reflexiones del señor Fotheringay fueron graves pero confusas. Por lo que podía entrever, se trataba de un caso de simple volición. La naturaleza de las primeras experiencias no le

indujo a ulteriores experimentos, o mejor dicho, sólo a los menos peligrosos. Levantó una hoja de papel y la transformó en un vaso de agua de color rosa, luego verde, a continuación creó un caracol que más tarde aniquilaría por medio de otro milagro, y finalmente, creó un nuevo y milagroso cepillo de dientes. Al llegar el alba comprendió que el poder de su voluntad debía de poseer una extraña y amarga cualidad, hecho del que, con anterioridad, había tenido indicios, pero no una seguridad plena. El susto y la perplejidad de su primer descubrimiento aparecían ahora mitigados por el orgullo de esta evidencia singular y por un vago presentimiento de sus ventajas. Reparó en que el reloj de la iglesia estaba dando la una, y como no se le pasó por la cabeza que podía utilizar sus milagros para librarse de sus obligaciones cotidianas en la empresa de Gomshott decidió desnudarse y acostarse sin demora. Mientras luchaba por quitarse la camiseta por la cabeza, se le ocurrió una brillante idea:

—¡Que esté ya en la cama! —ordenó, y al momento estaba acostado—. Desnudo —especificó, y como se encontraba al instante entre las frías sábanas, añadió bruscamente—: Y en mi pijama... no, en un bonito pijama de lana suave. ¡Ah! —exclamó con una inmensa felicidad—. Y ahora quiero dormirme plácidamente...

Se despertó a su hora habitual; durante el almuerzo estuvo cavilando, preguntándose si su experiencia de la noche anterior no habría sido un sueño. Al fin su mente volvió de nuevo a sus cautos experimentos. Por ejemplo, tenía tres huevos para desayunar. La patrona había preparado dos de ellos, buenos, aunque no de primera calidad; el tercero, en cambio, era un fresco y delicioso huevo de oca, preparado según su gusto, gracias a su extraordinaria voluntad. Luego, en un estado de profunda pero bien disimulada agitación, se dirigió apresuradamente a Gomshott y sólo se acordó de la cáscara del tercer huevo, cuando la patrona le habló de ello por la noche. Apenas pudo trabajar en todo el día, debido al nuevo conocimiento de sí mismo, asombrosamente adquirido, pero ello no le perjudicó ya que hizo su trabajo milagrosamente en los últimos diez minutos.

A medida que transcurría lentamente el día, su estado mental fue pasando de la admiración al júbilo, aunque todavía resultaba desagradable recordar su invitación a retirarse del Long Dragon, y un recuerdo alterado de lo que había sucedido y que había influido en sus colegas, le produjo cierta risa. Era evidente que debía tener cuidado al elevar objetos que pudieran romperse, pero, por otra parte, su don le prometía más y más a medida que le daba vueltas en su cabeza. Intentó, entre otras cosas, aumentar su patrimonio personal mediante

modestos actos creativos. Creó un par de espléndidos gemelos de diamantes, pero tuvo que aniquilarlos apresuradamente cuando vio aproximarse al joven Gomshott hacia su escritorio. Temió que Gomshott pudiera preguntarse cómo los había conseguido. Reflexionó y vio con bastante claridad que el ejercicio de aquel don requería precaución y una cuidadosa vigilancia. Pero su sentido común le decía que las dificultades que acompañaban su nueva habilidad no serían mayores que las que ya había afrontado al estudiar la práctica del ciclismo. Fue quizá esta analogía, así como la sensación de que no sería bienvenido en el Long Dragon, lo que le indujo a ensayar unos cuantos milagros en privado, después de cenar, en el callejón detrás de la fábrica de gas.

Había posiblemente cierto afán de originalidad en sus tentativas, ya que, aparte de su poder, el señor Fotheringay no poseía ninguna cualidad excepcional. Le vino a la memoria el milagro de la vara de Moisés, pero la noche era oscura y poco propicia para encantar, como es debido, a las grandes serpientes milagrosas. Entonces le vino a las mientes la historia de «Tannhauser», que había leído en el reverso del programa de la Filarmónica. Aquello le pareció singularmente atractivo e inofensivo. Clavó su bastón en el césped que bordeaba la calle y ordenó florecer a aquella seca madera. En seguida el ambiente se cargó de un agradable olor a rosas, y, con la ayuda de una cerilla, pudo comprobar que aquel hermoso milagro se había realizado. Su íntima complacencia fue interrumpida al oír unos pasos que se aproximaban. Temeroso de que descubrieran demasiado pronto sus poderes, se dirigió a las flores de su bastón y apresuradamente les ordenó:

—¡Idos! —aunque lo que él quiso decir fue «Volved a vuestro antiguo estado»; evidentemente estaba aturdido. El bastón retrocedió a una velocidad considerable, y a continuación se oyó un grito de dolor y cólera, y un insulto procedentes de la persona que se aproximaba.

—¿Se ha vuelto usted loco para andar tirando zarzas a la gente? ¡Me ha dado en la espinilla!

—Lo siento, hombre —contestó el señor Fotheringay, cayendo en la cuenta de lo torpe de la explicación; se pasó la mano nerviosamente por el bigote y vio que Winch, uno de los tres alguaciles, se acercaba.

—¿Qué significa todo esto? —inquirió el alguacil—. ¡Ah! ¡Pero si es usted, el caballero que rompió la lámpara en el Long Dragon!

—No tenía ninguna intención de hacerlo —contestó el señor Fotheringay—. De veras, ninguna.

—Entonces, ¿por qué lo hizo?

—¡Oh! ¡Qué fastidio! —exclamó el señor Fotheringay.

—Sí, exacto, qué fastidio, ¿sabe que ese bastón me ha hecho daño? ¿Por qué lo ha hecho?

En aquel momento, el señor Fotheringay no pudo pensar en ninguna excusa. Su silencio irritó visiblemente al señor Winch.

—Esta vez ha agredido usted a la policía, ¡eso es lo que ha hecho!

—Verá, señor Winch —dijo el señor Fotheringay, molesto y confundido—, lo siento mucho. El hecho es que...

—¿Y bien?

No pudo pensar en otra cosa que no fuera la verdad. Estaba realizando un milagro. Intentó hablar de una forma coherente, pero, aunque lo intentó, no pudo.

—¡Realizando un...! Vamos, no diga tonterías. ¡Conque realizando un milagro...!, ¡un milagro! Ésta sí que es buena, pero, ¿acaso no era usted quien no creía en los milagros...? Éste debe ser otro de sus estúpidos trucos... ¡Sí señor, eso es lo que es! Ahora déjeme decirle...

Pero el señor Fotheringay no escuchó lo que el señor Winch iba a decirle. Comprendió que le había revelado su secreto y que lo proclamaría a los cuatro vientos. Una súbita rabia le incitó a actuar. Se volvió hacia el alguacil y le dijo ferozmente:

—Estoy harto, ¿me oye?, ¡harto de todo esto! Ahora le voy a enseñar uno de esos estúpidos trucos! ¡Verá! ¡Y ahora váyase al infierno!

Y se encontró de nuevo solo.

El señor Fotheringay no realizó más milagros aquella noche, ni tampoco se molestó en averiguar adonde había ido a parar su bastón florecido. Regresó a la ciudad, asustado y muy silencioso. Se encerró en su habitación.

—¡Señor! —exclamó—. ¡Es un don poderoso, un don extremadamente poderoso! Yo no pretendía tanto. De veras que no... ¡Me pregunto cómo será el infierno!

Se sentó en el borde de la cama y se quitó las botas. Tuvo la feliz ocurrencia de trasladar al alguacil desde el infierno hasta San Francisco, y sin volver a interferir el orden natural de las cosas, se metió tranquilamente en la cama. Durante la noche soñó con la cólera de Winch.

Al día siguiente, el señor Fotheringay oyó dos noticias interesantes, alguien había plantado un rosal hermosísimo en la parte trasera de la casa privada del viejo señor Gomshott, en la calle Lullabourough, y la otra era que habían estado rastreando el río hasta Rawling's Mili, en busca del alguacil Winch.

El señor Fotheringay estuvo abstraído durante todo el día, y no realizó ningún milagro más, a excepción de algunas provisiones para Winch y del milagro de terminar con celeridad y pulcritud su trabajo del día, a pesar del enjambre de ideas que zumbaban en su mente. La extraordinaria abstracción y suavidad de sus modales fueron comentadas por muchas gentes, y fue motivo de burla. Pero la mayor parte del tiempo, él pensaba en Winch.

El domingo por la tarde, se dirigió a la capilla, donde el señor Maydig, que se interesaba algo por el ocultismo, predicaba, harto sorprendentemente, sobre «aquellas cosas que se apartan de la ley». El señor Fotheringay, que no asistía con regularidad a la capilla, sintió que su escepticismo, al que ya he aludido, no fue hondamente perturbado. El contenido del sermón arrojó una luz enteramente nueva sobre sus dones recién adquiridos, y de repente, decidió consultar al señor Maydig en cuanto acabase el servicio. Y en el momento de tomar la decisión, se preguntó cómo esta idea no se le habría ocurrido antes.

Al señor Maydig, que era un hombre enjuto y nervioso, con unas muñecas y un cuello extraordinariamente largos, le halagó profundamente que un joven, cuyo escaso interés por los asuntos religiosos era de todos conocido y criticado, pidiese una consulta privada con él. Una vez despachados unos pequeños e ineludibles contratiempos, le condujo al estudio de la rectoría contiguo a la capilla, le ofreció acomodo; y de pie frente al fuego de una reconfortante chimenea (sus piernas dibujaban una sombra arqueada en la pared opuesta), pidió al señor Fotheringay que le expusiera su problema.

Al principio, el señor Fotheringay se sintió un poco avergonzado y le resultó difícil entablar la conversación.

—Me temo que usted no me va a creer, señor Maydig...

Durante un rato estuvo diciendo cosas por el estilo. Por fin lo intentó con una pregunta. Le preguntó al señor Maydig su opinión sobre los milagros.

El señor Maydig estaba todavía diciendo «Y bien», en un tono extremadamente juicioso, cuando el señor Fotheringay le interrumpió nuevamente:

—Supongo que usted no cree que cierta clase de personas, vulgares y corrientes, como yo, por ejemplo, pueda estar sentada aquí y ahora como yo lo estoy, y sea capaz de realizar ciertas cosas mediante un acto exclusivo de volición.

—Es posible —dijo el señor Maydig—. Algo parecido, sí, quizá sea posible.

—Si yo pudiera realizarlo aquí, libremente, con algún objeto... creo que puedo demostrárselo con un experimento —dijo el señor Fotheringay—. Ahora, coja esta pipa que hay encima de la mesa, por ejemplo. Lo que quiero saber es si lo que voy a hacer con ella es un milagro o no. Espere medio minuto, señor Maydig, por favor.

Frunció el ceño, señaló la pipa y dijo:

—Conviértete en un jarrón con violetas.

La pipa se convirtió en lo que él había ordenado.

El señor Maydig se sobresaltó violentamente al ver la transformación, y permaneció mirando alternativamente al taumaturgo y al jarrón. No dijo nada. De repente, osó inclinarse sobre la mesa y oler las violetas; eran flores recién cortadas y de las más exquisitas. Luego volvió a mirar al señor Fotheringay.

—¿Cómo lo ha hecho? —inquirió.

El señor Fotheringay se retorció el bigote.

—Me bastó con ordenarlo... y ya está. ¿Se trata de un milagro, magia negra o qué es? ¿Qué cree usted que me pasa? Esto es lo que

quería preguntarle.

—Es el suceso más extraordinario que he visto.

—Hace exactamente una semana ignoraba, tanto como usted, que era capaz de ciertas cosas. Hay algo extraño a mi voluntad, supongo, y esto es cuanto puedo decirle.

—¿Es esto lo único que puede hacer o es capaz de realizar también otras cosas?

—¡No! —contestó el señor Fotheringay—. Puedo hacer muchas más cosas. —Reflexionó y de pronto recordó un conjuro que había visto en un espectáculo—. ¡Tú! —señaló—, transfórmate en una pecera con un pez... no, eso no, transfórmate en una pecera de cristal, llena de agua, con una carpa dentro nadando en su interior. ¡Esto está mejor! ¿Ha visto esto, señor Maydig?

—Es impresionante, es increíble. Es usted el más extraordinario... Pero no...

—Podría convertirlo en cualquier cosa —dijo el señor Fotheringay—. En cualquier cosa. ¡Venga! ¡Conviértete en una paloma!

Al instante, una paloma azulada estaba revoloteando por la habitación, obligando al señor Maydig a esconder la cabeza bajo el brazo cada vez que pasaba junto a él.

—¡Detente allí! —ordenó el señor Fotheringay, y la paloma se quedó inmóvil en el aire—. Podría volver a transformarte en un jarrón con flores —dijo, y luego de colocar la paloma sobre la mesa, realizó el milagro.

—Supongo que querrá usted su pipa en seguida, ¿no?

Y la pipa apareció de nuevo.

El señor Maydig había seguido estas últimas transformaciones con una devoción silenciosa. Miró fijamente al señor Fotheringay y, con suma cautela, recogió su pipa, la examinó y la colocó sobre la mesa.

—¡Vaya! —fue cuanto alcanzó a decir.

—Ahora, después de todo esto resulta más fácil explicar para qué he venido —dijo el señor Fotheringay—, y a continuación procedió a

narrar con prolijidad y dramatismo sus extrañas experiencias, empezando por el asunto de la lámpara del Long Dragon, y enmarañándose en continuas alusiones a Winch. A medida que iba avanzando, el orgullo momentáneo que le había producido la consternación del señor Maydig, iba desapareciendo. Volvió a ser el vulgar señor Fotheringay de todos los días. El señor Maydig le escuchaba con atención, con la pipa en la mano, y su expresión también fue cambiando en el transcurso del relato. Mientras el señor Fotheringay estaba hablando sobre el milagro del tercer huevo, el pastor le interrumpió bruscamente, agitando su mano.

—Es posible —dijo—. Es verosímil, es asombroso, desde luego, pero conlleva un buen número de dificultades. El poder para realizar milagros es un don, una cualidad única, como el genio o el conocimiento del futuro, que sólo les ha sido dado poseerlo a unos cuantos seres excepcionales. Pero este caso... Siempre me han maravillado los milagros de Mahoma, y los de Yogi, y los de la señora Blavatsky. ¡Claro, claro que sí! ¡Es un don! Verifica de una forma hermosa las hipótesis de aquel pensador —el señor Maydig bajó la voz — ...su alteza el duque de Argyll. Con ello desvelamos una ley más profunda, más recóndita que las leyes ordinarias de la naturaleza. Sí, sí, prosiga, ¡prosiga!

El señor Fotheringay procedió a relatarle su percance con Winch, y el señor Maydig, libre ya de toda cohibición o temor, empezó a agitar los brazos y a dar curso libre a sus emociones.

—Esto es lo que más me inquieta —prosiguió el señor Fotheringay —; es por ello por lo que quiero un consejo. Sin duda está en San Francisco (dondequiera que esté San Francisco), pero con toda evidencia un asunto peliagudo para nosotros dos, como podrá ver, señor Maydig. No veo el modo de que alcance a comprender lo ocurrido y YO diría que está horriblemente atemorizado y exasperado, y que debe de estar persiguiéndome. Estoy convencido de que él está intentando ponerse en marcha para venir aquí; por eso yo le mando otra vez de regreso, mediante un nuevo milagro, en cuanto me acuerdo.

Con toda seguridad, esto es algo que jamás logrará entender, y esto le hará sufrir; además, si cada vez que intenta escapar, saca un billete, le va a resultar muy caro. He hecho cuanto he podido por él, pero a él, en cambio, le es difícil ponerse en mi lugar. Pensé también que sus ropas podrían haberse chamuscado, ya sabe... si el infierno es como nos lo han pintado... antes de llegar a San Francisco, y en este caso me temo que lo habrán encerrado. Como ve, estoy en un lío

espantoso...

El señor Maydig le miraba seriamente.

—Ya veo que está usted en una situación difícil, ¿cómo va a poner término a todo esto? —preguntó. Hablaba con vaguedad, dejando las ideas en suspenso.

—Pero dejemos a Winch un momento y discutamos la cuestión principal. No creo que sea éste un caso de magia negra ni nada por el estilo. No veo que haya ningún rastro de criminalidad en ello, en absoluto, señor Fotheringay; nada, a menos que me esté usted ocultando algún hecho, algún hecho material. No, son milagros, puros milagros, milagros, sí, si puedo decirlo así, y de primerísima clase.

Empezó a pasear por la alfombrilla que había junto a la chimenea y a gesticular, mientras el señor Fotheringay apoyaba su brazo sobre la mesa y la cabeza sobre su barbilla, visiblemente preocupado.

—No sé cómo voy a solucionar lo de Winch —dijo.

—Un don para realizar milagros, un don aparentemente muy poderoso —dijo el señor Maydig—. Ya encontraremos algún modo de arreglar lo de Winch, no tema. Mi querido señor, es usted un hombre muy importante, un hombre con unas posibilidades asombrosas, esto es evidente. Y de otro lado, las cosas que usted puede hacer...

—Sí, he pensado en una o dos —dijo el señor Fotheringay—, Pero algunas cosas quedaron un poco deformadas. ¿Vio usted aquel pez al principio? No era una pecera normal, ni el pez tampoco. Pensé que podría consultar a alguien sobre el particular.

—Un sistema apropiado —dijo el señor Maydig—, un sistema muy apropiado. Definitivamente, el sistema más apropiado. —Se detuvo y miró al señor Fotheringay—. Es un don prácticamente ilimitado. Examinemos sus poderes, por ejemplo, si son realmente... si son realmente lo que parecen ser.

Y así, por increíble que parezca, en el estudio de la pequeña casa detrás de la capilla congregacional, en la tarde del 10 de noviembre de 1896, el señor Fotheringay, incitado e inspirado por el señor Maydig, empezó a hacer milagros. Al lector le habrá llamado la atención, sobre todo, la fecha. Objetará, probablemente ya habrá objetado, que algunos puntos en esta historia son inverosímiles, que sí algo parecido a lo que se ha descrito hubiese, efectivamente, ocurrido, habría salido

en los periódicos del año pasado. Los detalles que siguen a continuación seguramente los encontrará difíciles de aceptar, porque, entre otras cosas, llevan a la conclusión de que él o ella, el lector en cuestión, debe haber muerto asesinado de forma violenta y sin precedentes, hace más de un año. Ahora bien, un milagro sólo lo es por su inverosimilitud, y en realidad, el lector fue asesinado hace un año de forma violentísima y sin precedentes. Ello se pondrá de manifiesto y resultará del todo verosímil en las páginas siguientes de este relato, como todo lector en su sano juicio admitirá. Pero éste no es el momento de contar el fin de esta historia, nos hallamos únicamente en la parte central. En un principio, los milagros realizados por el señor Fotheringay eran insignificantes y tímidos, consistieron en pequeños cambios con las copas y el mobiliario del locutorio, tan endebles como los milagros de los teosofistas, aunque, a pesar de su endebles, eran recibidos con un temor reverencial por su colaborador. Él hubiera preferido resolver el asunto de Winch, pero el señor Maydig no le dejó. Después de que hubieron realizado una docena de estas trivialidades caseras, desarrollaron su poder, su imaginación empezó a dar señales de una estimulación superior, y su ambición creció. El primer milagro de envergadura se debió al hambre y a la negligencia de la señora Minchin, el ama de llaves. Los alimentos a los que tenía acostumbrado el pastor al señor Fotheringay eran ciertamente poco apetitosos como refrigerio para dos hacedores de milagros. Estaban sentados, haciendo comentarios, con pesar más que ira sobre el ama de llaves y lo que ésta había traído como cena.

—¿No cree, señor Maydig, que sería una indiscreción que yo...?

—Mi querido señor Fotheringay, ¡pues claro que no! ¡Adelante!

El señor Fotheringay agitó la mano.

—¿Qué podríamos tomar? —preguntó, sintiéndose dadivoso, e inspeccionó el menú que había pedido—. A mi gusto —dijo echando un vistazo a la selección del señor Maydig—, siempre me ha gustado beber una buena jarra de cerveza con una buena tostada recubierta de queso fundido, y esto es lo que voy a pedir; no soy muy aficionado al Borgoña —dijo, e inmediatamente, la cerveza y la tostada aparecieron. Hablaron largo y tendido durante la cena, y, de repente, el señor Fotheringay percibió con cierta sorpresa y complacencia todos los milagros que harían en breve.

—Y por cierto, señor Maydig —dijo el señor Fotheringay—, quizá podría ayudarle, de una forma casera, quiero decir.

—No acabo de entenderle —dijo el señor Maydig, vaciando el vaso del milagroso Borgoña añejo.

El señor Fotheringay se sirvió una segunda ración de tostada, llenándose la boca.

—Estaba pensando —dijo— que podría (ñam, ñam) realizar un milagro (ñam, ñam) con la señora Minchin (ñam, ñam), hacer de ella una . mujer mejor.

El señor Maydig dejó el vaso sobre la mesa y le miró con aire dubitativo:

—Ella es, ella... se opone rotundamente a que se inmiscuyan en su vida, señor Fotheringay, y de hecho, son más de las once y estará ya durmiendo. ¿Cree usted que podría... en resumidas cuentas...?

El señor Fotheringay sopesó estas objeciones.

—No veo por qué no podría hacerlo, aunque esté durmiendo.

Por un tiempo el señor Maydig se opuso a la idea, pero al final, cedió. El señor Fotheringay dio sus órdenes, y un tanto incómodos, quizá, los dos caballeros se dispusieron a seguir comiendo. El señor Maydig empezó a conjeturar sobre los cambios que se habrían operado en su ama de llaves al día siguiente, con un optimismo que incluso a los sentidos extraordinarios del señor Fotheringay les pareció un poco exagerado y morbosos, cuando, de pronto, se oyeron unos ruidos confusos que provenían del piso de arriba. Sus ojos se miraron interrogantes; el señor Maydig salió de la habitación apresuradamente. El señor Fotheringay le oyó llamar al ama de llaves, y a continuación, sus pasos yendo suavemente hacia ella.

Al cabo de un minuto, más o menos, el pastor regresó, despacio y con una expresión radiante.

—Maravilloso —dijo—. ¡Y conmovedor! ¡Muy conmovedor!

Empezó a pasear sobre la alfombra que había junto a la chimenea.

—Qué arrepentimiento, qué arrepentimiento tan impresionante... lo vi a través de la rendija de la puerta. ¡Pobre mujer! ¡Qué cambio tan maravilloso! Se había levantado, seguramente se levantó de inmediato. Se había despertado con la intención de destruir la botella de coñac que escondía en una caja. ¡Y para confesarlo incluso!... Pero

esto nos ofrece, nos abre el más impresionante repertorio de posibilidades. Si podemos operar este milagro en ella...,

—Al parecer, el asunto es ilimitado —dijo el señor Fotheringay—. Y sobre el señor Winch...

—Sí, decididamente, ilimitado. —Desde la alfombra que había delante de la chimenea, el señor Maydig, dejando a un lado el problema de Winch, expuso una serie de maravillosas propuestas, propuestas que él iba inventando, mientras hablaba.

Pero estas propuestas no interesan ahora, ni están en relación alguna con la parte principal de este relato. Baste con decir que fueron concebidas con infinita benevolencia, la clase de benevolencia que solía llamarse posprandial. Baste asimismo con decir que el problema de Winch se quedó sin resolver. Tampoco es necesario describir hasta qué punto se cumplieron las propuestas. Hubo transformaciones sorprendentes. El alba sorprendió al señor Maydig y al señor Fotheringay corriendo por la plaza del mercado, bajo la Luna, con mucho frío, en una especie de éxtasis, el señor Maydig, todo gesto y abrigo, el señor Fotheringay, bajo y con el pelo erizado, y sin estar ya avergonzado de su grandeza. Habían redimido a los borrachos del grupo parlamentario, convirtieron toda la cerveza y el alcohol en agua (el señor Maydig había decidido en contra del señor Fotheringay en este punto), posteriormente, habían mejorado notablemente la comunicación ferroviaria del lugar, vaciaron el pantano de Flinder, mejoraron el terreno de One Three Hill y curaron la verruga del vicario. Se dispusieron a ver lo que podría hacerse con el embarcadero deteriorado de South Bridge.

—El lugar —dijo entrecortadamente el señor Maydig— será irreconocible mañana. ¡Qué sorpresa se van a llevar todos y cómo lo van a agradecer! —En aquel preciso momento, el reloj de la iglesia señalaba las tres.

—Son las tres —dijo el señor Fotheringay—, tengo que irme. Tengo que estar en el trabajo antes de las ocho. Y por otro lado la señora Wimms..

—Pero si no estamos más que empezando —dijo el señor Maydig, con la infinita dulzura que le confería su ilimitado poder—. Estamos sólo empezando. Piense en todas las buenas acciones que hemos hecho. Cuando la gente se despierte...

—Pero... —dijo el señor Fotheringay.

El señor Maydig agarró su brazo de repente. Sus ojos brillaban.

—Mi querido muchacho —dijo—, no hay ninguna prisa, mira. — Señaló a la Luna en su cénit...— ¡Josué!

—¿Josué? —preguntó el señor Fotheringay.

—Josué —dijo el señor Maydig—. ¿Por qué no? ¡Detenía!

El señor Fotheringay miró hacia la Luna.

—Está un poco alta —dijo tras una pausa.

—¿Por qué no? —preguntó el señor Maydig—. Desde luego, no se detiene, usted sólo detiene la rotación de la Tierra, ¿sabe? El tiempo se detiene. No perjudicamos a nadie.

—¡Hum! —dijo el señor Fotheringay—. Bien. —Suspiró—. Lo intentaré, a ver ahora...

Se abotonó el abrigo y se dirigió hacia el globo habitable con una actitud de confianza, que le confería su poder.

—¡Detén tu rotación! —ordenó el señor Fotheringay.

Al instante se encontró volando precipitadamente a través del aire a razón de docenas de millas por minuto. A pesar de los innumerables círculos que iba describiendo por segundo, pudo pensar; pensar es maravilloso, a veces el pensamiento fluye lentamente, otras, tan raudo como la luz. Pensó en un segundo y deseó:

—¡Déjame volver abajo sano y salvo! No importa lo que pase en adelante, ¡déjame volver abajo sano y seguro!

Lo deseó justo a tiempo, porque sus ropas, calentadas debido a su rápido vuelo a través del aire, empezaban a chamuscarse. Descendió; el impacto del aterrizaje, sobre lo que resultó ser un montón de tierra recién removida, fue brusco aunque en modo alguno doloroso. Una gran masa de metal y ladrillos, de extraordinario parecido con el reloj en medio de la plaza del mercado, cayó al suelo muy cerca de él, se desplomó y rebotó por encima de su cabeza; y, como una bomba al estallar, voló por los aires hasta caer entre los escombros de piedra, hierro y ladrillos. Una vaca que iba lanzada por los aires cayó encima de uno de los grandes montones y estalló como un huevo. Hubo un estallido tan estrepitoso que, en comparación, incluso los más

espectaculares que había visto en su vida le parecieron el ruido que hace el polvo al caer. Le siguieron una serie de estallidos gradualmente menores. Un viento horrible rugió en el cielo y en la tierra, de forma que apenas pudo levantar la cabeza para mirar. Por unos momentos se quedó sin respiración y tan aturdido que ni siquiera podía ver dónde estaba ni lo que estaba sucediendo. Y su primer impulso fue palparse la cabeza y asegurarse de que el pelo erizado que estaba tocando era el suyo propio.

—¡Señor! —exclamó el señor Fotheringay, sin poder apenas hablar, debido al temporal—. ¡He sobrevivido! ¿Qué ha ocurrido? Tormentas y truenos. Si hace sólo un momento había una noche serena. Fue Maydig quien me embarcó en esto. ¡Qué viento! ¡Si me quedo aquí, voy a sufrir un estrepitoso accidente,...! ¿Dónde está Maydig? ¡En qué caos se ha sumido todo!

Se miró hasta donde las haldas del abrigo le permitieron. La apariencia de las cosas era realmente muy extraña.

—El cielo no parece alterado, de todas formas —dijo el señor Fotheringay con júbilo—. Creo que está todo en orden. Incluso allí parece que se aproxima un terrible temporal. Pero la Luna está allí arriba justo como hace unos instantes. Brillante como la luz del mediodía. Pero, por lo demás... ¿Dónde está el pueblo? ¿Dónde está, dónde está todo? Y ¿cómo ha podido formarse este horrible viento? Yo no ordené ningún viento.

El señor Fotheringay hizo vanas tentativas de ponerse en pie; por lo que permaneció a gatas a la espera. Inspeccionaba el mundo a la luz de la Luna, con la parte trasera de su abrigo cayéndole sobre la cabeza.

—Algo va mal —dijo el señor Fotheringay—. Pero sólo Dios sabe de qué se trata.

Nada podía verse en ninguna dirección, bajo el blanco resplandor, a través de la neblina de polvo arrastrado por el viento que rugía, sólo veía cómo montones de tierra revuelta y montones de ruinas incipientes se desplomaban. No habían árboles, ni casas, ni formas que le resultaran familiares; sólo un desorden salvaje, que desapareció finalmente en la oscuridad, tragado por los remolinos, las corrientes, y los rayos y truenos de una tormenta que se desató raudamente. Cerca de él, en la luz más pálida, había algo que pudo haber sido alguna vez un olmo y que ahora no era más que un montón de astillas, los restos de un árbol hecho añicos desde las ramas a la base, y más allá, surgió

una masa de vigas de hierro retorcidas, que a todas luces había sido un viaducto.

Como puede verse, cuando el señor Fotheringay detuvo la rotación del globo terráqueo, no especificó nada sobre los objetos ligeros que se mueven sobre su superficie. Y la Tierra gira a una velocidad tal que la superficie en su ecuador viaja a algo más de 1.000 millas por hora, y en las distintas latitudes, a más de la mitad de esa velocidad. Por eso el pueblo, el señor Maydig, el señor Fotheringay y todas las personas y cosas, habían sido despedidas violentamente por una fuerza centrífuga, a una velocidad de unas nueve millas por segundo, es decir, mucho más violentamente que si hubieran sido disparadas por un cañón. Y todo ser humano, toda criatura viviente, casa o árbol, y todo el mundo, tal como lo conocemos, había sido también lanzado, aplastado y totalmente destruido. Eso era todo.

El señor Fotheringay, desde luego, no apreciaba estas cosas en su totalidad. Pero percibía que su milagro se había malogrado, y aquello le hizo sentir una gran aversión hacia los milagros. Ahora estaba a oscuras, porque el cielo se había cubierto de nubes que escondieron el resplandor fugaz de la Luna; las tortuosas formas del granizo, caprichosamente cambiantes, poblaban el aire. El enorme rugido del viento y del agua llenaba el cielo y la tierra; sus ojos, bajo la mano que le protegía del polvo y del aguanieve, percibieron, a barlovento, y gracias a la luz intermitente de los relámpagos, cómo un inmenso muro de agua avanzaba en dirección hacia él.

—¡Maydig! —gritó la voz debilitada del señor Fotheringay en medio del alboroto de las fuerzas de la naturaleza—. ¡Aquí, Maydig! ¡Detente! —chilló el señor Fotheringay al agua que avanzaba—. ¡Por Dios, detente! Un momento —dijo el señor Fotheringay a los rayos y truenos—. Deteneos un momento mientras ordeno mis pensamientos... y ahora, ¿qué hago? —se preguntó—, ¿y ahora qué hago, Dios mío? ¡Ojalá Maydig estuviera cerca! Ya sé —se dijo—. ¡Y por Dios todopoderoso, esta vez quiero hacerlo bien!

Permanecía a gatas, resguardándose del viento, concentrándose Para hacerlo todo bien.

—¡Ah! —exclamó—, que nada de lo que voy a ordenar ocurra antes de que diga ¡Fuera!... ¡Dios mío! ¿Por qué no reparé en ello antes?

La entonación de su voz cambió al acercársele el remolino, gritando más y más alto con el vano deseo de escucharse a sí mismo.

—¡Ahora, ahí va! ¡Ten en cuenta lo que acabo de decir hace un momento. En primer lugar, cuando se haya realizado todo cuanto tengo que decir, quiero desprenderme de mi milagroso poder, que mis deseos sean como los de cualquier ser humano, como los que yo tenía antes, y que todos estos peligrosos milagros se detengan. No me gustan. Hubiera preferido no haberlo hecho. Esto es lo primero. Y lo segundo es que quiero volver hacia atrás, y detenerme en el instante en que precedió a los milagros. Permite que todo sea tal y como fue antes de que aquella bendita lámpara se diera la vuelta. Será una empresa ardua, pero será la última, ¿lo has entendido? Que se acaben os milagros, que todo sea tal y como fue y que yo regrese al Long Dragon en el momento en que me disponía a beber mi caña. ¡Sí! ¡Eso es!

Hundió sus dedos en el barro. Cenó sus ojos y dijo:

—¡Fuera!

Todo volvió a quedar perfectamente en calma. Se dio cuenta de que volvía a estar de pie, en posición erecta.

—...Así que usted cree que... —dijo una voz.

Abrió los ojos. Estaba en el bar Long Dragon, discutiendo de milagros con Toddy Beamish. Tuvo la vaga sensación de que algo muy importante se le había, de repente, olvidado. Con la excepción de la pérdida de sus poderes milagrosos, todo volvía a ser como antes había sido. Su pensamiento y su memoria volvían a ser en ese momento los mismos que habían sido en el punto en el que esta historia empezó. Por lo tanto, él no sabía, ni sabe todavía hoy, nada de cuanto aquí se ha dicho. Y, entre otras cosas, desde luego, seguía sin creer en los milagros.

—Yo le digo que los milagros, hablando con propiedad, no pueden producirse —dijo—. A pesar de lo que usted sostenga, estoy preparado para demostrarlo hasta sus últimas consecuencias.

—Eso es lo que usted cree —dijo Toddy Beamish.

—Demuéstrelo, si es capaz.

—Vamos a ver, señor Beamish —dijo el señor Fotheringay.

—Definamos, sin ambigüedades, qué es un milagro. Es algo que se opone al curso de la naturaleza, y es el resultado del poder de la

voluntad; es algo que...

El bazar mágico

EN varias ocasiones había visto desde lejos el bazar mágico. Una o dos veces pasé ante él y descubrí un escaparate en el que se exponían pequeños objetos seductores: pelotas mágicas, gallinas mágicas, conos maravillosos, muñecas ventrílocuas, el material para hacer el truco del cesto, paquetes de cartas que *parecían* normales y toda esa clase de cosas. Pero nunca pensé entrar hasta que un día, casi sin avisar, Gip me llevó de un dedo hasta el escaparate y se portó de tal forma que no hubo más remedio que visitar el establecimiento. No recordaba que estuviera precisamente allí, si he de decir la verdad: una fachada de tamaño modesto en Regent Street, entre la tienda de cuadros y el lugar donde corrían los polluelos recién salidos de unas incubadoras patentadas; pero allí estaba, en efecto. Creí que se hallaba más cerca del Circus, o doblando la esquina de Oxford Street, o incluso en Holborn; siempre estuvo a trasmano, un poco inaccesible, con algo de espejismo en su posición; pero allí se encontraba ahora, indiscutiblemente, y la gordezuela yema del índice de Gip hizo ruido sobre el cristal.

—Si yo fuera rico —dijo Gip, señalando con un dedo «el huevo que desaparece»—, me compraría eso. Y eso —que era «la muñeca que llora, muy humana»— y eso —un misterio que se llamaba, según una tarjeta muy bien hecha, «compre una y asombre a sus amigos».

—Todo —concluyó Gip— desaparecería bajo uno de estos conos. Lo he leído en un libro. Y ahí, papaíto, está el medio penique que desaparece, pero lo han puesto de una forma que no podemos ver cómo está hecho.

Gip, aquel querido niño, había heredado la educación de su madre, no se propuso entrar en la tienda ni molestar de ninguna manera; eso inconscientemente, arrastró mi dedo hacia la puerta y puso de manifiesto qué atraía su interés.

—Eso —dijo, y señaló la «botella mágica».

—¿Y si te llevaras eso? —le pregunté.

Y ante esta prometedora pregunta levantó los ojos con un repentino resplandor.

—Podría enseñárselo a Jessie —explicó, atento como siempre con los demás.

—Faltan menos de tres meses para tu cumpleaños, Gibbles. —Y puse la mano en el picaporte. Gip no contestó, pero apretó con más fuerza mi dedo, así que entramos en la tienda.

Aquél no era un bazar corriente, sino un bazar mágico, y toda la alegre iniciativa que Gip hubiera tomado ante una simple exposición de juguetes no se manifestó. Dejó a mi cargo la conversación.

Era un bazar pequeño y estrecho, no muy bien iluminado, y la campanilla de la puerta produjo una nueva nota quejumbrosa cuando la cerramos a nuestras espaldas. Por un momento permanecimos solos y pudimos mirar a nuestro alrededor. Había un tigre de *papier-maché* en el largo cajón de cristal que cubría un mostrador bajo; un tigre serio, de ojos amables, que movía la cabeza metódicamente. Había varias esferas de cristal, una mano de porcelana que sostenía cartas mágicas, una serie de peceras también mágicas, de diversos tamaños, y un impúdico sombrero asimismo mágico que mostraba desvergonzadamente sus muelles. En el suelo había espejos mágicos; uno nos reflejaba largos y delgados; otro nos hinchaba la cabeza y hacía desaparecer las piernas; y otro le hacía parecer a uno bajo y gordo como un barril. Y mientras nos reíamos mirándonos en él, llegó el que, al parecer, era el dueño del bazar.

En todo caso, allí estaba, detrás del mostrador: un hombre curioso, cetrino, moreno, con una oreja más grande que la otra y una barbilla como la puntera de una bota.

—¿En qué podemos servirle? —preguntó, extendiendo sus largos dedos mágicos sobre el cristal del mostrador; y así, con un sobresalto, fuimos conscientes de su presencia.

—Quiero comprar a mi hijo unos cuantos trucos sencillos.

—¿Prestidigitación? ¿Trucos mecánicos? ¿Domésticos?

—Algo que sea divertido.

—¡Hum! —murmuró el tendero, y se rascó la cabeza como si estuviera pensando. Entonces, de forma muy evidente, sacó de su cabeza una bola de cristal—. ¿Algo así? —preguntó, y nos la tendió.

La acción fue inesperada. Yo ya había visto el truco infinidad de veces en distintos espectáculos —forma parte del programa corriente de los prestidigitadores—, pero no lo esperaba allí.

—Es bueno —afirmé con una carcajada.

—¿Verdad que sí?

Gip alargó la mano suelta para coger aquel objeto y encontró sólo una palma vacía.

—Está en tu bolsillo —dijo el tendero: ¡y allí estaba!

—¿Cuánto cuesta? —pregunté.

—No cobramos las bolas de cristal —explicó el tendero cortésmente—. Las conseguimos gratis —añadió sacando otra del codo.

Se sacó otra de la nuca y la dejó junto a la anterior, sobre el mostrador. Gip contemplaba prudentemente su bola de cristal, después dirigió una mirada inquisitiva a las dos de encima del mostrador y, por fin, clavó sus ojos desorbitados y escrutadores en el tendero, que le sonrió.

—Puedes quedarte también con éstas y, si no te importa, una de mi boca. ¡Así!

Gip me consultó por un momento sin palabras, y entonces, en medio de un profundo silencio, separó las cuatro bolas, volvió a agarrar mi dedo tranquilizador y se dispuso a presenciar el siguiente acontecimiento.

—Conseguimos todos nuestros trucos menores de esta forma —observó el tendero.

Yo reí como quien celebra una broma.

—En lugar de ir al mayorista —dije—. Claro; es más barato.

—En cierto modo —contestó el tendero—. Aunque al final pagamos. Pero no tanto... como cree la gente... Nuestros trucos grandes, nuestras provisiones diarias y todas las demás cosas que deseamos las sacamos de aquel sombrero... Y ¿sabe, señor? Si me disculpa que se lo diga, no hay un comercio al mayor; no lo hay para las mercancías mágicas genuinas, señor. No sé si ha reparado en nuestro nombre: El Bazar Mágico Auténtico.

Se sacó una tarjeta comercial de la mejilla y me la tendió

—Auténtico —añadió señalando la palabra con el dedo—. No hay engaño alguno, señor.

Pensé que parecía llevar la broma demasiado lejos.

Se volvió hacia Gip con una sonrisa de singular afabilidad

—Tú, para que lo sepas, eres un chico perfecto.

Me sorprendió que supiera esto porque, por cuestiones de disciplina, lo manteníamos en secreto incluso en casa; pero Gip acogió aquellas palabras con un impávido silencio, manteniendo la mirada fija en el tendero.

—Solamente los chicos perfectos cruzan este umbral.

Y para corroborar lo que acababa de decir, llegó un ruido de la puerta y se oyó vagamente una vocecita chillona:

—¡Yo quiero entrar ahí, papá, quiero entrar ahí! ¡Ba-a-a-ah!

Y a continuación la voz quejumbrosa de un padre agobiado que :ataba de consolar y aplacar al niño:

—Está cerrado, Edward.

—Pero no está cerrado —observé yo.

—Lo está, señor —objetó el tendero—; siempre lo está para esa clase de niños.

Y mientras hablaba vislumbramos al jovenzuelo: una cara blanca, cálida por comer dulces y alimentos demasiado sazonados, deformada por la cólera; un pequeño egoísta despiadado dando zarpazos en el cristal encantado.

—No vale la pena, señor —dijo el tendero, cuando yo me dirigía, con mi natural amabilidad, hacia la puerta.

Vi cómo se llevaban al niño mimado, chillando. Respirando más libremente, pregunté:

—¿Cómo puede usted hacer eso?

—¡Magia! —respondió el tendero, con un movimiento descuidado de la mano.

Y, ¡oh!, de sus dedos brotaron chispas de colores que se desvanecieron en las sombras del bazar.

—¿Estabas diciendo, antes de entrar aquí —dijo, dirigiéndose a Gip—, que te gustaría una de nuestras cajas «compre una y asombre a sus amigos»?

Gip, haciendo un valeroso esfuerzo, reconoció:

—Sí.

—Está en tu bolsillo.

E inclinándose sobre el mostrador —tenía en verdad un cuerpo extraordinariamente largo— aquel asombroso personaje hizo aparecer el artículo por el sistema habitual de los prestidigitadores.

—Papel —dijo. Y cogió una hoja del sombrero de muelles vacío—. Cordel —y de su boca manó un cordel inacabable, que cuando tuvo atado el paquete cortó con los dientes y, según me pareció, se tragó el ovillo. A continuación encendió una vela en la nariz de una de las muñecas, metió uno de sus dedos (que ahora tenía un color rojo lacre) en la llama y así lacró el paquete.

—Ahora falta «el huevo que desaparece».

Extrajo uno de mi abrigo y lo empaquetó, así como «la muñeca que llora, muy humana». Yo tendía cada uno de los paquetes a Gip, a medida que estaban hechos, y él los apretaba contra su pecho. Faltaba poco, pero sus ojos eran elocuentes, y no lo era menos el apretón de sus brazos. Era presa de emociones indescriptibles. Éstas eran magias verdaderas.

Entonces, con un sobresalto, descubrí que algo se movía en mi

sombrero, algo suave y nervioso, Me lo quité rápidamente, y una paloma de collarín —un cómplice, sin duda— salió, corrió por el mostrador y desapareció, imagino que dentro de una caja de cartón tras el tigre de *papier-maché*.

—¡Tut, tut! —exclamó el tendero, librándome hábilmente de mi tocado— Ave descuidada, y además ¡está empollando!

Sacudió mi sombrero e hizo caer en su mano extendida dos o tres huevos, una canica grande, un reloj, media docena de las inevitables bolas de cristal y el papel rizado, arrugado —en más y más y más cantidad—, mientras hablaba todo el rato sobre la forma en que la gente se olvida de cepillar sus sombreros por dentro igual que por fuera; con cortesía desde luego, pero refiriéndose indirectamente a mí.

—Toda clase de cosas, señor... No usted, desde luego, en particular... Casi todos los clientes... Asombroso lo que pueden llevar con ellos... —El papel rizado seguía saliendo y se amontonaba en el mostrador más, más y más, hasta casi ocultar al hombre y hasta ocultarlo al fin completamente. Su voz proseguía:

—No sabemos bien lo que la buena apariencia de un ser humano puede llegar a esconder, señor. Y entonces todos nosotros no somos más que exteriores cepillados, sepulcros blanqueados...

Su voz se detuvo, exactamente igual que si uno alcanza el gramófono de un vecino con un ladrillo bien dirigido; el mismo silencio instantáneo. El crujido del papel se detuvo y todo quedó mudo...

—¿Ha terminado con mi sombrero? —pregunté, al cabo de un momento.

No obtuve respuesta.

Miré a Gip y Gip me miró a mí; y veíamos en los espejos mágicos nuestras imágenes deformadas, que parecían extrañas, graves, tranquilas...

—Creo que vamos a marcharnos —decidí—. ¿Puede decirme cuánto es todo esto? Digo —insistí, en un tono de voz bastante más alto— que quiero la cuenta; y mi sombrero, por favor.

Creí oír una especie de respiración detrás del montón de papel...

—Miremos detrás del mostrador, Gip. Se está burlando de nosotros.

Hice pasar a Gip junto al tigre de cabeza oscilante, y ¿quién creen ustedes que había tras el mostrador? ¡Nadie en absoluto! Solamente mi sombrero en el suelo y un conejo corriente de prestidigitador, blanco y de orejas caídas, perdido en sus meditaciones, con un aspecto todo lo estúpido y arrugado que puede tener un conejo de esa clase. Recogí mi sombrero y el conejo hizo un torpe movimiento para apartarse de mi camino.

—¡Papá! —dijo Gip en un susurro tímido.

—¿Qué hay, Gip?

—Me gusta esta tienda, papá.

«También a mí me gustarla —dije para mí— si el mostrador no hubiera empezado a alargarse de repente para apartarnos de la puerta.» Pero no llamé la atención de Gip sobre aquello.

—¡Conejito! —dijo él, tendiendo una mano al animal cuando éste pasó junto a nosotros torpemente—. ¡Conejito, haz una magia a Gip!

Y sus ojos le seguían mientras el conejo lograba introducirse por una puerta que yo no había visto. Entonces la puerta se abrió de par en par y reapareció el hombre con una oreja más grande que otra. Seguía sonriendo, pero sus ojos, al encontrarse con los míos, me dirigieron una mirada entre divertida y desafiante.

—¿Le gustaría ver nuestra sala de exposición, señor? —preguntó con inocente suavidad.

Gip tiró de mi dedo hacia delante. Miré al mostrador y encontré de nuevo los ojos del tendero. Estaba empezando a creer que aquella magia era excesivamente auténtica.

—No tenemos mucho tiempo —dije.

Pero, no sé cómo, estábamos en la sala de exposición antes de que acabara de hablar. Noté que tiraba de algo que colgaba de la manga de mi abrigo, y entonces vi que sostenía por el rabo un diablillo rojo que se agitaba: la criatura mordía y luchaba, tratando de alcanzarle la mano, y un momento después el tendero lo lanzó con indiferencia tras un mostrador. Sin duda la cosa era sólo una figura de caucho

retorcido, pero ¡de momento!... Y su gesto era exactamente el de un hombre que maneja una insignificante sabandija. Yo miré a Gip, pero Gip estaba contemplando un caballito mágico de balancín. Y me alegré de que no hubiera visto el diablillo.

—Oiga —dije en voz baja, indicando a Gip y al demonio colorado con los ojos—, ¿no tendrá por aquí muchas cosas como ésa, verdad?

—¡Eso no es nuestro! Probablemente lo trajo usted —respondió también en voz baja y con una sonrisa más deslumbrante que nunca—. Es asombroso lo que la gente puede llevar por ahí sin darse cuenta. ¿Ves aquí algo que te guste? —añadió dirigiéndose a Gip.

En efecto, allí había muchas cosas que le gustaban.

Se volvió hacia el asombroso tendero con una mezcla de confianza y respeto.

—¿Aquello es una espada mágica? —preguntó.

—Una espada mágica de juguete. No se curva, ni se rompe ni corta los dedos. Hace al que la lleva invencible en la batalla contra cualquiera por debajo de los dieciocho años. De media corona a siete chelines y medio, según el tamaño. Estas panoplias tan bien provistas son para jóvenes caballeros andantes y resultan muy útiles: escudo de seguridad, sandalias veloces, casco para hacerse invisible.

—¡Oh, papá! —balbució Gip.

Traté de averiguar lo que costaban, pero el tendero no me prestó atención. Ahora estaba concentrado en Gip, a quien había apartado de mi dedo. Le estaba explicando las particularidades de aquella desconcertante mercancía y no le detendría nada. Ahora yo le consideraba con inquietud, desconfianza y algo muy parecido a los celos porque Gip había agarrado el dedo de aquella persona como habitualmente agarraba el mío. Sin duda el tipo era interesante, pensé, y tenía una buena cantidad de material amañado muy interesante, un material amañado realmente bueno; y sin embargo...

Deambulaba tras ellos, hablando muy poco, pero manteniendo un ojo fijado en aquel sujeto encantador. Después de todo, Gip estaba pasándolo bien. Y, sin duda, cuando llegara la hora, podríamos irnos muy fácilmente.

Aquella sala de exposiciones era un recinto largo y tortuoso, una

galería interrumpida por mostradores y pilares, con arcadas que llevaban a otros departamentos en los que ayudantes de aspecto extraño holgazaneaban y nos observaban, y con desconcertantes espejos y cortinas. Tan desconcertantes eran, en verdad, que en aquel momento yo me sentía incapaz de distinguir la puerta por la que habíamos entrado.

El tendero enseñó a Gip trenes mágicos que corrían sin vapor ni cuerda, con sólo darles las señales; y después cajas de soldados muy, muy valiosos, que cobraban vida en cuanto se levantaba la tapa y se decía... Yo no tengo muy buen oído y sólo puedo decir que sonaba como un trabalenguas, pero Gip —que tiene el oído de su madre— lo captó al instante.

—¡Bravo! —exclamó el tendero, poniendo otra vez los hombrecillos en su caja, sin ninguna clase de ceremonias y tendiéndola a Gip—. ¡Ahora tú! —dijo, y en un momento Gip les había hecho revivir a todos—. ¿Se llevarán la caja? —preguntó el tendero.

—Nos llevaríamos la caja —accedí—, pero me temo que debe costar mucho. Haría falta ser un potentado...

—¡Por favor, no! —y el tendero se llevó otra vez a los hombrecillos, cerró la caja, la agitó en el aire y en un santiamén estuvo envuelta en papel de embalar, atada y... *¡con el nombre completo de Gip y su dirección!*

El tendero rio al ver mi asombro.

—Ésta es la magia auténtica. La verdadera.

—Es casi demasiado auténtica para mi gusto —repliqué.

Después de esto se puso a enseñar trucos a Gip, extraños trucos, y más extraña aún la forma en que los hacía. Los explicaba, los volvía del revés, y allí estaba mi querido muchacho asintiendo con su ocupada cabecita, de la forma más sensata.

Yo no atendía tanto como hubiera podido.

—¡Eh, presto! —decía el tendero mágico.

—¡Eh, presto! —repetía la clara voz del niño.

Pero yo estaba distraído con otras cosas. Me iba dando cuenta de lo tremendamente extraño que era aquel lugar; me sentía, por así decirlo, inundado por una sensación de extrañeza. Había algo vagamente extraño incluso en las instalaciones, en el techo, en el suelo, en las sillas distribuidas al azar. Tenía una misteriosa sensación de que cuando yo no las miraba directamente, se ladeaban, se movían y jugaban en silencio a las cuatro esquinas, a mis espaldas. La comisa se adornaba con un dibujo sinuoso con máscaras, unas máscaras demasiado expresivas en conjunto para ser de yeso.

Después, bruscamente, me llamó la atención uno de los ayudantes de aspecto extraño. Estaba un poco lejos y, evidentemente, ignoraba mi presencia. Yo vi unas tres cuartas partes de su altura sobre una pila de juguetes y a través de un arco. Y ¿saben?, apoyado contra una columna en actitud perezosa ¡estaba haciendo las muecas más horrorosas con sus facciones! La más espantosa la hizo con su nariz, pero actuaba como si estuviera ocioso y quisiera divertirse. Al principio del todo era una nariz corta y borrosa; luego, súbitamente, la estiró como un telescopio, y ya fuera se alzó y empezó a adelgazarse más y más hasta que fue como un látigo largo, rojo y flexible. ¡Algo de pesadilla! La movió un poco y la lanzó hacia delante, como lanza el sedal quien está pescando con mosca.

Mi pensamiento inmediato fue que Gip no debía verle. Me volví y allí estaba Gip, demasiado preocupado con el tendero, sin un mal pensamiento. Cuchicheaban entre ellos y me miraban. Gip estaba de pie en un taburete y el tendero sostenía una especie de tambor grande entre sus manos.

—¡Juguemos al escondite, papaíto! —gritó Gip—. ¡Preparado! ¡Ya!

Y antes de que yo pudiera hacer nada para evitarlo, el tendero había puesto el gran tambor sobre el chico.

Yo presentí lo que iba a ocurrir.

—¡Quite eso! —grité—. ¡Ahora mismo! Asustará al chico. ¡Quítelo!

El hombre de las orejas desiguales lo hizo así, sin decir palabra, y dirigió el enorme cilindro hacia mí para mostrarme que estaba vacío. ¡Y el taburete estaba libre! ¡En aquel instante, mi chico había desaparecido por completo!

Quizá conocen ustedes ese siniestro algo que sale como una mano de lo invisible y le estruja a uno el corazón. Saben que inhibe la

manera de ser habitual y le mantiene a uno tenso y prudente, ni lento ni precipitado, ni enfadado ni asustado. Así me ocurrió a mí.

Me dirigí al tendero, sonriendo con ironía, y aparté de un puntapié el taburete.

—¡Acabe con este desatino! —le conminé—, ¿Dónde está mi chico?

—Ya ve —dijo, mostrando aún el interior del tambor—; no hay engaño...

Tendí la mano para agarrarle y él me esquivó con un hábil movimiento. Intenté de nuevo cogerle y él empujó una puerta, abriéndola para escapar.

—¡Deténgase! —grité.

Él rio, retrocediendo. Salté hacia él, sumergiéndome en una completa oscuridad.

¡Pum!

—¡Dios mío! ¡No le había visto venir, señor!

Me encontraba en Regent Street y había chocado con un trabajador de amable apariencia; a cosa de un metro de distancia, con aire extremadamente perplejo, estaba Gip. Murmuré una especie de disculpa, y entonces Gip se volvió y vino hacia mí con una radiante sonrisita, como si por un momento no me hubiera encontrado.

¡Y llevaba cuatro paquetes en los brazos!

Se apoderó inmediatamente de mi dedo.

Por un momento me sentí desorientado. Miré hacia la puerta del bazar mágico y ,no estaba allí! No había puerta ni bazar, nada, solamente el pilar común entre la tienda donde venden cuadros y el escaparate con los polluelos...

Hice la única cosa posible en medio de aquel tumulto mental; fui directamente al bordillo de la acera y levanté el paraguas para pedir un coche.

—¡En coche! —exclamó Gip, en un tono que revelaba el colmo del júbilo.

Le ayudé a subir, recordé con un esfuerzo mi dirección y monté a mi vez. Algo poco habitual se anunciaba en el bolsillo de mi levita, y primero palpé y luego descubrí una bola de cristal. Con expresión malhumorada la tiré a la calle.

Gip no dijo nada.

Durante un rato, ninguno de los dos habló.

—¡Papá! —dijo Gip, al final—. ¡Ése era un bazar como es debido!

Esto me llevó a replantearme el problema de qué le había parecido a él todo aquel asunto. Parecía completamente indemne... Así pues, todo iba bien: no sólo no estaba asustado ni desquiciado, sino que le embargaba una tremenda satisfacción por haberse divertido tanto aquella tarde. En sus brazos sostenía los cuatro paquetes.

¡Maldita sea! ¿Qué podía haber en ellos?

—¡Hum! —dije—. Los jovencitos no pueden ir cada día a tiendas como ésa.

Recibió esta observación con su natural estoicismo y por un momento lamenté ser su padre y no su madre, y no poder allí, en nuestro cabriolé, besarle de repente. Después de todo, pensé, la cosa no había salido tan mal.

Pero solamente cuando abrió los paquetes empecé a sentirme tranquilo. Tres de ellos contenían cajas de soldados, soldados de plomo normales, pero de tan buena calidad que hicieron olvidar por completo a Gip que originalmente aquellas cajas habían sido trucos mágicos de la única especie auténtica. El cuarto paquete contenía un gatito, un gatito de verdad, blanco, con una salud excelente, buen apetito y temperamento vivaz.

Contemplé el desempaquetado con una especie de alivio provisional. Rondé por el cuarto del ruño durante mucho tiempo.

Esto ocurrió hace seis meses. Y ahora estoy empezando a creer que todo va bien. El gatito tenía solamente la naturaleza mágica propia de cualquier gatito, y los soldados parecen una compañía tan tranquila como podría desear cualquier coronel. ¿Y Gip...?

El padre inteligente comprenderá que tengo que ser cauteloso con Gip.

Pero un día me sentí audaz y pregunté:

—¿Te gustaría que tus soldados cobraran vida, Gip, y desfilaran solos?

—Los míos lo hacen; sólo tengo que decir una palabra que sé antes de levantar la tapa.

—¿Y entonces caminan solos?

—Sí, *exactamente*, papá. No me gustaría si no lo hicieran.

No manifesté una inoportuna sorpresa, y desde entonces he procurado tener ocasión de pasar por su habitación una o dos veces, sin avisar, cuando los soldados están por allí, pero hasta ahora no les he descubierto nunca actuando de una manera que tuviera algo de mágico...

Hay también una cuestión financiera. Yo tengo una costumbre incurable de pagar las cuentas. Me he paseado arriba y abajo por Regent Street en varias ocasiones, buscando aquella tienda. Y en verdad me inclino a creer que en este asunto el honor está satisfecho y que, puesto que el nombre de Gip y su dirección les son conocidos, puedo muy bien dejar que esas gentes, quienes quiera que puedan ser, envíen su cuenta cuando les parezca oportuno.

El valle de las arañas

HACIA el mediodía, los tres perseguidores, tras rodear un recodo en el lecho del torrente, desembocaron de manera inesperada en la perspectiva de un valle ancho y espacioso. La hoya de guijarros, difícil y tortuosa, por la que durante tanto tiempo habían seguido la pista de los fugitivos, se abría a una pendiente dilatada, y en un impulso común los tres hombres abandonaron la pista y cabalgaron hacia un pequeño altozano cubierto de pardos olivos. Se detuvieron allí; dos de ellos quedándose un poco más atrás que el hombre que llevaba la brida tachonada de plata.

Durante un rato escudriñaron la gran extensión que se ofrecía a sus ojos impacientes, y que se abría cada vez más allá, sólo salpicada de cuando en cuando por algunos rodales de plantas espinosas y secas, y con las débiles sugerencias de algunos barrancos, ahora sin agua y que rompían aquella desolación de hierba amarilla. Sus distancias purpúreas acababan fundiéndose con las pendientes azulinas de las colinas que quedaban más allá, que parecían de un tono algo más verde y por encima de las cuales, sosteniéndose de una forma invisible, hasta el punto de que parecían estar colgadas del azul, se encontraban las cimás de las montañas cubiertas de nieve. Las colinas se hacían más anchas y audaces hacia el noroeste, a medida que se elevaban los lados del valle. Por el oeste, el valle se extendía hasta donde la distancia oscura del horizonte anunciaba el comienzo de los bosques. Sin embargo, aquellos tres hombres no miraban ni al este ni al oeste, sino que contemplaban fijos únicamente el valle.

El hombre delgado, con una cicatriz en el labio, fue el primero en hablar.

—Por ningún lado —dijo con un tono de desaliento en su voz—. Pero después de todo llevan un día entero de ventaja.

—Ellos no saben que vamos tras sus pasos —añadió el hombrecillo del caballo blanco.

—Ella podría saberlo —dijo el jefe en tono amargo, como si hablase consigo mismo.

—Aun así, no pueden ir muy de prisa. No tienen más caballerías que la muía, y el pie de la muchacha ha ido sangrando todo el día...

El hombre de la brida de plata le lanzó una mirada de intensa rabia.

—¿Crees que no lo he visto? —gruñó.

—Eso ayuda de todos modos —musitó el hombrecillo para sus adentros.

El hombre delgado con el chirlo en el labio miraba impasible.

—No pueden haber cruzado el valle —dijo—. Si cabalgamos fuerte...

Echó un vistazo al caballo blanco y se calló.

—¡Malditos todos los caballos blancos! —exclamó el hombre, de la brida de plata, y se volvió para examinar la bestia incluida en su maldición.

El hombrecillo bajó la vista entre las melancólicas orejas de su jamelgo.

—Hice lo que pude —dijo.

Los otros dos siguieron contemplando fijamente el valle durante un rato. El hombre delgado se pasó el dorso de la mano por el chirlo del labio.

—¡Vámonos! —dijo, de improviso, el hombre de la brida de plata. El hombrecillo tiró violentamente de las riendas, y los cascos de los tres caballos sonaron confusos y apagados sobre la hierba marchita mientras volvían sobre la pista.

Cabalaron con cautela, descendiendo por la larga pendiente que tenían ante sí, y atravesaron un terreno baldío de matorrales espinosos y retorcidos de ramas duras y formas extrañas y reseca que crecían

entre las rocas, en la parte baja. Allí la pista se difuminaba cada vez más, porque el suelo era escaso y el único pasto era la hierba reseca y muerta que yacía sobre el terreno. En silencio, escudriñándolo todo, inclinados sobre el cuello de los caballos y parándose una y otra vez, aquellos hombres blancos se las ingeniaban para seguir el rastro de su presa.

Había lugares pisoteados, hojas de hierba gruesa dobladas y rotas y de vez en cuando la suficiente sugerencia de la huella de un pie. De repente, el que era jefe vio una mancha oscura de sangre donde debía haber pisado la muchacha mestiza. Y en voz baja la maldijo por ser una loca.

El hombre delgado comprobó el rastreo de su jefe, mientras el hombrecillo del caballo blanco iba detrás; era un hombre perdido en un sueño. Cabalgaban uno detrás de otro, abriendo la marcha el hombre de la brida de plata, sin que pronunciaran una sola palabra. Después de un cierto tiempo, el hombrecillo del caballo blanco tuvo la impresión de que el mundo estaba muy silencioso. Despertó de su sueño. Fuera de los minúsculos ruidos de sus caballos y del equipaje, todo el gran valle conservaba la ancha quietud de un cuadro pintado.

Delante de él marchaban su jefe y su compañero, cada uno inclinándose atentamente hacia la izquierda, cada uno moviéndose impasible al paso de su caballo; sus sombras iban delante de ellos, como acompañantes tranquilos, silenciosos y alargados; la forma más cercana, acurrucada y fría era la suya. Miraba a su alrededor. ¿Qué había ocurrido? Recordó entonces la reverberación de las paredes del desfiladero y el acompañamiento permanente de los guijarros movedizos entrechocando. ¿Y qué más...? No había brisa alguna. ¡Eso era! Qué lugar tan desolado y silencioso, como el sueño amodorrado y monótono de una siesta. Y el cielo abierto y desvaído, excepto un velo sombrío de neblina que se había formado en la parte superior del valle.

Enderezó la espalda, sacudió la brida, frunció los labios para silbar, pero sólo pudo suspirar. Se giró un momento sobre la silla y miró fijamente hacia la parte estrecha del desfiladero del que habían salido. ¡Blanquecino! Pendientes blanquecinas a ambos lados, sin señal alguna de una verdadera bestia ni de un árbol, y mucho menos un hombre. ¡Qué tierra aquélla! ¡Qué desolación! Y volvió a adoptar su postura anterior.

Un momentáneo placer le invadió al ver un bastón retorcido de un color púrpura oscuro que relampagueaba en forma de serpiente y que

desaparecía entre la maleza. Después de todo aquel valle infernal estaba vivo. Entonces, para alegrarle aún más, un soplo de viento cruzó por su rostro, un susurro que llegó y pasó, la levísima inclinación de un arbusto tieso, seco y renegrido sobre una cresta, las primeras sugerencias de una posible brisa. En vano se humedeció el dedo y lo levantó.

Tiró violentamente de la brida para evitar un choque con el hombre delgado, que se había detenido al perder la pista. Justo en ese momento crucial se tropezó con el ojo de su amo que le miraba atentamente.

Durante un rato simuló interesarse por el rastreo. Después, cuando volvieron a cabalgar, estudió la sombra de su amo, el sombrero y los hombros que aparecían y desaparecían tras los contornos más cercanos del hombre delgado. Llevaban cuatro días cabalgando fuera de los límites del mundo por un lugar desolado, escasos de agua, sin más que unas tiras de carne seca bajo sus monturas, entre rocas y montañas en las que seguramente nadie había estado jamás fuera de aquellos fugitivos. ¡Y para esto!

Y todo ello por una muchacha, ¡una chica simplemente testaruda! ¡Y el hombre tenía todo un montón de gente para cometer su peor tontería... muchachas, mujeres! ¿Por qué ésta en particular en nombre de un apasionamiento disparatado?, se preguntaba el hombrecillo. Miró con ceño en derredor y se humedeció los labios resecos con la lengua renegrida. Era el modo de ser de su amo; eso era todo lo que sabía. Justo porque ella intentaba escapársele...

Su ojo captó toda una hilera de altas cañas peladas que se inclinaban al unísono, y después las puntas de seda que colgaban de su cuello se agitaron y cayeron. La brisa soplaba cada vez más fuerte. De alguna manera arrebataba la tranquila rigidez de las cosas... Y eso era bueno.

—¡Hurra! —gritó el hombre delgado.

Los tres se detuvieron de inmediato.

—¿Qué es eso? —preguntó el jefe—. ¿Qué pasa?

—Por allí —dijo el flaco señalando el valle.

—¿Qué es?

—Algo viene hacia nosotros.

Y mientras decía esto, un animal amarillo coronó una elevación y descendió velozmente hacia ellos. Era un enorme perro salvaje, que corría delante del viento con la lengua fuera, a paso firme, y que avanzaba con tal intensidad de propósito que no parecía ver a los jinetes a los que se aproximaba. Corría con el hocico levantado, y estaba claro que no perseguía rastro ni ave alguna. Cuando estuvo más cerca, el hombrecillo tanteó su espada.

—Está rabioso —dijo el jinete delgado.

El hombrecillo lo llamó, y el perro se acercó. Cuando la hoja del hombrecillo ya estaba desenvainada, el animal se apartó a un lado, cruzó jadeando delante de ellos y pasó de largo. Los ojos del hombrecillo siguieron su huida.

—No había espuma alguna —observó. Durante un rato, el hombre de la brida de plata siguió mirando el valle.

—¡Oh, vamos! —exclamó al fin—. ¿Qué nos importa? —y con un golpe de brida volvió a poner en marcha su caballo.

El hombrecillo dejó de lado el misterio insoluble de un perro que huía del viento, ya que no había ninguna otra cosa, y se abandonó a profundas reflexiones sobre el carácter humano. «¡Vamos!», murmuró para sí. «¿Por qué tendría que otorgársele a un hombre el que diga "Vamos" con la estupenda violencia del efecto? Siempre, a lo largo de toda su vida, el hombre de la brida de plata ha estado diciendo eso. Si yo lo hubiera dicho...», pensaba el hombrecillo. Pero la gente se maravillaba cuando el amo era desobedecido hasta en las cosas más disparatadas. Aquella muchacha mestiza le parecía, le parecía a todo el mundo, loca, casi blasfema. A modo de comparación el hombrecillo reflexionaba sobre el jinete delgado con el chirlo en el labio, tan duro como su amo, tan valiente y quizá más valiente aún, y sin embargo para él sólo existía la obediencia, nada más que obedecer de un modo ciego y constante...

Cierta sensación en las manos y las rodillas devolvieron al hombrecillo a cosas más inmediatas. Percibía algo. Cabalgaba al lado de su compañero delgado,

—¿No notas nada en los caballos? —le preguntó en voz baja.

El otro le miró con expresión interrogativa.

—No les gusta este viento —dijo el hombrecillo, y se quedó atrás cuando el hombre de la brida de plata se volvió hacia él.

—Es cierto —dijo el hombre de la cara delgada.

Volvieron a cabalgar otro rato en silencio. Los dos de delante cabalgaban inclinándose, siguiendo el rastro; el de atrás observaba la neblina que se iba arrastrando por todo el valle, cada vez más cercana, y notaba cómo el viento soplaba con mayor fuerza por momentos. Lejos, a la izquierda, vio una hilera de bultos oscuros, tal vez jabalíes, que corrían valle abajo; pero no dijo nada, ni volvió a hacer nuevas advertencias sobre el desasosiego que observaba en los caballos.

Fue entonces cuando vio una gran bola blanca, y después una segunda; una gran bola blanca y brillante como una cabeza gigantesca de vilano de cardo, que avanzaba con el viento a través del sendero. Aquellas bolas se elevaban en el aire, descendían y volvían a subir, se detenían por un momento y de nuevo eran arrastradas y avanzaban; a su vista la inquietud de los caballos iba en aumento.

Inmediatamente después vio más globos —y luego muchísimos más— que eran impulsados y que avanzaban hacia ellos valle abajo.

Percibieron un alarido penetrante. A través del sendero avanzaba impetuoso un verraco gigantesco, que volvió un momento la cabeza para mirarlos y después se precipitó otra vez valle abajo. Los tres se detuvieron y sentados en sus sillas de montar contemplaron la neblina que se iba condensando y que ya se les echaba encima.

—Si no fuera por todo ese vilano de cardo... —empezó a decir el jefe.

Pero ahora un gran globo avanzaba a unas veinte yardas de ellos. En realidad no se trataba de una esfera perfecta, sino una cosa inmensa, suave, como de trapo y membranosa, una superficie extensa unida por los ángulos, cual si se tratase de una medusa aérea; pero enrollándose más y más a medida que avanzaba y arrastrando largos filamentos de telaraña y flámulas que flotaban en su estela.

—Eso no es un vilano —dijo el hombrecillo.

—No me gusta el asunto —comentó el hombre delgado.

Se miraron el uno al otro.

—¡Maldita sea! —gritó el jefe—. El aire está completamente lleno de eso. Si avanza por el sendero, nos lo cerrará por completo.

Un sentimiento instintivo, como el que experimenta una manada de ciervos ante la proximidad de un objeto desconocido, les hizo girar rápidamente sus caballos hacia el viento, cabalgaron unos pasos y contemplaron asombrados aquella muchedumbre de masas flotantes que avanzaban. Iban delante del viento con una especie de velocidad constante, elevándose y descendiendo sin ruido alguno, hundiéndose hasta el suelo para rebotar y tomar altura otra vez; todo ello con una perfecta unanimidad, con una seguridad tranquila y deliberada.

A derecha e izquierda de los jinetes pasaba la avanzadilla de aquel extraño ejército. A medida que se arrastraban por el suelo, rompiendo de manera informe y avanzando con fuerza en largas cintas y franjas que se entrelazaban, los tres caballos empezaron a espantarse y a brincar. El jefe fue presa de una impaciencia repentina, irracional. Maldijo los globos que avanzaban a su alrededor.

—¡Largaos! —gritó—, ¡largaos! ¿Pero qué es esto? ¿Cómo puede darse una cosa así? ¡Volvamos al rastreo!

Se puso a maldecir a su caballo tirando del bocado como si fuera una sierra.

Daba alaridos lleno de rabia.

—Seguiré el rastro, os lo aseguro —gritaba—. ¿Dónde está el rastro?

Agarró con fuerza las riendas de su caballo que se encabritaba y buscó entre la hierba. Un hilo largo y pegajoso cruzó su cara, una cinta gris se le enrolló sobre el brazo que sujetaba la brida y algo pesado, activo, con muchas patas empezó a bajarle por la nuca. Esperaba descubrir una de aquellas masas grises, ancladas como estaban encima de él con aquellos hilos y cintas agitando sus extremidades como se agita una vela cuando un barco da un bordo; pero sin ningún ruido.

Tuvo la impresión de ver muchos ojos, una densa multitud de cuerpos rechonchos y largas extremidades con muchas articulaciones, que se arrastraban con sus cuerdas de amarre para llevar aquella cosa debajo de él.

Durante un rato estuvo mirando atentamente y controlando a su

encabritado caballo con el instinto que dan los muchos años de manejar caballos. Entonces la hoja de una espada golpeó de plano sobre su espalda y un acero relampagueó sobre su *cabeza* atravesando la hoja de telaraña que avanzaba; la masa se elevó suavemente y continuó serena hacia delante.

—¡Arañas! —gritó la voz del hombre delgado—. ¡Esas cosas están repletas de arañas enormes! ¡Mire, mi amo!

El hombre de la brida de plata seguía en silencio la masa que se alejaba.

—¡Mire, mi amo!

El jefe bajó la vista y vio una cosa roja machacada sobre el suelo que, pese a la extinción parcial, todavía podía agitar las patas inútilmente. Cuando el hombre delgado señaló otra masa que se arrastraba a sus pies, desenvainó con presteza su espada. Sobre el valle se alzaba ahora como un banco de niebla roto en jirones. El hombre se esforzaba por entender la situación.

—¡Cabalga tras ello! —vociferaba el hombrecillo—. ¡Cabalga tras ello valle abajo!

Lo que entonces ocurrió fue lo más parecido a la confusión de una batalla. El "hombre de la brida de plata" vio al hombrecillo pasar delante de él acuchillando furiosamente unas telarañas imaginarias; le vio caer como un obús sobre el corcel del hombre delgado derribando en tierra al animal y al jinete. Su propio caballo dio una docena de pasos antes de poder frenarlo. Pensó entonces que podía evitar unos peligros imaginarios, y de nuevo volvió a ver al caballo que rodaba por el suelo, al hombre delgado que se levantaba dando cuchilladas a diestro y siniestro contra una masa de animales grises que avanzaba sin rumbo fijo y que flotaba y se enrollaba en torno a ambos. Densas y ligeras como vilano de cardo sobre un terreno baldío un día ventoso de julio, las masas de telarañas avanzaban. El hombrecillo había desmontado, pero no se atrevía a dejar suelta su montura. Se esforzaba por retener con la fuerza de un brazo al bruto que se resistía, mientras que con el otro acuchillaba a la ventura. Los tentáculos de una segunda masa gris se habían enredado entre sí con la lucha, y esta segunda masa gris perdió sus amarras y se hundió lentamente.

El jefe apretó los dientes, asió con fuerza la brida, agachó la cabeza y espoleó a su caballo. El animal rodó por el suelo; había sangre y

formas que se movían sobre los flancos, y el hombre delgado se apresuró a correr hacia su amo, unos diez pasos. Sus piernas quedaron fajadas y cedieron con el peso de la masa gris; hizo con su espada una serie de movimientos inútiles. Unas cintas grises ondeaban a su alrededor; un velo tenue de masa gris le cruzaba la cara. Con su mano izquierda golpeó alguna parte de su cuerpo, y de repente se tambaleó y cayó. Luchó por levantarse y volvió a caer, y de repente empezó a gritar de un modo horrible;

—¡Oh... Ohú... ohuuh!

El jefe pudo verle cubierto de grandes arañas y a otras muchas sobre el suelo. Mientras se esforzaba por obligar a su caballo a que se acercase a aquel objeto gris que gesticulaba y daba alaridos, y que luchaba por levantarse y volvía a caer, le llegó el resonar de unos cascos, y el hombrecillo en acto de incorporarse, sin espada, balanceándose sobre su vientre atravesado en el caballo blanco y agarrándose a sus crines, pasó como un torbellino. Y de nuevo un hilo pegajoso de telaraña gris cruzaba la cara del jefe y le rodeaba por completo, y por encima de él aquella telaraña que avanzaba sin ruido parecía cercarle y envolverle cada vez más...

Hasta el día de su muerte nunca supo a ciencia cierta lo que había ocurrido en aquel momento. ¿Había sido él el que había desviado al caballo o había sido el animal el que por propio impulso había salido realmente de estampida detrás de su compañero? Baste decir que un segundo después estaba galopando valle abajo mientras blandía furiosamente la espada por encima de su cabeza. Y a su alrededor, sobre la brisa que se avivaba, las aeronaves de las arañas, sus envoltorios aéreos y sus sábanas aéreas le parecía que se precipitaban en una persecución consciente.

Estruendo y más estruendo, ruidos sordos y más ruidos sordos... el hombre de la brida de plata cabalgaba sin cuidarse de la dirección, con la cara desencajada por el tenor mirando ora a la derecha ora a la izquierda, y el brazo de la espada pronto a dar tajos. A pocos cientos de yardas delante de él, con un acompañamiento de arañas desgarradas que se arrastraban tras él, cabalgaba el hombrecillo en el caballo blanco, silencioso pero mal montado en la silla. Las cañas se doblaban delante de ellos, el viento soplaba fresco y fuerte, a su espalda el jefe podía ver las telarañas precipitándose para alcanzarlo...

Iba tan atento a escapar de las telas de arañas que sólo cuando su caballo se tensó para dar un salto se dio cuenta de la barranca que tenía delante. Y sólo se dio cuenta para equivocarse y chocar. Iba

inclinado sobre el cuello de su caballo y se incorporó y echó para atrás demasiado tarde.

Pero si en su excitación había dado mal el salto, en modo alguno había olvidado cómo caer. Y de nuevo volvió a comportarse como un jinete en el aire. Salió ileso, con una simple magulladura en el hombro, y su caballo rodó, agitando espasmódicamente las patas para quedarse después quieto. Pero la espada del jefe clavó su punta en el duro suelo rompiéndose limpiamente, como si la fortuna le rechazase desde ese momento como su caballero, y la extremidad astillada pasó rozándole a una pulgada del rostro. En un momento se puso de pie examinando sin aliento las telarañas que se apelotonaban para volver a la carga. Por un momento se le ocurrió echarse a correr; pero pensó en la barranca y se echó atrás. Corrió primero hacia un lado para escapar a un terror que le embargaba y después se deslizó rápidamente por las pendientes abruptas protegiéndose del ventarrón.

Allí, resguardado por las escarpadas vertientes del torrente seco podría agacharse y observar a salvo el paso incesante de aquellas extrañas masas grises hasta que el viento se calmase, y así le sería posible escapar. Allí, pues, se acurrucó durante un largo rato, observando las extrañas masas grises desgarradas que arrastraban sus flecos por la estrecha franja de cielo.

Una araña descarnada cayó de improviso en la barranca, junto a él: de pata a pata medía más de un pie y su cuerpo era como media mano de un hombre; después de haber observado atentamente durante unos momentos el monstruoso ardor con que buscaba escapar y cómo intentaba morder su rota espada, levantó su bota de tacones de hierro y la aplastó contra aquella masa blanda. Mientras lo hacía lanzó un juramento y durante un rato miró en derredor por si había alguna otra.

Inmediatamente después, cuando estuvo seguro de que aquellos enjambres de arañas no podían penetrar en la barranca, encontró un lugar donde descansar. Se sentó, se hundió en profundas reflexiones y empezó, según era su costumbre, a morderse los nudillos y a morderse las uñas. De todo ello lo sacó la llegada del hombre con el caballo blanco.

Lo oyó mucho antes de verle, por el ruido de los cascos, el resonar de los pasos y una voz que pedía tranquilidad. Entonces apareció el hombrecillo en un estado lastimoso y todavía con un cortejo de arañas blancas que avanzaba detrás de él. Se acercaron el uno al otro sin hablarse, sin ningún saludo. El hombrecillo estaba fatigado y

avergonzado hasta los límites de la amargura y la desesperación; y al fin se detuvo frente por frente de su amo que estaba sentado. Fue éste el que retrocedió un poco bajo la mirada de su criado.

—¿Y bien? —le dijo al fin sin ninguna afectación de autoridad.

—¿Usted lo abandonó?

—Mi caballo salió como una flecha.

—Lo sé. También el mío.

Se rió de su amo tristemente.

—He dicho que mi caballo salió como una flecha —insistió el hombre que antes había tenido una brida tachonada de plata.

—Cobardes los dos —dijo el hombrecillo.

El otro se mordisqueó el nudillo durante unos instantes de reflexión, con la mirada puesta en su inferior.

—A mí no me llames cobarde —le contestó al cabo de un rato.

—Usted es un cobarde, como yo.

—Un cobarde es posible. Hay un límite más allá del cual cualquier hombre puede tener miedo. Acabo de aprenderlo hace un momento. Pero no como tú. Ahí está la diferencia.

—Nunca hubiera imaginado que le abandonaría. Él le había salvado la vida dos minutos antes... ¿Por qué es usted nuestro amo?

El jefe volvió a morderse los nudillos, y su rostro se ensombreció.

—Ningún hombre me llama a mí cobarde —dijo—. Nadie... Una espada rota es mejor que ninguna... Un caballo blanco con esparaván no puede esperarse que lleve a dos hombres en un viaje de cuatro días. Odio los caballos blancos, pero esta vez no tiene remedio. Empiezas a entenderme. Me doy cuenta de que estás pensando en lo sucedido y en lo que has visto e imagino que vas a manchar mi reputación. Los hombres como tú son los que destronan reyes. Además de que... nunca me has gustado

—¡Mi amo! —exclamó el hombrecillo.

—¡Nadie! —dijo el jefe—, ¡Nadie!

Se alzó rápidamente tan pronto como vio moverse al hombrecillo. Durante tal vez un minuto se miraron frente a frente. Por encima de sus cabezas las bolas de arañas seguían avanzando. Hubo un rápido movimiento entre los guijarros, un resbalar de pies, un grito de desesperación, una boqueada y un resoplido...

Al caer la noche el viento cesó. El sol se puso con una serenidad calma, y el hombre que antes había tenido la brida de plata acabó por salir de la barranca, con mucha cautela, por una suave pendiente; pero ahora llevaba el caballo blanco que había pertenecido al hombrecillo. Hubiera querido regresar hasta donde estaba su montura para recuperar la brida tachonada de plata; pero tuvo miedo, una brisa avivada todavía podía sorprenderle en el valle y además le disgustaba mucho pensar que podría encontrar su caballo todo envuelto de arañas y tal vez devorado de forma lastimosa.

Mientras pensaba en aquellas telarañas y en todos los peligros por los que había pasado, así como en la forma en que había logrado salvarse aquel día, su mano buscó un pequeño relicario que le colgaba del cuello y lo acarició un momento con profunda gratitud. Mientras lo hacía, sus ojos recorrían el valle.

—Yo estaba encendido de pasión —se dijo—; y ahora ella ha encontrado su merecido. También ellos, no hay duda...

Miró con atención. Más allá de las pendientes cubiertas de bosques, al otro lado del valle, pero con la claridad nítida de la puesta del sol, distinguió una pequeña columna de humo.

Al ver aquello, su expresión de serena resignación se tornó en asombro y cólera. ¿Humo? Levantó la cabeza del caballo blanco, y dudó. Entretanto, un ligero soplo de viento pasó entre la hierba a su alrededor. Más lejos, sobre unas cañas se balanceaba una franja desflecada de color gris. Miró hacia las telarañas y después hacia el humo.

—Quizá, después de todo, no sean ellos —se dijo por fin.

Pero lo sabía muy bien.

Tras contemplar el humo durante un rato, montó sobre el caballo blanco.

Al cabalgar se abría camino entre las masas inmóviles de arañas. Por alguna razón había muchas arañas muertas en el suelo, y las que estaban vivas se cebaban cruelmente en sus compañeras. Al resonar de los cascos de su caballo, las arañas huían.

Su hora había pasado. En el suelo, sin un viento que las transportase o sin una mortaja lista, aquellas cosas no podían hacer daño alguno pese a su veneno.

Con su cinturón golpeaba a las que le parecía que se acercaban demasiado. Cada vez que un grupo de ellas corría por un calvero, pensaba en desmontar y pisotearlas con sus botas, pero superaba ese impulso. Una y otra vez se acomodaba en su silla y se volvía a mirar el humo.

—Arañas —murmuraba constantemente—. ¡Arañas! Bien, bien... La próxima vez tendré que tejer una telaraña.

La verdad sobre Pyecraft

ESTÁ sentado a unos diez metros de mí. Si miro por encima del hombro puedo verlo. Y si nuestras miradas se encuentran —lo que generalmente sucede— advierto en él una expresión...

Es más que nada una mirada implorante... y no obstante suspicaz.

¡Al diablo con su suspicacia! Si hubiera querido delatarlo, tendría que haberlo hecho hace rato. No, señor, no lo haré, y él debería tranquilizarse. Tanto como pueda estarlo algo tan gordo y grueso como él. ¿Quién me creería si yo hablara?

¡Pobre Pyecraft! ¡Enorme gelatina incómoda! El socio más gordo de cualquier club de Londres.

Se sienta junto a una de las mesitas que hay en el amplio espacio que rodea la chimenea, y engulle. Pero, ¿qué es lo que engulle? Observo discretamente y le descubro mordiendo un bollo caliente con mantequilla, con sus ojos clavados en mí. ¡Maldito sea!, ¡sus ojos clavados en mí!

¡Eso resuelve el problema, Pyecraft! Puesto que quieres ser abyecto, puesto que quieres actuar como si yo no fuera un hombre de honor, voy a escribirlo todo, la pura verdad sobre Pyecraft, aquí mismo, frente a tus ojos embutidos. Pyecraft, el hombre al que ayudé, al que protegí, y que me lo agradeció transformando mi club en un lugar insoportable, absolutamente insoportable, con su súplica líquida. Con su perpetuo «no lo diga» en la mirada.

Además, ¿por qué está eternamente comiendo?

Pues bien, ¡aquí va la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad!

Pyecraft. Trabé relación con él en este mismo salón para fumadores. Yo era un nuevo miembro, joven y nervioso, y él lo percibió. Yo estaba sentado, completamente solo, deseando poder conocer a otros miembros, cuando de pronto llegó él, una masa bamboleanante de papada y abdomen, se acercó y, mascullando un saludo, se sentó en una silla cercana; jadeó unos instantes, raspó varias veces un fósforo y, tras encender un cigarro, se dirigió a mí. No recuerdo qué me dijo en-jonces —algo acerca de las cerillas, que no encendían bien—, después se dedicó a detener a todos los camareros, uno por uno, y a comentarles lo de las cerillas con su voz fina y aflautada. Como fuera, comenzamos a conversar a propósito de algo por el estilo.

Habló sobre varias cosas hasta que se tocó el tema de los juegos. De allí, derivó a mi figura y al color de su tez,

—Usted debe ser un buen jugador de críquet —dijo.

Admito que soy un individuo delgado, lo que algunos llamarían enjuto, y además más bien moreno: no me avergüenzo de tener una bisabuela india, pero en cualquier caso no me entusiasma la idea de que un extraño la vea a ella reflejada en mí. De manera que, de entrada, me vi enfrentado a Pyecraft.

Pero hablaba de mí nada más que para llegar a hablar de él.

—Me imagino —dijo— que no hará usted más ejercicio que yo, y probablemente no comerá usted menos. (Como toda la gente excesivamente obesa, él imaginaba que no comía nada.) No obstante —y esbozó una sonrisa torcida—, somos distintos.

Y entonces comenzó a hablar de su gordura y su gordura; todo lo que hacía por su gordura y todo lo que haría por su gordura; lo que le habían aconsejado hacer por su gordura y lo que se había enterado que otros hacían por una gordura como la suya.

—*A priori* —dijo—, uno creería que un problema de nutrición podría resolverse con dietética y uno de asimilación, con medicamentos.

Era asfixiante. Un parloteo indigesto. De sólo oírlo me sentía hinchado.

En un club, de vez en cuando hay que tolerar este tipo de cosas, pero llegado un momento me pregunté si no estaba aguantando

demasiado. Simpatizaba conmigo de un modo demasiado ostensible. Nunca podía entrar en el salón de fumadores sin que se arrastrara hasta mí, y en ocasiones me asediaba, sin abandonar su glotonería, mientras yo almorzaba. A veces parecía estar como colgado de mí. Era un pesado, pero no tan temible como para limitarse a mí, y desde un principio advertí en él la convicción —como si supiera, como si penetrara en el hecho de que yo podía— de que yo representaba una ocasión remota, excepcional, que nadie más le ofrecía.

Era como si se estuviera diciendo: «Daría cualquier cosa por lograrlo, cualquier cosa», y me miraba atentamente detrás de sus vastas mejillas y su jadeo.

¡Pobre Pyecraft! Acababa de llamar al camarero, sin duda para pedir otro bollo con mantequilla.

Un día, por fin, abordó el tema,

—Nuestra farmacopea —dijo— no es ni por asomo la última palabra en la ciencia médica. Me han dicho que en Oriente...

Se detuvo y me observó. Era como estar en un acuario.

Logró enojarme casi de inmediato:

—Vamos a ver —le dije—, ¿quién le ha hablado a usted de las recetas de mi bisabuela?

—Bueno... —se defendió.

—Durante una semana, cada vez que nos hemos encontrado —y eso ha ocurrido con bastante frecuencia— usted ha hecho alguna alusión más o menos abierta a ese secretillo mío.

—Bueno —me contestó—, ahora que ya hemos levantado la liebre, pues sí, lo admito, así es. Lo supe por...

—¿Por Pattison?

—Indirectamente —dijo—, pero creo que mentía.

—Pattison —repliqué— se tragó esa tontería por su cuenta y riesgo.

Arqueó la boca y se inclinó levemente.

—Las recetas de mi bisabuela —expliqué— son raras para manejarlas. Mi padre casi me hizo prometer...

—¿No lo hizo?

—No. Pero me advirtió. Él mismo empleó una, en cierta ocasión.

—¡Ah!... ¿Pero usted cree...? Suponga... suponga que justamente era una que...

—Se trata de documentos curiosos —dije—. Hasta el olor que tienen. ¡No!

Pero llegado ese punto, Pyecraft estaba decidido a hacerme ir más lejos. Yo siempre abrigaba un cierto temor de que si abusaba de su paciencia se abalanzaría sobre mí de improviso y me ahogaría. Sé que fui débil. Pero Pyecraft también me fastidiaba. Había llegado a sentir por él una sensación que me impulsaba a decir: «Bueno, ¡arriésgate!» El asuntillo de Pattison, que he mencionado antes, era una cuestión completamente distinta. No viene al caso ahora, pero de todos modos yo sabía que la receta que empleé en esa ocasión era segura. Del resto no supe mucho más, y en general me inclinaba a dudar de que fueran completamente seguras.

Aun en el caso de que Pyecraft resultara envenenado...

Debo confesar que el envenenamiento de Pyecraft me impresionaba como una empresa grandiosa.

Aquella tarde cogí de mi caja de seguridad la curiosa cajita de sándalo, con su peculiar perfume, y desplegué las susurrantes hojitas de piel. El caballero que escribió las recetas para mi bisabuela era evidentemente aficionado a las pieles del más variado origen, y su letra era apretada en grado sumo. Algunas cosas me resultaban prácticamente ilegibles, pese a que mi familia, con sus asociaciones del Servicio Civil Indio, había mantenido el conocimiento del indostaní a través de generaciones; nada de lo escrito era cuestión de coser y cantar.

Pero al poco rato ya había encontrado la receta que buscaba, y me senté en el suelo para estudiarla con atención.

—Mire —le dije a Pyecraft al día siguiente, poniendo la hoja fuera de su alcance—. Según puedo entender, ésta es la receta para perder peso. («¡Ah!», dijo Pyecraft.) No estoy completamente seguro, pero

creo que es ésta. Y si le interesa mi consejo, olvídense del asunto. Porque, en fin, usted sabe... yo he mancillado mi estirpe por su causa, Pyecraft... Además, por lo que sé, mis ancestros eran unos tipos bastante raros, ¿me entiende?

—Déjeme probarlo —repuso Pyecraft.

Me recliné en mi sillón. Mi imaginación realizó un inmenso esfuerzo, pero por fin se rindió dentro de mí.

—Por Dios, Pyecraft, ¿cómo cree usted que quedará cuando adelgace?

Permaneció impermeable a todo razonamiento. Le hice prometer que pasara lo que pasara nunca más me diría una palabra de su repugnante gordura, y le entregué aquella hojita de piel. —Es una porquería —dije. —No importa —respondió él, y la cogió. La miró con ojos desorbitados. —Pero... pero... —exclamó. Acababa de descubrir que no estaba en inglés. —Se la traduciré lo mejor que pueda —le dije. Hice lo que pude. Después de eso no hablamos durante un par de semanas. Cada vez que se me acercaba, le rechazaba frunciendo el ceño, y él respetó nuestro pacto; pero al cabo de una semana seguía tan gordo como siempre. Entonces volvió de nuevo a dirigirme la palabra.

—He de hablar con usted —dijo—. Algo no va bien. Debe haber algún error. No hace usted justicia a su bisabuela. —¿Dónde está la receta? La sacó con cuidado de la billetera. Recorrí con la vista los ingredientes. —¿El huevo estaba podrido? —pregunté. —No. ¿Tenía que estarlo?

—Eso —repuse— se da por supuesto en todas las recetas de mi querida bisabuela. Cuando no se especifica la calidad o condición, debe elegir la peor. Ella era así, cosas drásticas o nada... Pero existen una o dos alternativas para algunos de los ingredientes. ¿Tiene veneno fresco de crótalo?

—Conseguí el crótalo de Jamrach. Me costó... me costó...

—En cualquier caso eso es asunto suyo. En cuanto a esto último...

—Conozco a un hombre que...

—Sí. Ya lo sé. Bien, le pondré por escrito las alternativas. Por lo que conozco del idioma, la receta tiene unas faltas de ortografía

atroces. Entre paréntesis, este perro que dice aquí probablemente deberá ser un perro *pana*.

Durante el mes siguiente vi a Pyecraft constantemente en el club, tan gordo y ansioso como siempre. Mantuvo el trato, pero a veces transgredía el espíritu de éste golpeándose la cabeza con un gesto de desaliento. Hasta que un día, en el guardarropa, me dijo:

—Su bisabuela..

—Ni una palabra contra ella —me apresuré a replicar.

Imaginé que había desistido, y le vi con tres nuevos miembros del club, un día, hablándoles de su gordura como si buscara nuevas recetas. Fue por aquel entonces, inesperadamente, cuando me llegó su telegrama.

—¡Señor Formalyn! —vociferó un mensajero en mis narices; cogí el telegrama y lo abrí inmediatamente.

Venga, por lo que más quiera. — Pyecraft.

—Mm —me dije, y sinceramente me sentía tan satisfecho con la rehabilitación de mi bisabuela que esto parecía anunciar, que lo celebré con un excelente almuerzo.

El portero me facilitó la dirección de Pyecraft. Vivía en los altos de una casa en Bloomsbury, y en cuanto terminé mi café y mi Chartreuse me dirigí hacia allí. No esperé a terminar el cigarro.

—¿Señor Pyecraft? —llamé, ante la puerta de entrada.

Me dijeron que creían que estaba enfermo; no había salido durante dos días.

—Él me espera —aclaré, y me hicieron pasar arriba.

Toqué el timbre junto a la puerta de celosía, sobre el rellano.

De todos modos no tendría que haberlo intentado —pensé—, un hombre que come como un cerdo debe parecer un cerdo.

Me hizo pasar una mujer de aspecto respetable, de expresión ansiosa y con una cofia colocada con descuido.

Cuando le dije mi nombre abrió la puerta con una expresión de duda.

—Usted dirá —interrogué, ya en la parte del rellano perteneciente a Pyecraft.

—Me ha dicho que le hiciera pasar si venía —dijo, y se quedó mirándome, sin indicarme dónde. Y añadió, en tono confidencial—; Está encerrado, señor.

—¿Encerrado?

—Se encerró ayer por la mañana y no ha dejado entrar a nadie, señor. Maldice una y otra vez, ¡Dios mío!

Miré hacia la puerta que ella había indicado con la mirada.

—¿Es allí?—pregunté.

—Sí, señor.

—¿Qué le ocurre?

Se llevó la mano a la frente con tristeza.

—No deja de pedir comida, señor, comida pesada. Le traigo lo que puedo. Carne de cerdo, morcilla, salchichas, cosas así. Se lo dejo junto a la puerta y me marchó. Es tremendo lo que come, señor.

Un grito aflautado salió de la habitación:

—¿Formalyn?

—¿Es usted, Pyecraft? —grité, golpeando la puerta.

—Dígale a ella que se vaya.

Así lo hice. Oí un extraño correteo y como si alguien tanteara el picaporte en la oscuridad, y en seguida los característicos gruñidos de Pyecraft.

—Está bien —dije—, ya se ha ido.

Pero la puerta permaneció cerrada un largo tiempo.

Oí girar la llave. Y luego la voz de Pyecraft:

—Pase.

Giré el picaporte y abrí la puerta. Naturalmente, esperaba encontrar a Pyecraft.

Pues bien, ¡no estaba allí!

En mi vida he sufrido una impresión como aquélla, La sala estaba sucia y desordenada, con fuentes de comida y platos entre los libros y papeles, varias sillas caídas, pero Pyecraft...

—Vamos, hombre, cierre la puerta —dijo, y entonces le vi.

Estaba subido a la cornisa del rincón próximo a la puerta, como si le hubieran pegado al techo. Su rostro mostraba ansiedad y enojo. Jadeaba y gesticulaba.

—Cierre la puerta —dijo—, si esa mujer se llega a enterar...

Cerré la puerta y le miré, manteniéndome a cierta distancia.

—Si algo cede y usted se cae, Pyecraft, se romperá la nuca —le advertí.

—Ojalá pudiera —suspiró.

—Un hombre de su edad y de su peso haciendo semejantes cabriolas...

—Cállese —agonizó—. Su maldita bisabuela...

—Cuidado —le previne.

—Ahora le contaré —gesticuló.

—¿Cómo demonios ha subido usted ahí arriba? —dije.

De repente me di cuenta de que no se había subido a nada, que estaba flotando como un globo de gas. Comenzó a luchar trabajosamente para apartarse del techo ayudándose con la pared, en dirección a mí. Cuando lo logró, dijo jadeando:

—Es esa receta. Su bisab...

—¡No! —grité.

Descuidadamente, mientras hablaba, se aferró a una moldura, ésta cedió y se vio arrojado nuevamente al techo, mientras la pintura caía sobre el sofá. Rebotó en el cielo raso y entonces entendí por qué las curvas más salientes de su cuerpo se encontraban completamente blancas. Volvió a intentar el descenso con más cuidado, cogiéndose de la chimenea.

Era un espectáculo de lo más extraordinario, aquel hombre inmenso, gordo, apoplético, tratando de bajar del techo al suelo.

—Esa receta —dijo—. Demasiado eficaz.

—¿Cómo?

—Una pérdida de peso casi completa.

Y entonces, claro, comprendí.

—¡Por Dios, Pyecraft —exclamé—, lo que usted quería era curarse la gordura! Pero usted siempre habló de peso. Siempre lo llamaba peso...

En cierto modo yo estaba encantado. En ese momento Pyecraft casi me gustaba.

—¡Déjeme que le ayude! —añadí, y tomándole de la mano le hice bajar. Tropezando, trató de hacer pie en algún sitio. Era como llevar un gallardete en un día de viento.

—Esa mesa —dijo— es de caoba maciza y muy pesada. Si usted lograra ponerme debajo...

Lo hice, y comenzó a moverse como un globo cautivo, mientras yo le hablaba de pie delante de la chimenea. Encendí un cigarro.

—Dígame, ¿qué pasó? —le pregunté.

—La tomé —respondió.

—¿Qué sabor tenía?

—¡Oh, espantoso!

Debí imaginar que todas esas pócimas sabrían igual. Ya sea que uno considere los ingredientes, la composición probable, o los

resultados, casi todos los remedios de mi bisabuela me parecen cuando menos extraordinariamente poco atrayentes. Por mi parte...

—Primero tomé un sorbito.

-¿Sí?

—Y como al cabo de una hora me sentía mejor y como más ligero, decidí bebérmela de un trago.

—¡Mi querido Pyecraft!

—Me tapé la nariz —siguió explicando—. Comencé a sentirme cada vez más y más liviano... e impotente, claro.

De pronto cedió a un estallido emocional:

—Por el amor de Dios, ¿qué debo hacer?

—Lo más evidente —dije— es lo que no debe hacer. Si usted sale afuera, se elevará indefinidamente.

Alcé mi brazo en forma ondulante.

—Tendrían que llamar a Santos Dumont para que le fuera a rescatar.

—Supongo que el efecto se desvanecerá, ¿no?

Me llevé la mano a la frente.

—No creo que pueda contar con eso —le dije.

Entonces, en otro acceso de desesperación, empezó a dar puntapiés a las sillas cercanas y a golpear contra el piso. Actuaba exactamente como yo esperaba que lo hiciera un hombre obeso, enorme, desmedido, frente a tales circunstancias, es decir, muy mal. Se refirió a mí y a mi bisabuela con una absoluta falta de discreción.

—Yo nunca le pedí que tomara la pócima —dije.

Y soslayando generosamente los insultos que me prodigaba, me senté en su sillón y comencé a hablarle de un modo comedido y amistoso.

Le señalé cómo él mismo se había ocasionado el problema, y que

en ello había algo de poética justicia. Había comido demasiado. Él lo negó, y estuvimos discutiendo el asunto durante un rato.

Se puso ruidoso y violento, de manera que desistí de continuar con este punto de la lección.

—Además —le dije—, usted cometió un pecado de eufemismo. Nunca lo llamó Gordura, lo cual es justo y vergonzoso, sino Peso. Usted...

Me interrumpió para decirme que reconocía todo eso. Pero, ¿qué debía hacer ahora?

Le aconsejé que se adaptara a la nueva situación. Y así llegamos al punto realmente importante de la cuestión. Le sugerí que no le resultaría difícil aprender a caminar por el techo, con las manos...

—No puedo dormir —objetó.

Pero eso no era una gran dificultad. Era bastante posible, afirmé, acomodarle bajo un somier metálico, asegurar todo con cintas, y sostener la almohada, sábanas y mantas con botones laterales. Le hice ver que tendría que confiar en su ama de llaves, y tras algunas protestas acabó por aceptar. (Resultó encantador, más tarde, ver de qué manera tan hermosa y natural aquella buena mujer tomó todos estos asombrosos recados.) Se le podría dejar la comida en el estante superior de la biblioteca. Pensamos también en un ingenioso sistema por el cual podría llegar al piso cuando quisiera: consistía simplemente en colocar la *Enciclopedia Británica* (décima edición) sobre las estanterías superiores. Cogiendo un par de volúmenes, podría llegar al suelo de inmediato. Coincidimos asimismo en dejar pesas de hierro junto a los zócalos, de manera que, asido a ellas, pudiera desplazarse por la zona más baja de la habitación.

A medida que avanzábamos en los planes, yo me encontraba más y más interesado. Yo mismo llamé al ama de llaves y le di las instrucciones necesarias, y fui yo sobre todo quien fijó la cama invertida. De hecho, pasé dos días enteros en su casa. Soy un individuo hábil con un destornillador en la mano, y realicé toda clase de ingeniosas adaptaciones: alargué un cable para que pudiera tocar la campanilla, puse del revés todas las luces, y así sucesivamente. Todo este asunto me resultaba extremadamente curioso e interesante, y me encantaba pensar en Pyecraft como un inmenso y gordo moscardón, trepando por el techo y cruzando a gatas los dinteles de las puertas de un cuarto a otro, sin volver al club nunca, nunca más...

Pero entonces mi fatal ingenio me jugó una mala pasada. Yo me hallaba junto a la chimenea, bebiendo su whisky, y él en su rincón favorito, junto a la comisa, claveteando una alfombra turca en el cielo raso, cuando me sobrevino una ocurrencia.

—¡Por Dios, Pyecraft! —exclamé—, todo esto es completamente innecesario.

Y sin calcular las consecuencias de mi descubrimiento, le revelé mi idea.

—Ropa interior de plomo —dije. El daño estaba hecho.

Pyecraft recibió la revelación casi entre lágrimas.

—Todo en su sitio nuevamente... —dijo.

Le participé todo el secreto antes de caer en la cuenta de hasta dónde me llevaría.

—Compre láminas de plomo —le dije—, estámpelas en discos. Córtelas sobre el patrón de su ropa hasta tener una cantidad suficiente. Póngase unos zapatos con suela de plomo y lleve una bolsa de plomo macizo, ¡eso será suficiente! En lugar de permanecer aquí como un prisionero, puede volver al extranjero, ¡Pyecraft! Puede viajar...

Se me ocurrió otra idea aún más afortunada.

—Jamás tendrá que temer un naufragio. En tal caso le bastaría con deshacerse de alguna de sus ropas, conservando en la mano la cantidad necesaria de equipaje, y quedaría flotando en el aire...

En su emoción, dejó caer, a dos dedos de mi cabeza, el martillo con que había estado fijando la alfombra.

—¡Cielos! —exclamó—, podré volver al club.

Me quedé helado.

—¡Cielos! —repetí débilmente—. Sí, por supuesto que podrá.

Lo hizo. Lo hace. Está sentado a mis espaldas engullendo ya su tercer bollo con mantequilla. Nadie en el mundo sabe —salvo su ama de llaves y yo— que no pesa prácticamente nada, que es una simple

masa molesta de materia asimilante, puras nubes vestidas, *mente*, *nefas*, y el más insignificante de los hombres. Allí está sentado, mirándome hasta que yo haya terminado de escribir esto. Luego, si puede, me acechará. Se acercará sinuosamente...

Me lo volverá a contar todo de nuevo, cómo se siente, cómo no se siente, cómo confía a veces en que se le esté pasando un poquito. Y siempre, en algún momento de aquel discurso gordo y abundante, me diga:

—Es un secreto, ¿en? Si alguien se enterara me daría tanta vergüenza... A cualquiera lo haría quedar como un tonto, ¿entiende? Arrastrarse contra el cielo raso y todo eso...

Y ahora, a esquivar a Pyecraft, que ocupa justamente una posición estratégicamente admirable entre la puerta y yo.

El señor Skelmersdale en el país de las hadas

—**E**N esa tienda —dijo el doctor— hay un hombre que ha estado en el País de las Hadas.

—Tonterías —dije, y eché una mirada hacia allí. Era una típica tienda de pueblo: oficina de correos, con un cable telegráfico al frente, cacerolas de cinc y cepillos en el exterior y un escaparate con botas, camisas y comida envasada.

—Cuénteme —dije, tras una pausa.

—Yo no sé —dijo el doctor—. Es un patán cualquiera. Se llama Skelmersdale. Pero aquí todo el mundo se lo cree como la Biblia.

Volví sobre el tema.

—Yo no sé nada del asunto —dijo el doctor—, ni quiero saberlo. Le atendí por un dedo fracturado —un partido de solteros contra casados— y fue entonces cuando di con esa tontería. Eso es todo. Pero eso te demuestra, de todos modos, los disparates con los que tengo que vérmelas, ¿no? ¡Como para venirle a esta gente con concepciones modernas de la medicina!

—Ya lo creo —dije, con un tono ligeramente solidario. Y él prosiguió con el asunto del canal de Bonham. Ese tipo de cosas, observó, pueden ser cuestiones de peso para los funcionarios médicos del ministerio de Salud. Me mostré tan solidario como pude, y cuando él llamó «burros» a los de Bonham yo amplíe:

—Unos grandísimos burros —pero ni eso pareció calmarle. Tiempo después, hacia el final del verano, me marché a Bignor, llevado por el

imperioso deseo de aislarme, cuando estaba terminando mi capítulo sobre Patología Espiritual: me parecía que en realidad era más duro escribir que leer. Me alojé en una granja, y al poco tiempo

ya me hallaba frente a la tienda nuevamente, en busca de tabaco «Skelmersdale», me dije en cuanto la vi, y entré.

Atendía un joven bajo pero bien proporcionado, de piel delicada, dientes pequeños y parejos y modales lánguidos. Le estudié con curiosidad. No tenía nada fuera de lo común, salvo cierto toque de melancolía en la expresión. Estaba en mangas de camisa, con un delantal, y llevaba un lápiz detrás de su oreja inofensiva. Atravesaba su chaleco negro una cadena de oro, de la que pendía una moneda gruesa.

—¿Nada más por hoy, señor? —preguntó, mientras se inclinaba sobre la cuenta.

—¿Usted es el señor Skelmersdale' —inquirí.

—Así es, señor —contestó sin mirarme.

—¿Es cierto que usted ha estado en el País de las Hadas'

Me miró por un momento con el ceño fruncido y una expresión entre agraviada y exasperada.

—¡Cállese! —dijo, y tras un momento de hostilidad, durante el cual me clavó la mirada, terminó de hacer la cuenta—. Cuatro, seis cincuenta —dijo después de una pausa—. Gracias, señor.

De este modo poco propicio comenzó mi relación con el señor Skelmersdale.

A partir de allí logré ganar su confianza a través de una trabajosa serie de esfuerzos. Le volví a encontrar en el casino del pueblo, una noche en que había ido a jugar al billar para mitigar esa soledad que tan útil me resultaba para el trabajo durante el día. Me las ingenié para jugar con él y continuar luego conversando. Descubrí que el único tema prohibido era el País de las Hadas. En lo demás era abierto y amigable en el sentido comente del término, pero la prohibición permanecía respecto del tema que le había absorbido. Skelmersdale había hecho una carambola doble, lo cual, para Bignor, era una jugada excepcional.

—¡Un momento! —dijo su adversario—. ¡Ninguna de tus hadas gana por chiripa!

Skelmersdale le miró un momento, con el taco en la mano, lo dejó caer y abandonó el salón.

—¿Por qué no le dejáis en paz? —dijo un viejo de aspecto respetable que había estado disfrutando del partido; y en medio del murmullo de desaprobación general se desvaneció la socarrona sonrisa de la boca del mozo.

Olí mi oportunidad:

—¿Qué broma es esa del País de las Hadas?

—No es ninguna broma, al menos para el joven Skelmersdale —dijo el viejo respetable, y bebió un trago.

Un hombrecito de mejillas sonrosadas se mostró más comunicativo

—Se dice, señor, que se lo llevaron al monte Aldington y lo tuvieron allí durante unas tres semanas.

Con aquello ya estaba abierto el camino. Una vez que empezara una oveja, las demás estarían dispuestas a seguirla, y lo cierto es que poco después yo ya disponía al menos de los aspectos exteriores del caso Skelmersdale. Anteriormente, antes de llegar a Bignor, el hombre había estado en una pequeña tienda, exactamente igual, en Aldington Corner, y allí había sucedido todo. Lo cierto es que había estado hasta muy tarde en el monte y que desapareció de la vista humana, para volver, tres semanas después, «con los puños de la camisa tan limpios como cuando se había ido», y los bolsillos llenos de cenizas y polvo. Reapareció sombrío y taciturno, estado que fue superando lentamente, y durante muchos días no dijo una palabra acerca de dónde había permanecido durante su ausencia. La muchacha con la que estaba comprometido en Clapton Hill trató de sonsacarle algo, y acabó por dejarlo, en parte por su negativa y en parte porque, según dijo, él le había dado esquinazo. Luego, cuando él dejó caer como al descuido que había estado en el País de las Hadas y quería volver, y el simple cuchicheo de aldea se transformó en toda una historia, él mismo cortó la situación abruptamente y se trasladó a Bignor para salirse de todo el lío. Pero en cuanto a lo que había sucedido en el País de las Hadas, nadie lo sabía. Fue entonces cuando la conversación se fragmentó. Uno decía esto y el otro aquello.

La actitud frente a esta maravilla era ostensiblemente crítica y escéptica, pero se podía entrever bastante credulidad más allá de las consideraciones cautelosas. Adopté un aire de interés inteligente, matizado con cierta duda razonable acerca de toda la historia.

—Si el País de las Hadas está en el monte Aldington —dije—, ¿por qué no habéis tratado de descubrirlo?

—Eso, digo yo —intervino el mozo de la broma.

—Ya ha habido muchos intentos de explorar el monte Aldington —afirmó solemnemente el viejo respetable—, pero no hay nadie que pueda decir qué resultado tuvieron las excavaciones.

La unanimidad de aquella vaga credulidad que me rodeaba me resultaba bastante impresionante; sentí que algo debía de haber en la raíz de semejante convicción, y ello estimuló la curiosidad, ya bastante viva, que aquellos hechos me despertaban. Si tales sucesos podían conocerse por alguien, ese alguien era Skelmersdale; por lo tanto, de allí en adelante me dediqué con mayor asiduidad a la tarea de borrar aquella primera mala impresión que le había producido, hasta el punto de ganarme su confianza y lograr su narración voluntaria. En ese punto contaba yo con una ventaja social. Siendo yo una persona afable, sin ocupación conocida, y vestido con traje de tweed y pantalones bombachos, en Bignor se me consideraba, naturalmente, un artista, y en el rígido código de precedencias sociales de Bignor, un artista se hallaba muy por debajo de un dependiente de comercio. Skelmersdale, como muchísima gente de su clase, era algo esnob, me había soltado aquel «¡cállese!» llevado por la presión repentina y excesiva, y estoy seguro de que luego se arrepintió, se que le gustaba que le vieran caminando por el pueblo conmigo. A su debido tiempo, aceptó complacido compartir un whisky y una pipa en mi alojamiento, y allí, llevado por un feliz instinto y sabiendo que las confidencias traen confidencias, desperté en él la intriga y el interés por mi pasado real y ficticio. Después del tercer whisky de la tercera visita, si mal no recuerdo, y a propósito de una torpe expansión acerca de cierto asuntillo fugaz de mi adolescencia, el hielo se quebró.

—Lo mismo me pasó a mí —dijo—, con lo de Aldington. Eso es lo más extraño. Al principio no me importaba un pito, pero cuando me di cuenta ya estaba metido hasta el cuello.

Me abstuve de coger esta alusión y él inmediatamente saltó a otra, y poco después era muy claro que no quería hablar de otra cosa que de aquel asunto de la aventura en el País de las Hadas, que durante

tanto tiempo había guardado celosamente. Como se puede advertir, le había tendido una trampa, y en lugar de aquel forastero burlón y medio incrédulo, yo me había convertido, por obra y gracia de mis desenfadadas confesiones, en un posible confidente. Se sentía aguijoneado por el deseo de mostrar que también él había vivido y sentido muchas cosas, y esa fiebre ya había comenzado a dominarle.

Por cierto en un principio se expresaba por confusas alusiones, y mi ansiedad por aclararlas con unas pocas preguntas precisas sólo se contrarrestaba por mi cautela de no apurar demasiado las cosas. Pero bastó un encuentro más para confirmar las bases de la confianza; y así es como obtuve del principio al fin la mayoría de los elementos y aspectos de todo el caso. En realidad me enteré de las cosas de modo que los resultados multiplicaban holgadamente lo que hubiera logrado normalmente, teniendo en cuenta la limitada capacidad narrativa del señor Skelmersdale. Y así fue como llegué al relato de su aventura y procedí a su reconstrucción. No intento dilucidar si esto realmente sucedió, si lo imaginó o lo soñó, o si había caído en un extraño trance alucinatorio. Pero estoy seguro de que no era en absoluto el producto de su invención. El hombre creía sencilla y honestamente que las cosas habían sucedido como él las contaba; era evidentemente incapaz de una mentira tan firme y elaborada, y la confirmación de su sinceridad la hallé en la credulidad de las mentes rústicas —pero a menudo finamente penetrantes— de los que le rodeaban. Él lo creía y nadie podía contraponer ningún hecho positivo que lo descalificara. En cuanto a mí, tras semejante aval, me limito a transmitir su historia; ya estoy un poco viejo para justificarme o ensayar explicaciones.

Su relato afirma que se retiró a dormir al monte Aldington hacia las diez de la noche, probablemente en pleno verano, aunque nunca precisó la fecha y ni siquiera podía estar seguro de la semana. Era una noche agradable y sin viento, y la luna se elevaba sobre el horizonte. Me he tomado el trabajo de visitar el Knoll tres veces desde que la historia comenzó a ocuparme, y una de aquellas ocasiones fue una noche estival de luna naciente, igual, tal vez, a aquella de su aventura. Júpiter se alzaba, grande y espléndido, sobre la luna, y en el norte y el noroeste el cielo era pálido y brillante por sobre el sol ya sumergido. El Knoll se yergue desnudo y desolado bajo el cielo, pero a cierta distancia lo rodean oscuros matorrales, y a medida que me acercaba percibía el sobresalto y la huida de conejos invisibles o espectrales. Ya en la cima del Knoll, y en ninguna otra parte, se oía el sonido delgado y multitudinario de los insectos. El Knoll es, según creo, un montículo artificial, el túmulo de algún jefe prehistórico, y por cierto que jamás hombre alguno ha elegido un panorama más vasto para un sepulcro.

Hacia el este, se pueden ver las colinas hasta Hythe, y más allá el Canal, sobre el cual, a unas treinta millas de distancia o más, titilaban, brillaban y se apagaban las grandes luces blancas de Gris Nez y Boulogne. Hacia el oeste se extiende, peñas abajo, todo el valle del Weald, visible hasta Hindhead y Leith Hill, y en el norte el valle del Stour se abre en dunas hacia las interminables colinas más allá de Wye. A los pies, el pantano de Romney toma la dirección sur; a una distancia media se hallan Dymchurch, Romney y Lydd, Hastings y su colina, y las ondulaciones se multiplican vagamente mucho más lejos de donde Eastbourne trepa hasta Beachy Head.

Y por encima y fuera de todo, aquel Skelmersdale maravillado, enredado en su aventura de amor juvenil y, como él mismo dijo, «sin fijarse adónde iba». Allí se sentó a meditar y así, malhumorado y pesaroso, le sorprendió el sueño. Y así cayó en poder de las hadas.

La disputa que le había disgustado era acerca de alguna cuestión bastante trivial entre él y la muchacha de Clapton Hill con quien se hallaba comprometido. Era la hija de un granjero, dijo Skelmersdale, y «muy respetable», sin duda un excelente partido para él; pero ambos eran muy jóvenes y sufrían aquellos celos recíprocos, ese apetito irracional de hermosa perfección, que la vida y la sabiduría apagan pronto con la mayor piedad. No tengo idea del tema específico de la disputa. Puede que ella haya dicho que le gustaban los hombres con polainas cuando él no las llevaba, o que él hubiera expresado su preferencia por otro sombrero para ella, pero comoquiera que hubiera sido, ello desató una serie de torpezas que acabó en resentimiento y lágrimas. Sin duda la muchacha terminó llorosa y ofendida, él se levantó polvoriento y cabizbajo, y ella se marchó sumergida en comparaciones odiosas, serias dudas acerca de si realmente alguna vez le había querido, y con la clara certidumbre de que no le volvería a querer nunca más. Y en este estado mental escaló el Aldington, apesadumbrado, y luego de un intervalo, largo quizá, de un modo bastante inexplicable se quedó dormido.

Despertó sobre el colchón más suave en que jamás hubiera dormido, a la sombra de árboles muy frondosos que cubrían completamente el cielo. Según parece, en el País de las Hadas el cielo, en realidad, está siempre oculto. Salvo una noche en que las hadas danzaban, el señor Skelmersdale nunca vio una sola estrella durante todo el tiempo que pasó con ellas. Y en cuanto a esa noche, tengo mis dudas de que estuviera en el mismo País de las Hadas o, por el contrario, entre los cercos y juncales en los terrenos bajos que bordean la vía férrea de Smeeth.

Pero aun así había luz bajo aquellos árboles, y en medio de la hierba y sobre las hojas se encendía una multitud de luciérnagas, bellas y muy brillantes. La primera impresión del señor Skelmersdale fue la de que él era muy *pequeño*, y la siguiente, que se hallaba rodeado de una cantidad de gente aún más pequeña. Según dijo, por alguna razón no estaba ni sorprendido ni asustado, y se levantó lentamente, restregando sus ojos adormilados. Y entonces vio alzarse a su alrededor a los risueños duendes que le habían llevado dormido bajo su poder, hasta el País de las Hadas.

No conseguí determinar cómo eran estos duendes, por lo vago e imperfecto de su vocabulario y la escasa observación que parece haber ejercido respecto de los detalles. Se cubrían con algo muy ligero y hermoso, que no era ni algodón, ni seda, ni hojas, ni pétalos de flores. Se hallaban de pie a su alrededor cuando él despertó, y de repente, a través del claro, por una avenida de luciérnagas y precedida por una estrella, se le aproximó el hada que es el personaje principal de su experiencia y relato.

De ella pude saber más, Vestía de verde diáfano, y rodeaba su fina cintura una ancha faja de plata. Su pelo caía en ondas hacia atrás, desde cada lado de la frente; tenía rizos que, sin ser caprichosos, flotaban libremente, y su frente lucía una pequeña tiara, rematada en una estrellita. Las mangas eran como abiertas de modo que se podían entrever los brazos; la garganta, me parece, era algo visible, pues él habló de la belleza de su nuca y su mentón. En la blanca garganta, llevaba un collar de coral, y sobre el pecho, una flor del mismo color. Tenían su mandíbula, mejillas y cuello las líneas suaves de un niño pequeño. Y sus ojos, según entiendo, eran de un castaño encendido, suaves, sinceros y dulces bajo las cejas firmes. Por esta descripción se podrán dar cuenta de cómo se destacaba la figura de esta dama dentro de la pintura general que había hecho Skelmersdale. Algunas cosas intentó describirlas, pero simplemente no pudo; el modo en que se movía, dijo vanas veces; y me imagino que de ella irradiaba cierta alegría recalada.

Y fue en compañía de esta persona deliciosa, como un invitado y compañero selecto, como el señor Skelmersdale comenzó su itinerario a través de las intimidades del País de las Hadas. Ella le recibió amablemente y con cierta calidez —imagino la presión de una mano de él sobre las dos de ella, y una cara luminosa frente a la del hombre—. Después de todo, diez años atrás el joven Skelmersdale puede haber sido muy guapo. Y una vez que ella le tomó del brazo, creo yo, le condujo de la mano hacia abajo, al claro iluminado por las

luciérnagas.

O modo en que las cosas ocurrieron allí no pertenece al desarticulado esqueleto descriptivo del señor Skelmersdale. De los hechos y rincones insólitos, de los sitios donde se reunían muchas hadas, de las «setas de un rosado brillante», de la alimentación de las hadas —de la cual sólo atinaba a decir: «¡Tendría usted que haberlo probado!»— y de las melodías de las hadas —como las de una cajita de música—, que salían de entre las flores, tenía impresiones escasas e insatisfactorias. Había un gran lugar abierto donde las hadas hacían carreras sobre lo que el señor Skelmersdale llamaba «esas cosas que ellas conducían». Larvas, tal vez, o escarabajos, o esos grillitos que tanto abundan y se escapan con tanta facilidad. En otro sitio había caídas de agua donde crecían gigantescos «botones de oro», y en los momentos de más calor las hadas se bañaban allí. Había juegos y danzas y las pequeñas criaturas hacían el amor entre el musgo de las ramas. Es indudable que el hada trató de conquistar al señor Skelmersdale, a lo que éste se resistió. Por cierto llegó un momento en que ella se sentó a su lado, en un lugar apartado y tranquilo, «lleno de fragancia de violetas», y le habló de amor.

—Cuando su voz se hizo más suave —contaba el señor Skelmersdale—, y puso su mano sobre la mía, ¿entiende?, y se me acercó con ese modo tierno, cálidamente amistoso que ella tenía, fue más de lo que yo podía resistir para no perder la cabeza.

Parece que consiguió conservar su cabeza hasta un cierto —desdichado— límite. Percibió «cómo soplabla el viento», dijo, y así, sentado en aquel lugar inundado de perfume a violetas, al contacto de esta amorosa hada que le envolvía, el señor Skelmersdale le reveló con delicadeza ¡que estaba comprometido!

Ella le había dicho que le amaba tiernamente, que para ella él era un dulce muchacho humano, y que tendría de ella todo lo que se le ocurriera pedirle, hasta los más profundos deseos de su corazón.

Y el señor Skelmersdale, que, me imagino, intentaba tenazmente no mirar sus pequeños labios mientras se abrían y se cenaban, formuló su petición más íntima al explicarle que le interesaba poseer el capital suficiente para instalar una pequeña tienda. Deseaba sentir, señaló, que tenía bastante dinero para realizar aquello. Imagino una breve sorpresa en aquellos ojos castaños de los que él había hablado pero ella parece haberse mostrado favorable frente a todo el asunto, y le hizo unas cuantas preguntas sobre la pequeña tienda, mientras hacía «algo así como reír» todo el tiempo. Así llegó él a declarar completa-

mente su situación y le contó todo acerca de Millie

—¿Todo? —le dije,

—Todo —respondió el señor Skelmersdale— quién era ella, dónde vivía, y todo acerca de ella. Todo el tiempo había estado sintiendo que debía decírselo, y finalmente lo hice.

—Tendrás todo lo que quieras —dijo el hada—. Dalo por hecho *Sentirás* que tienes el dinero, como lo deseaste. Y ahora, ya lo sabes, *tienes que besarme*.

Y el señor Skelmersdale, simulando no oír estas últimas palabras, le dijo que era muy amable de su parte. Que realmente él no merecía semejante favor. Y...

El hada se le acercó de repente y le susurró: «¡Bésame!»

—Y yo —dijo el señor Skelmersdale—, como un tonto, lo hice.

Hay besos y besos, me han dicho, y éste no debe de haber sido del tipo de los de Millie. Había algo mágico en ese beso; con certeza marcaba un momento crucial. Sea como fuere, éste es uno de los episodios que él consideraba lo bastante importante como para describirlo con más detenimiento. Traté de obtener un relato preciso, de desenredarlo entre las muecas y gestos a través de los cuales me llegaba, pero no había duda de que era completamente distinto de mi forma de expresarlo, y mucho más hermoso y dulce, bajo la suave luz tamizada y el silencio sutilmente animado de los claros encantados. El hada continuó preguntándole acerca de Millie, si era muy bella, y cosas por el estilo, muchísimas veces. En cuanto a la belleza de Millie, me lo imagino respondiendo: «Está bien.» Y luego, o en otro momento, el hada le contó que ella se había enamorado de él al verle dormido a la luz de la luna, y había decidido traérselo al País de las Hadas pensando, sin conocer la existencia de Millie, que quizás él podría amarla. «Pero ahora tú sabes que no puedes —le dijo—, de manera que apenas debes detenerte conmigo, y tienes que volver con Millie.»

Cuando le dijo eso, ya Skelmersdale se había enamorado de ella, pero la pura inercia de su mente le mantuvo en la dirección tomada. Le imagino sentado, sumergido en una especie de estupefacción, en medio de aquellas cosas espléndidas, dando respuestas acerca de su Millie, de la pequeña tienda proyectada y de la necesidad de un caballo y un carro... Y ese absurdo estado de cosas debe de haber continuado durante días y días. Veo a aquella damita, rondándole,

tratando de complacerle, demasiado delicada para entender su complejidad y demasiado tierna para dejarle marchar. Y él, hipnotizado como estaba por su empresa terrenal, continuó su camino, pensando en esto y aquello, ciego a todo lo del País de las Hadas, salvo a esta maravillosa intimidad que le había llegado. Es difícil, es imposible expresar el efecto de su radiante dulzura brillando a través de la jungla de frases bastas e inconclusas del pobre Skelmersdale. Para mí, al menos, ella brillaba clara en medio del embrollo de su historia, como una luciérnaga en un juncal.

Deben de haber pasado muchos días mientras todo esto sucedía, y alguna vez, me digo, bailaron a la luz de la luna en los cercos mágicos que tachonaban las praderas cercanas a Smeeth... pero un buen día llegó el final. Ella le llevó a un gran espacio cavernoso, iluminado por «una especie de luz nocturna y rojiza», donde se apilaban arcas sobre arcas, copas y cajas doradas y un cúmulo de lo que al señor Skelmersdale le pareció, con toda evidencia, oro acuñado. En medio de toda aquella riqueza pequeños gnomos la saludaban a su paso. De pronto se volvió hacia él y le miró con ojos brillantes.

—Y ahora —le dijo—, ha sido muy amable de tu parte quedarte conmigo durante tanto tiempo, y ya es hora de que te vayas. Debes volver a tu Millie. Debes volver a tu Millie, y aquí, como te prometí, te darán oro.

—Ella pareció ahogarse —dijo el señor Skelmersdale—. Entonces tuve una especie de sensación... —se tocó el pecho— como si allí me estuviera desvaneciendo. Estaba pálido y tiritaba, y aun entonces... no pude decir una palabra.

Se detuvo.

—Sí —le dije.

La escena era indescriptible. Pero yo sé que ella le dio un beso de despedida.

—¿Y usted no le dijo nada?

—Nada —respondió—. Me quedé como un becerro disecado. Ella se volvió una vez más, ¿sabe?, y se quedó como sonriendo y llorando —podía ver el brillo de sus ojos— y de pronto se marchó, y todas aquellas criaturas yendo y viniendo a mi alrededor, llenando mis manos y mis bolsillos y el hueco de mi cuello, y todos los huecos, con oro y más oro.

Y precisamente cuando el hada ya había desaparecido, el señor Skelmersdale realmente comprendió y supo. De repente comenzó a quitarse de encima todo el oro que le ponían, y comenzó a gritarles para evitar que lo siguieran haciendo:

—¡No quiero vuestro oro! —grité—. Todavía no he terminado. No me voy. Quiero hablar con esa hada nuevamente. —Quise salir tras ella, pero me retuvieron. Sí, afirmaron sus manecitas en mi cintura y me empujaron hacia atrás. Siguieron dándome más y más oro hasta que comenzó a desbordar y salía por las piernas de mis pantalones y caía de mis manos.

—No quiero vuestro oro —les decía—, sólo quiero hablar de nuevo con el hada.

—¿Y lo logró?

—Se produjo una trifulca.

—¿Antes de verla?

—No la vi. Cuando pude librarme de ellos no se la veía por ningún lado.

Así que salió corriendo fuera de la caverna iluminada de rojo en su busca, a través de una larga gruta, y de allí salió a un gran lugar desolado por el cual un enjambre de fuegos fatuos volaban de aquí para allá. Y a su alrededor los duendes danzaban mofándose de él, y los péchenos gnomos salían de la caverna y corrían tras él cargados de oro, que le arrojaban a puñados gritando:

—¡Amor encantado y oro encantado!, ¡amor encantado y oro encantado!

Al oír esto, sintió terror de que todo hubiese acabado, y alzando la voz la llamó por su nombre, y de repente echó a correr pendiente abajo desde la boca de la caverna, a través de zarzas y espinos, llamándola en voz muy alta y repetidamente. Los duendes bailaban a su alrededor sin oírle, pinchándole y pellizcándole, y los fuegos fatuos le rodeaban y daban contra su cara, y los gnomos le perseguían gritando y arrojándole el oro encantado.

Mientras corría en medio de esta extraña corte enloquecedora, de pronto se metía en una ciénaga hasta la rodilla, o se encontraba en medio de espesas raíces enredadas, y finalmente se enganchó un pie,

tambaleo y cayó...

Cayó y rodó, y en ese instante se encontró en el monte Aldington, cuan largo era, solo bajo las estrellas.

Se levantó inmediatamente, dijo, y comprobó que estaba tieso y frío, y tenía las ropas mojadas de rocío. Le llegó la primera claridad del amanecer junto con un viento destemplado. Podría haber creído que todo aquello había sido sólo un sueño extrañamente vivido, hasta que al meterse las manos en los bolsillos los encontró llenos de cenizas. Entonces comprendió que efectivamente era oro encantado lo que le habían dado. Todavía sentía los pinchazos y pellizcos, aunque no le quedaba marca alguna de ellos. Y de este modo, tan de repente, el señor Skelmersdale volvió del País de las Hadas a este mundo de hombres. Hasta entonces imaginaba que todo podía haber sido cuestión de una noche, pero al llegar a la tienda de Aldington Comer comprobó, azorado, que habían pasado tres semanas.

—¡Dios mío!, ¡en qué lío me vi! —dijo el señor Skelmersdale.

—¿Por qué?

—Por tener que dar explicaciones. Supongo que usted nunca habrá tenido que explicar una cosa semejante.

—Nunca —dije, y él se explayó durante un rato refiriendo cómo habían reaccionado esta o aquella persona. Al hacerlo, evitó mencionar un nombre.

—¿Y Millie? —inquirí.

—No quise verla.

—¿Y cuándo se encontraron?

—Nos cruzamos el domingo, a la salida de la iglesia. «¿Dónde has estado?», me preguntó, y entendí que me estaba regañando. No me importaba si en realidad lo estaba haciendo. Parecía haberla olvidado, inclusive mientras me estaba hablando allí mismo. Ella no era nada. No lograba entender qué podía haberle visto alguna vez, qué pude haber encontrado en ella. Luego, a veces, cuando no la tenía enfrente, me volvía un poquito, pero nunca si ella estaba presente. Además, siempre se me representaba la otra, y la borraba por completo... De todos modos, esto no le destrozó el corazón.

—¿Se casó? —averigüé.

—Con su primo —dijo el señor Skelmersdale, y se quedó pensativo, mirando el dibujo del mantel.

Cuando al cabo de unos momentos volvió a tomar la palabra, era claro que su antigua novia se había desvanecido en su alma sin dejar rastro, y que la conversación le había traído a la memoria al hada, triunfante en su corazón, Me habló de ella, poco después me confesó las cosas más raras, extraños secretos de amor que sería desleal repetir. Pienso que en realidad lo más peculiar de todo el caso era escuchar a aquel boticario pequeño y pulcro, terminado el relato, junto a un vaso de whisky y con un cigarrillo entre los dedos, atestiguando, todavía con pesar, aunque ya con una angustia mitigada por el paso del tiempo, la insaciable hambre del corazón que en ese momento padecía.

—No podía comer —dijo—, no podía dormir. Cometía errores en los pedidos de compra y me confundía al dar el cambio. Allí estaba ella, noche y día, atrayéndome sin cesar. Oh, la quería. ¡Dios mío, cuánto la quería! Me estaba allí, la mayoría de las tardes, en el Knoll, a menudo hasta cuando llovía. Solía caminar hasta arriba, alrededor, pidiéndoles que me admitieran de nuevo. Gritando. A veces casi sollozando. Me sentía enloquecido y desgraciado. Continuaba diciendo que todo había sido un error. Todos los domingos después del mediodía subía hasta aquel lugar, húmedo y agradable, aunque yo sabía tanto como usted que no era apropiado ir de día. Y traté de dormir allí.

Se detuvo de repente y bebió un poco de whisky.

—Traté de dormir allí —dijo, y podría jurar que sus labios temblaron—. Traté de ir a dormir allí una y otra vez. Y ¿sabe una cosa?, no pude, señor, nunca... Pensé que si tal vez podía ir a dormir allí, algo sucedería... Pero me senté allí, me acosté allí, y no pude... Pensaba y sentía ese anhelo... Es ese anhelo... Yo traté...

Sopló, se bebió espasmódicamente el resto del whisky, se puso de pie repentinamente y se abotonó la chaqueta, mirando fijamente y en forma crítica las oleografías junto a la chimenea. La libretita negra donde anotaba los pedidos de su recorrido diario formaba un bulto rígido en el bolsillo delantero. Cuando acabó de abrochar todos los botones, dio una palmada en su pecho y se volvió a mí repentinamente.

—Bueno —dijo—, debo irme.

Había algo en sus ojos y en su actitud que le resultaba demasiado difícil expresar en palabras.

—Uno se pone a hablar —dijo al fin junto a la puerta, y sonrió tristemente, y desapareció de mi vista.

Y ésta es la historia del señor Skelmersdale en el País de las Hadas, tal como él mismo me la refino.

Jimmy Goggles, el dios

—No todo el mundo ha sido un dios —dijo el hombre de piel morena—. Pero eso es lo que a mí me sucedió. Entre otras cosas.

Le di a entender que agradecía su condescendencia al contármelo.

—No se puede tener mayor ambición, ¿verdad? —siguió diciendo—. Yo soy uno de los que se salvaron en el naufragio del *Ocean Pioneer*. ¡Caramba! Cómo vuela el tiempo. Ya hace veinte años. Me pregunto si recuerda usted algo del *Ocean Pioneer*.

El nombre me era familiar e intenté recordar dónde y cuándo lo había leído. ¿El *Ocean Pioneer*?

—Recuerdo algo sobre oro en polvo —dije vagamente—, pero en concreto...

—Eso es —dijo—. Se metió en un maldito canal estrecho donde no tenía nada que hacer... para huir de los piratas. Era antes de que acabaran con ellos. Se trataba de un lugar donde en tiempos pasados hubo volcanes o algo por el estilo, y había rocas por todas partes. En los alrededores de Soona hay lugares donde deben vigilarse de continuo las rocas para poder ver cuándo aparecerá la próxima. Allí se hundió el barco, a veinte brazas de profundidad, antes de que nadie pudiera darse cuenta, con un cargamento de cincuenta mil libras de oro a bordo.

—¿Hubo supervivientes?

—Tres.

—Sí, ahora lo recuerdo —dije—. Algo acerca del salvamento...

Al oír la palabra salvamento, el hombre de piel morena estalló en tal torrente de palabrotas que me callé, asustado. Después, de repente, suavizando su lenguaje, dijo:

—Perdone, ¡pero hablar de... salvamento! —Se inclinó hacia mí—. Yo tomé parte en el asunto —dijo—. Intenté hacerme neo y en vez de esto me convertí en un dios. Yo tengo mis sentimientos,.. Ser dios no siempre es agradable —dijo el hombre moreno, y durante un rato siguió haciendo comentarios por el estilo, sin continuar su relato. Por fin, cogió otra vez el hilo—. Allí estaba yo, con un marino llamado Jacobs y con Always, el contraamaestre del *Ocean Pioneer*. Fue él quien empezó todo el asunto. Todavía le recuerdo, insinuando todo el asunto con una sola frase en el bote salvavidas. Tenía una habilidad especial para dar a entender las cosas. «En este barco —dijo— hay cuarenta mil libras, y soy yo quien ha de decir dónde se ha hundido.» No se necesitaba mucha inteligencia para entenderlo. Por eso fue el jefe desde el principio hasta el fin, consiguiendo la ayuda de los Sanders y su barco. Los Sanders eran hermanos y el barco, un bergantín, se llamaba *Pride of Banya*. Fue él quien compró la escafandra, de segunda mano, con aparato de aire comprimido en lugar de bomba, y también hubiera sido él quien buceara de no habérselo impedido su salud. Y mientras, los del salvamento se chapuzaban en Starr Race, a ciento veinte millas de distancia, siguiendo un mapa que él había trazado con la mayor seriedad.

»Le aseguro que en aquel bergantín éramos felices; bromeábamos, bebíamos y teníamos grandes esperanzas. Todo parecía limpio, claro y sencillo; lo que la gente suele llamar "una bicoca". Solíamos preguntarnos cómo les iría a esos benditos del salvamento, que habían empezado dos días antes que nosotros, y nos moríamos de risa. Permanecíamos juntos en el camarote de los Sanders —era una tripulación curiosa, todos oficiales, sin ningún marinero—, donde estaba la escafandra esperando su turno. El más joven de los Sanders era un tipo con sentido del humor. Realmente, tal como él nos lo hizo notar, en la cabezota y la mirada de aquella escafandra había algo divertido. La llamaba "Jimmy Goggles" y le hablaba como a una persona. Le preguntaba si estaba casado y cómo estaba la señora Goggles y las pequeñas Gogglesas. Era para reventar de risa. Todos los días bebíamos ron a la salud de Jimmy Goggles, le desenroscábamos el ojo y echábamos un vaso en su interior, hasta que, en lugar de tener aquel desagradable olor a goma, su interior olió como un barril de ron. Pasamos muy buenos ratos durante aquellos días, se lo aseguro... sin sospechar, ¡pobres infelices!, lo que se nos venía encima.

«Sabe usted, no íbamos a estropear el asunto por ir demasiado aprisa, así que dedicamos todo un día a avanzar entre sondeos hacia donde había naufragado el *Ocean Pioneer*, entre dos grandes rocas grises, unas rocas de lava que apenas afloran sobre el agua. Tuvimos que apartamos media milla para encontrar un lugar seguro donde echar anclas, y entonces estalló una tormentosa pelea para decidir quién se quedaría a bordo. El barco estaba allí, en el mismo lugar donde se había hundido, y se podía ver perfectamente el tope de los mástiles. La pelea terminó subiendo todos al bote, y fui yo quien se sumergió con la escafandra el jueves al amanecer.

«¡Qué maravilla! Aún lo estoy viendo Empezaba a alborear y el lugar parecía muy extraño. La gente piensa que todos los lugares del trópico son iguales: una playa lisa, palmeras y resaca. ¡Dios les proteja! Aquel lugar no tenía nada de eso. No eran rocas normales, comidas por las olas, sino grandes bancos redondos, semejantes a montones de ceniza de fundición, con cieno verde por debajo y arbustos espinosos encima, flotando por todas partes; el agua era transparente y tranquila, con un brillo gris oscuro con enormes algas de color pardo que resplandecían extendiéndose inmóviles, y los peces nadando entre ellas, Más lejos, detrás de los escollos, las lagunas y los montones de ceniza, en la ladera de una montaña se veía un bosque cuyos árboles rebrotaban una vez más, extinguidos ya los fuegos y las pavesas de la última erupción. Y al otro lado del coral, también bosque, y una especie de, ¿cómo diría?, anfiteatro roto, hecho de cenizas negras y amarillentas, elevándose por encima de todo lo demás, con el mar formando una especie de bahía en el centro.

«Como le decía, eran las primeras luces del alba y las cosas tenían un aspecto más bien descolorido. Los únicos seres humanos que podían verse a uno y otro lado del canal éramos nosotros. Únicamente se veía el *Pride of Banya* detrás de un grupo de rocas. No se veía alma viviente —repitió, e hizo una pausa—. No me explico de dónde salieron. Estábamos tan seguros de estar solos, que hasta dejamos al más joven de los Sanders que cantara. Yo me había introducido en Jimmy Goggles y sólo me faltaba ponerme el" casco. "Ha sido fácil —dijo Always—, aquí se ve el mástil." Después de echar un vistazo por encima de la borda, cogí el casco y faltó poco para que me cayera al virar el bote el mayor de los Sanders. Tras enroscar los tornillos y comprobar que todo estaba bien, cerré la válvula del aire para facilitar la inmersión y salté al agua con los pies por delante, pues carecíamos de escalera. Dejé el bote y me sumergí; todos los demás se asomaron a mirar mientras me hundía hacia las algas y la oscuridad que rodeaban el mástil. Creó que nadie, ni siquiera el tipo más precavido del mundo,

se hubiera molestado en mirar alrededor en un lugar tan desolado como aquí. Respiraba soledad.

»Ya supondrá que yo era un novato en eso de la inmersión. Ninguno de nosotros era buzo. Tuvimos que aprender a manejar el aparato; además, era la primera vez que me sumergía. Es una sensación horrible. Los oídos duelen terriblemente. No sé si se habrá hecho daño alguna vez bostezando o estornudando; da la misma sensación, aunque diez veces peor. Y un dolor *aquí*, encima de las cejas, horrible, y la cabeza se queda completamente embotada. Y en los pulmones, la sensación todavía es peor, Al descender tienes la sensación de que empiezas a elevarte. Y no puedes levantar la cabeza para ver qué hay arriba ni observar qué pasa a tus pies sin experimentar un fuerte dolor al inclinarte. Y una vez abajo, la oscuridad. Sólo las cenizas y el barro del fondo. Era como invertir el tiempo y regresar a la noche.

»El mástil apareció como un fantasma en la oscuridad, a continuación, un grupo de peces, después uno de algas rojas meciéndose y luego, con un trastazo, acompañado de un nudo sordo, choqué con el puente del *Ocean Pioneer*. Los peces que se habían alimentado de los cadáveres se elevaron a mi alrededor como se levanta un enjambre de moscas de la basura en verano Abrí de nuevo el paso del aire comprimido, pues la escafandra resultaba algo pesada y seguía oliendo a goma a pesar del ron, y me detuve un momento para recuperarme. Hacía frío, allí abajo, lo que me ayudó a disipar un poco el agobio.

»Cuando empecé a sentirme mejor, miré a mi alrededor. La vista era magnífica. Incluso la luz era extraordinaria: una especie de crepúsculo rojizo, producido por las algas rojas que flotaban a cada lado del barco, Y allá, sobre mi cabeza, un pálido verde azulado. La cubierta del barco estaba entera, excepto una pequeña zona de estribor; yacía larga y oscura entre las algas, despejada, menos en el lugar donde los mástiles se habían roto al hundirse, perdiéndose en la oscuridad, hacia el castillo de popa. No había ningún cadáver en los puentes; supongo que la mayoría debían estar entre las algas; pero más tarde encontré dos esqueletos en los camarotes de los pasajeros, donde la muerte les había sorprendido. Resultaba curioso permanecer en aquella cubierta e ir reconociéndola poco a poco: el lugar de la barandilla donde me gustaba fumar a la luz de las estrellas, el rincón donde un tipo de Sidney solía flirtear con una viuda que iba a bordo. Hacían buena pareja, hacía sólo un mes, y ahora no quedaba de ellos ni para alimentar a un cangrejo pequeño.

«Siempre he tenido algo de filósofo; creo que pasé por lo menos cinco minutos inmerso en este tipo de reflexiones, antes de bajar en busca del lugar donde se hallaba el dichoso oro. Era un trabajo lento, realizado a tientas la mayor parte del tiempo, pues estaba completamente oscuro, con sólo unos pocos destellos azules que penetraban a través de la toldilla. Y cosas que se movían, una que chocó con el cristal de la escafandra, otra que me pellizcó la pierna. Pensé que serían cangrejos. Pisé un montón de basura desperdigada que me intrigó; me detuve y cogí un objeto largo con protuberancias. ¿Sabe qué era? ¡Un trozo de espina dorsal! Pero los huesos nunca me han impresionado gran cosa. Habíamos hablado del asunto y estudiado

todos los detalles, y Always sabía perfectamente dónde se guardaba el oro. Encontré el lugar. Levanté la caja por uno de sus extremos más o menos una pulgada. —Se detuvo un momento—. Conseguí levantarla a una altura así. ¡Oro puro por valor de cuarenta mil libras! ¡Oro! —grité en el interior de mi casco, como si gritara victoria, y me dolieron los oídos. Empezaba a respirar con dificultad y a sentirme cansado —había estado sumergido veinte minutos o más—, y pensé que ya bastaba. Atravesé de nuevo la toldilla, y cuando mis ojos se asomaron al puente, un ruidoso y enorme cangrejo dio una especie de salto histérico y huyó hacia un lado. Me dio un buen susto. Estaba de pie en el puente despejado y cerré la válvula del casco para que el aire, al acumularse, me llevara de nuevo hacia arriba. Sentí una especie de estremecimiento por encima de mí, como si golpearan el agua con un remo, pero no levanté la cabeza. Pensé que me hacían señales para que subiera.

«Entonces algo cayó a mi lado, algo pesado, que quedó clavado y oscilando en los maderos de la cubierta. Miré y vi que se trataba de un largo cuchillo que había visto en manos del más joven de los Sanders. Pensé que lo había dejado caer, y mientras le llamaba imbécil y otras cosas, pues podía haberme herido, empecé a ascender para salir a la luz del día. Había llegado a la parte alta de las vergas cuando, ¡paf!, choqué con algo que se hundía y una bota golpeó la parte delantera de mi casco. Pero había algo más, agitándose terriblemente. Fuera lo que fuese, me pasaba encima moviéndose y retorciéndose. Hubiera pensado que se trataba de un enorme pulpo o algo por el estilo a no ser por la bota, pues los pulpos no calzan botas. Por supuesto, todo esto ocurrió en un instante. Sentí que volvía a hundirme, agité los brazos para mantener el equilibrio y el fardo cayó, al tiempo que yo me elevaba...

Hizo una pausa.

—Vi la cara del joven Sanders, sobre un hombro desnudo y negro; una lanza le atravesaba el cuello y había algo en el agua que parecían espirales de humo rosado saliéndole de la boca. Cayeron ambos agarrados uno al otro, revolviéndose y sin fuerzas para soltarse. Un segundo después, mi casco chocó y faltó poco para que se rompiera contra la canoa de los negros. ¡Eran negros! Dos canoas llenas.

»Fueron unos minutos movidos, ¡de verdad! Atravesado por tres lanzas, Always cayó por la borda. Las piernas de tres o cuatro tipos negros me golpeaban en el agua. No pude ver mucho, pero sí lo suficiente para comprender que todo estaba perdido, por lo que, dando una repentina vuelta a la válvula, me volví a sumergir en busca del pobre Always, presa de un terror que supongo podrá usted imaginarse. Pasé al lado del negro y de Sanders, que aún luchaban débilmente, y me hallé otra vez de pie en la cubierta del *Ocean Pioneer*.

»¡Diablos! —pensé—, ¡vaya problema! ¡Negros! Durante un momento no vi otra alternativa: Morir de asfixia abajo o atravesado por las lanzas de los negros arriba. No sabía la cantidad de aire que me quedaba, pero me daba cuenta de que no podría resistir durante mucho tiempo. Sentía calor y tenía la cabeza completamente embotada, aparte del terrible miedo que me invadía. No habíamos contado con esos fieros indígenas, asquerosas bestias papúes. No era prudente volver a salir por el mismo sitio, así que tenía que pensar en otra solución. De momento, me encaramé por el costado del barco y me introduje entre las algas, hundiéndome en la oscuridad y anclando lo más lejos que pude. Después, me detuve y me arrodillé; volví la cabeza y miré hacia arriba. En lo alto brillaba un extraordinario color azul verdoso, y las dos canoas y el bote se veían pequeños y distantes, formando una especie de H retorcida. Mirar hacia arriba y pensar en todo lo ocurrido me hizo sentirme mal.

»Fueron los peores diez minutos de mi vida; los pasé errando en la oscuridad, con una opresión terrible, como si estuviera enterrado en la arena, sintiendo un dolor en el pecho, enfermo de miedo y respirando con la sensación de aspirar únicamente aquel olor a ron y goma. ¡Demonios! Poco después, empecé a trepar por una cuesta escarpada. Miré otra vez de soslayo, para comprobar si aún se veían las canoas y el bote, y seguí. Cuando llegué a un pie de la superficie me detuve e intenté ver hacia dónde iba; pero, como es de suponer, sólo se veían los reflejos de la superficie. Entonces me precipité hacia el exterior como si golpeará un espejo con la cabeza. Al salir del agua vi que

había llegado a una especie de playa cercana al bosque. Eché un vistazo alrededor, pero los indígenas y el bergantín quedaban ocultos por un montón de lava retorcida. El tonto que hay en mí me sugirió que corriese hacia el bosque. No me saqué el casco, sólo abrí uno de sus cristales, y después de jadear un poco, salí del agua. Imagínese cuan limpio y ligero me pareció el aire.

«Por descontado que con cuatro pulgadas de plomo en la suela de las botas, la cabeza dentro de un casco de cobre mayor que una pelota de fútbol y habiendo permanecido treinta y cinco minutos sumergido en el agua, no se puede batir ninguna marca de velocidad. Corrí como una tortuga, y a medio camino de los árboles me topé con una docena o más de negros que salían de entre ellos y que se me acercaban con una actitud anhelante y sorprendida.

»Me quedé inmóvil y maldije en mi interior a todos los imbéciles que hemos nacido en Londres. No había posibilidad alguna de regresar al agua. Lo único que hice fue enroscar otra vez el cristal para tener las manos ubres, y esperé a que vinieran por mí. No podía hacer otra cosa.

Pero no se acercaron. Empecé a sospechar por qué. "Jimmy Goggles —le dije—, es debido a tu belleza." Creo que con todos aquellos peligros amenazándome y el cambio de presión, tenía la cabeza algo ida. "¿Qué miráis?", dije, como si aquellos salvajes hubieran podido oírme. "¿Por quién me tomáis? Que me condene, si no os doy una razón para mirar", dije, y cerré la válvula de escape y di paso al aire comprimido, hasta que me hinché como un globo. Debió resultar bastante impresionante. No se atrevieron a avanzar un solo paso. Y de pronto, empezaron a postrarse de rodillas uno tras otro. No sabían cómo tratarme y actuaron de la manera que les pareció más correcta y razonable. Pensé en dar media vuelta y volver corriendo al mar, pero me pareció inútil. Si hubiera dado un solo paso hacia atrás, me habrían perseguido. Llevado por la desesperación, me dirigí hacia ellos, avanzando por la playa con pasos lentos y pesados y agitando mis brazos hinchados de una manera majestuosa. Pero en mi interior no las tenía todas conmigo.

«Pero no hay nada que ayude más a un hombre en apuros como un aspecto imponente, ya lo había podido comprobar antes de aquello y también lo comprobé después. A las personas como nosotros, que a la edad de siete años ya han visto escafandras, les es difícil imaginar el efecto que éstas pueden causar en las mentes sencillas de esos salvajes. Uno o dos se volvieron y empezaron a correr, los otros empezaron a golpear frenéticamente el suelo con la frente una y otra vez. Y yo

seguí avanzando, lenta y majestuosamente, con mi aspecto artificioso y extraño. Era evidente que me tomaban por algo extraordinario.

«Entonces, uno se puso en pie señalando con el dedo, haciendo gestos desmesurados en dirección a mí, al tiempo que los otros empezaban a compartir su atención entre mi persona y algo que vieron en el mar. "¿Qué pasa?", me dije. De acuerdo con mi dignidad, me volví lentamente y vi, saliendo de detrás de un promontorio, al pobre *Pride of Banya* rodeado por un grupo de canoas. Su vista casi me puso enfermo. Pero ellos evidentemente esperaban alguna señal de satisfacción, por lo que agité los brazos de manera mecánica. Después, me di la vuelta y con paso majestuoso me dirigí de nuevo hacia los árboles. En aquellos momentos, recuerdo que recé como un loco una y otra vez; "¡Dios mío, ayúdame! ¡Dios mío, ayúdame!" Únicamente los ignorantes que no saben nada de nada de los peligros se reirían de mis ruegos.

«Pero los negros no estaban dispuestos a dejarme marchar así como así. Empezaron a bailar una especie de danza a mi alrededor, obligándome a tomar determinado camino a través de los árboles. Estaba claro que, pensaran de mí lo que pensaran, no me tomaban por un ciudadano inglés; y yo, por mi parte, nunca me sentí menos ansioso de pertenecer a este viejo país.

«Quizás le cueste creerlo, a no ser que esté familiarizado con los indígenas, pero aquellas criaturas ignorantes y descamadas me llevaron directamente a una especie de templo para ponerme ante una negra y antigua piedra sagrada que guardaban en él. Empezaba a darme cuenta de cuan grande era su ignorancia, y al poner los ojos en aquella deidad comprendí lo que pasaba. Empecé a gritar con voz de barítono un "uou-uou" muy prolongado y a agitar intensamente los brazos, y luego, muy lenta y ceremoniosamente, derribé la deidad y me senté sobre ella. Necesitaba sentarme; las escafandras no son una prenda apropiada para vestir en los trópicos. Hablando claro, resultan demasiado pesadas. Me di cuenta de lo grande que era su emoción al ver que me sentaba en su altar, pero en menos de un minuto llegaron a una conclusión y me adoraron. Ya puede usted imaginar cómo me sentí aliviado a pesar del peso que soportaban mis hombros y pies, al ver el cariz que iban tomando las cosas.

»Lo único que me preocupaba era pensar cómo se lo tomarían los de las canoas cuando regresaran. Si me vieron en el bote antes de sumergirme sin mi casco puesto, pues podían haber espiado escondidos durante la noche, seguramente adoptarían un punto de vista muy diferente al de sus compañeros. Durante horas, hasta que

empezó el ajeteo de su llegada, me sentí como sobre ascuas.

Pero se lo tragaron, todo el poblado se lo tragó. A base de permanecer lo más quieto y rígido que pude, como las estatuas egipcias, durante casi doce horas, me di cuenta de que al fin lo había conseguido. Usted no puede comprender lo que esto suponía en medio de aquel calor y aquellos horribles olores. No creo que ninguno de ellos sospechara que dentro había un hombre. Yo era sólo un gran dios maravilloso y coriáceo que, por fortuna para ellos, había salido de las aguas, ¡Pero qué cansancio, qué calor, en aquel encierro, con aquel olor a goma y ron, y aquel ajeteo! Encendieron ante mí un fuego hediondo en una especie de plancha de lava y pusieron encima un montón de porquería ensangrentada, cuyas peores partes se comieron en un banquete, los muy bestias, y lo quemaron todo en mi honor. Yo me sentía hambriento, pero ahora comprendo por qué los dioses se las arreglan sin comer, con el hedor que exhalan las cosas que les ofrecen. También trajeron parte de las cosas que habían cogido en el bergantín, y, entre todas ellas, la bomba neumática utilizada para el aire comprimido, cuya vista me produjo un gran alivio. Después, entró un grupo de muchachos de ambos sexos que bailó a mi alrededor una danza indecente. Resulta curioso ver de qué manera tan distinta muestran su respeto los diversos pueblos. Si hubiese tenido un hacha a mano me los cargo a todos, tan nervioso me pusieron. Durante todo ese tiempo permanecí rígido como una estatua, sin saber qué otra cosa podía hacer. Por fin, cuando cayó la noche y la casa-templo, hecha de mimbres entrelazados, quedó demasiado oscura —todos esos salvajes temen la oscuridad, sabe usted— y yo empecé a hacer una especie de ruido "muu", encendieron hogueras en el exterior y me dejaron solo y en paz en la oscuridad de mi cabaña con libertad para abrir un poco los cristales de mi escafandra y tiempo para pensar en el cariz que había tomado el asunto. Me sentía verdaderamente mal, ¡Dios mío!, y estaba completamente mareado.

«Estaba débil y hambriento, y mi mente desarrollaba una tremenda actividad sin llegar a decidir nada; daba vueltas y más vueltas para al fin volver al punto de partida. Me entristecía la suerte de mis compañeros, borrachos empedernidos, ciertamente, pero no merecedores del fin que habían tenido; la vista del joven Sanders, con la lanza atravesando su garganta, no se apartaba de mi pensamiento. Subsistía el problema del tesoro, que continuaba sumergido en el *Ocean Pioneer*, de cómo sacarlo y esconderlo en un lugar seguro, y luego escapar y regresar para recuperarlo. Y el problema de cómo conseguir algo de comer. Me sentía desfallecer, pero no me atrevía a pedir comida mediante signos, por miedo a parecer demasiado

humano; y por eso permanecí allí, sentado y hambriento, casi hasta el amanecer. Cuando el poblado se sumió en el silencio, no pudiendo aguantar ya más, salí fuera y cogí un poco de comida, algo que parecían alcachofas, y leche agria. Lo que sobró, lo coloqué al lado de las demás ofrendas para insinuarles cuáles eran mis gustos. Por la mañana, vinieron a adorarme y me encontraron tieso y respetable, sentado sobre su antiguo dios, tal como me habían dejado la noche anterior. Yo había apoyado la espalda en el pilar que sostenía la cabaña y, en realidad, estaba dormido. Así es como me convertí en un dios de los paganos, un falso dios, sin duda, y blasfemo; pero no siempre se puede escoger.

«Bueno, no quiero presumir de dios más de cuanto merezco, pero sí puedo decir que mientras fui su dios todo les salió bien. Nada extraordinario, por supuesto, pero ganaron una batalla con otra tribu —me hicieron un montón de ofrendas que no merece la pena explicar—, consiguieron una magnífica pesca y obtuvieron una extraordinaria cosecha. Además, entre los beneficios que les propicié, ellos contaban todo lo capturado en el bergantín. Para ser un dios nuevo, no estaba nada mal. Aunque le cueste creerlo, fui el dios de aquellos salvajes casi cuatro meses...

»¿Qué otra cosa podía hacer? Pero no llevé la escafandra durante todo ese tiempo. Hice que me construyeran una especie de tabernáculo y, con el tiempo, les di a entender qué quería que hicieran. Ésta fue la mayor dificultad, hacerles comprender mis deseos. Yo no podía bajar y chapurrear su lenguaje —en el supuesto de que lo hubiera conocido— ni pasarme todo el tiempo gesticulando. Así que hacía dibujos en la arena, luego me sentaba al lado y los señalaba ululando. Algunas veces me interpretaban bien, otras mal, pero siempre demostraron buena voluntad. Mientras, yo me rompía la cabeza para ver cómo solucionaba el asunto. Cada noche, antes de amanecer, salía vestido con mi escafandra y buscaba un lugar desde el cual pudiera verse el canal donde había naufragado el *Ocean Pioneer*; e incluso una vez, en una noche de luna, intenté caminar hasta el barco; pero las algas, las rocas y la oscuridad me lo impidieron. Regresé siendo ya de día, y encontré a todos aquellos estúpidos negros rezando en la playa para que el dios del mar volviera a ellos. Me sentía tan cansado y humillado, de tanto vagar y tambalearme, de tanto ir y venir, que de buena gana la hubiera emprendido a puñetazos con ellos, cuando empezaron a mostrar su regocijo. Que me cuelguen si me gustaba tanta ceremonia.

Entonces vino el misionero, ¡Aquel misionero! Era por la tarde;

cuando llegó, yo estaba representando mi papel sentado en la piedra del templo. Oí voces y ruidos y después su voz; hablaba con un intérprete. "Adoran troncos y piedras", dijo, y en seguida comprendí de qué tipo se trataba. Me había quitado uno de los cristales para estar más cómodo y siguiendo una inspiración canté con todas mis fuerzas. "Troncos y piedras —dije—, entre y le destrozaré su linda cabeza." Se hizo el silencio, y después volvieron a oírse voces. Finalmente entró, Biblia en mano, con el porte que les es peculiar a estos tipos; era un sujeto bajo y animoso, con lentes y salacot. Sospecho que al verme sentado en la sombra, con la cabeza de cobre y en el interior de Goggles, se quedó bastante sorprendido. "Bien —dije—, ¿cómo va el comercio de indiana?", pues no estoy acostumbrado a tratar con misioneros.

»Le tomé el pelo. Era un novato y no estaba a mi altura. Me preguntó quién era con voz entrecortada, y yo le respondí que leyerá la inscripción que había a mis pies si deseaba saberlo. Se arrodilló para leer, y su intérprete, supersticioso como todos ellos, lo tomó por un acto de adoración y cayó como fulminado de rodillas. Todo mi pueblo lanzó un grito de triunfo y para él acabó cualquier posibilidad de trabajar entre ellos.

«Pero fui un tonto al tomarle el pelo como lo hice. Si hubiera tenido una pizca de sensatez, le habría contado en seguida lo del tesoro y habría entrado en tratos con él. No tengo la más mínima duda de que hubiera aceptado. Hasta un niño, tras pensarlo un poco, hubiera comprendido la relación existente entre mi traje de buzo y la pérdida del *Ocean Pioneer*. Una semana después de su visita, al salir una mañana, vi al *Motherhood*, el barco de salvamento de Starr Race, enfilando el canal y sondándolo. El asunto se iba al traste y todos mis sacrificios no habían servido para nada. ¡Demonios! ¡Cómo me enfurecí! ¡Después de haber hecho el mamarracho con ese traje apestoso! ¡Cuatro meses!

El relato del hombre de piel tostada degeneró de nuevo en palabrotas.

—Imágeneselo —dijo, cuando una vez más moderó su lenguaje— cuarenta mil libras en oro.

—¿Regresó el misionero? —pregunté.

—Oh, sí, ¡Dios le proteja! Puso en juego su reputación, asegurando que había un hombre en el interior del dios, y se dispuso a demostrarlo con gran ceremonia. Pero no había nadie; una vez más, se

llevó un chasco. Yo siempre he odiado las escenas y las explicaciones, así que me marché mucho antes de que volviera; regresé a Banya siguiendo la costa, escondiéndome entre la maleza durante el día y robando comida en los poblados por la noche. Únicamente llevaba una lanza. Ni ropa ni dinero. Nada. Mi cara es mi fortuna, como suele decirse, en vez de serlo las ocho mil libras de oro que constituían mi quinta parte. Pero gracias a Dios, los indígenas le dieron una buena lección, porque pensaron que había sido él quien les había privado de su buena suerte.

El nuevo acelerador

CIERTAMENTE, si alguna vez encontró alguien una guinea buscando un alfiler, esa persona es mi buen amigo el profesor Gibberne. He oído hablar de inventores que han ido mucho más allá de donde querían; pero hay que confesar que todos ellos quedaron muy por bajo del referido profesor. Como que el tal Gibberne ha descubierto algo capaz de introducir una verdadera revolución en la vida. Dicho sea sin la menor exageración.

Y la verdad es que el hallazgo lo hizo por casualidad, mientras buscaba un vulgar tónico mediante el cual las gentes que andan flojas de nervios pudiesen resistir el tráfigo agotador de la existencia moderna.

He probado la droga varias veces, y creo un deber describir los efectos que en mí ha producido. Todos aquellos que andan en pos de nuevas sensaciones me agradecerán estas líneas.

El profesor Gibberne es vecino mío en Folkestone. Los rasgos característicos de su fisonomía son: una frente elevada y unas cejas negras pobladísimas y algo huidas hacia arriba por la parte de la sien; circunstancias que contribuyen a dar a aquella cara cierto aspecto mefistofélico.

Añadiré que es hombre decidor y bromista y que gusta mucho de conversar conmigo acerca de sus trabajos. De ahí que haya podido seguir paso a paso la gestación del *Nuevo Acelerador*, y que conozca todos, absolutamente todos sus secretos de laboratorio.

Como todo el mundo sabe, la especialidad que ha hecho célebre a Gibberne entre los fisiólogos es su conocimiento de la acción de las medicinas sobre el sistema nervioso. En materia de anestésicos, soporíficos y sedativos, no hay quien rivalice con Gibberne, cuya

preocupación constante, desde hace muchos años, era descubrir un tónico nervioso al nivel de las exigencias de la vida contemporánea. Antes de dar con el *Nuevo Acelerador*, ya tenía descubiertos tres específicos de esa clase, tan inofensivos como poderosos. Sobre todo el *jarabe Gibberne* es una verdadera maravilla para restaurar nervios desahuciados. Y conste que no es reclame.

—Pero nada de eso me satisface —me decía hará cosa de un año—. Y no me satisface porque todas las drogas que llevo descubiertas, o bien aumentan la energía central sin afectar a los nervios, o simplemente acrecen la energía disponible, debilitando la conductividad nerviosa, todas ellas son desiguales y locales en sus efectos. Así, una excita el corazón, mientras paraliza el cerebro; otra, por el contrario, pone en tensión al cerebro, en tanto que daña al plexo solar... Lo que yo persigo es algo que lo estimule todo al mismo tiempo, que nos sacuda desde la coronilla hasta las uñas de los pies, que nos haga, en una palabra, *ir más deprisa*, vivir más rápidamente que el resto de la humanidad. Eso es lo que yo quiero, y lo que alcanzaré pese a quien pese.

—Pero eso sería perjudicial, en último término —me atreví a aventurar—. Indudablemente llegaría a acometemos la fatiga.

—¿La fatiga?... Nada de eso, amigo mío. Todo se arreglaría nutriéndose doble o triple de lo ordinario. Créame usted, el porvenir del hombre está en pensar dos veces más rápidamente que lo hace ahora, en moverse dos veces más de prisa, en ejecutar dos veces más trabajo, en un tiempo dado. Y esa conquista no podrá hacerse sin que yo acuda en su auxilio.

Pasó algún tiempo. De vez en cuando volvía a hablarme Gibberne de sus trabajos. En ocasiones lo hacía nerviosamente, y mostraba ciertos temores acerca de los resultados fisiológicos que el específico pudiera tener en definitiva.

Por mi parte, he de declarar que la cosa me interesaba. He sido siempre algo aficionado a las paradojas sobre el espacio y el tiempo, y, a mi juicio, Gibberne se hallaba preparando nada menos que la absoluta aceleración de la vida. ¿Y a qué conduciría ello, en suma?... Era indudable que al lado de las innegables ventajas de la droga, el que la absorbiese repetidas veces sería un adulto a los once años, un hombre maduro a los veinticinco y un anciano a los treinta. De modo que, en fin de cuentas, Gibberne con su invento iba a conseguir eso que la naturaleza realiza con los hebreos y los orientales, quienes, si bien son gentes que piensan y obran más rápidamente que nosotros,

en cambio son viejos caducos no bien han traspasado las fronteras de la cincuentena.

Fuera lo que fuere, yo sentía grandes impaciencias por ver el resultado de los estudios de Gibberne. Ese resultado no se hizo esperar. El día 10 de agosto vino a comunicarme mi amigo que el *Nuevo Acelerador*, nombre con que había bautizado la droga, era una realidad tangible. Por cierto que la noticia me la dio en la calle, poco después de haber salido de casa para hacerme cortar el pelo. Los ojos del sabio relucían como carbunclos. Su cara reflejaba intensísimo júbilo. Aquello era, sin duda, el triunfo definitivo.

—¡Eureka! —exclamó estrechándome nerviosamente las manos—. He vencido, amigo mío... ¡Y qué victoria más decisiva!... Venga usted en seguida a mi casa y se convencerá.

—Pero ¿es cierto?

—¡Muy cierto! —gritó—. Tan cierto como increíble... Es preciso verlo para convencerse de ello.

—¿De modo que la cosa duplica el vivir?

—¡Duplicar!... Infinitamente más que eso. Estoy asustado... ¡Qué descubrimiento tan portentoso!... ¡Venga usted, venga usted a probarlo sin perder un minuto!...

Y el buen Gibberne me agarró por un brazo, echando a correr como un loco. Tuve que seguirle por fuerza.

—¿Es que, por ventura, lleva usted en el cuerpo alguna dosis de la droga? —hube de preguntarle casi sin alientos por efecto de su desatentada carrera.

—Nada de eso, querido. Sin embargo, le confesaré que esta actividad se debe a una gota de agua absorbida por mí al lavar el tubo de ensayo, donde había decantado antes cierta cantidad del *Nuevo Acelerador*. Por este detalle puede usted calcular los efectos de mi tónico prodigioso... ¡Ah, qué admirable hallazgo!... La vida acelerada mil veces... ¡Qué mil veces! Muchos miles de veces... Mi *Nuevo Acelerador* es la revelación de multitud de secretos fisiológicos... Por ejemplo, merced a él puede estudiarse la teoría de la visión bajo una forma tan nueva como sorprendente... Sí, amigo mío; una dosis de mi droga basta para que el ojo humano vea miles de veces más de prisa que en estado normal. Y así todo.

La verdad es que todo aquello me iba causando cierto miedo. Así es que, cuando me encontré en el laboratorio de Gibberne, teniendo ante mí al sabio con un pomito lleno de un líquido verdoso, desapareció toda mi afición a lo desconocido.

—¿Tiene usted reparos en probarlo? —interrogó el químico. La pregunta me hizo el efecto de un latigazo. Soy hombre de mucho amor propio. Reaccionando, pregunté con voz entera:

—Pero ¿ha probado usted personalmente los efectos del *Nuevo Acelerador*?

—¿Cómo podría hablarle de ellos si así no fuera?... Y le aseguro que es cosa absolutamente inofensiva.

Al oír esto me senté y dije:

—Pues bien, ¡venga esa droga!... Lo peor que puede ocurrir es que ya no tenga que pelarme, con lo cual me economizaré una de las operaciones más molestas a que se halla sujeto el hombre civilizado. ¿Cómo se ingiere ese potingue?

—Mezclado con agua —contestó Gibberne empuñando una botella y añadiendo—: Y ahora, unas cuantas advertencias indispensables, amigo mío. Apenas trague usted la poción, cierre sus ojos herméticamente, y no vuelva a abrirlos hasta pasado un minuto. Además de eso, procure estar quieto durante dicho tiempo. Hay que evitar toda sacudida. Recuerde que va usted a vivir mil o dos mil veces más de prisa que de ordinario; que el corazón, el cerebro, los nervios, los pulmones y los músculos van a funcionar mil o dos mil veces con mayor rapidez. Usted no se dará cuenta de ello; le parecerá que sigue viviendo como antes. Lo único que creerá advertir es que todo en el mundo camina miles de veces con más lentitud que de ordinario. Y para que se disipe todo temor en usted, voy a acompañarle en el experimento.

Diciendo así, Gibberne vertió unas cuantas gotas del *Nuevo Acelerador* en dos vasos llenos de agua. Acto seguido me ofreció uno, repitiéndome las advertencias anteriores. Luego, y con un vaso en alto, exclamó:

—¡Brindo por el *Nuevo Acelerador*!

—¡Vaya por él! —repetí, echándome al colete la pócima y cenando instintivamente los ojos.

Durante unos segundos me pareció como si hubiese aspirado ese gas que suelen propinar algunos dentistas para extraer las muelas sin dolor. Después sentí que Gibberne me llamaba. Abrí los ojos con grandes precauciones. Mi insigne amigo se hallaba en la misma posición, sólo que el vaso se encontraba vacío.

—¿Y bien?... —pregunté.

—¿No nota usted nada? —dijo él a su vez.

—Nada. Una ligera sensación de bienestar. Pero nada más.

—¿Ni siquiera ruidos?

—Ni ruidos. Es decir, sí; me parece percibir un ligero chisporroteo: algo así como el ruido de la lluvia sobre los cristales... ¿Qué es eso?

—¡Ah, querido!... Lo que usted oye son, ¡le parecerá increíble!, sonidos analizados.

Gibberne dirigió a continuación una mirada a la ventana, preguntándome:

—¿Ha visto usted alguna vez un visillo que permanezca en la forma que ese delante del cristal?

Miré y vi con sorpresa que la punta de tal visillo se hallaba levantado hacia arriba como si una mano invisible lo sostuviera. Era como si hubiese penetrado por una rendija del cristal una ráfaga de aire helado, congelando la tela luego de levantarla.

—Pues ahora, mire a su mano derecha —dijo Gibberne abriendo los dedos y dejando sólo el vaso en el vacío. Instintivamente parpadeé creyendo que el vaso caería a tierra, estrellándose. Pero, lejos de ocurrir esto, el frágil recipiente permaneció quieto en el aire, como si estuviese encantado. Aquello resultaba estupendo.

—¿Le parece maravilloso, verdad?... —interrogó el sabio—. En nuestras latitudes un objeto que cae recorre 4 metros 880 milímetros en el primer segundo. Y este vaso *está cayendo* a esa velocidad. Sólo que aún no ha transcurrido la centésima parte de un segundo. Esto dará a usted una idea de lo que es mi *Nuevo Acelerador*.

Y Gibberne pasó la mano en torno por debajo del vaso, acabando por cogerlo por el pie y depositarlo cuidadosamente sobre la mesa.

Todo esto acompañado de una risilla de vanidad satisfecha.

Poco a poco fui levantando de la silla en que me hallaba sentado. La verdad era que yo no sentía el más leve malestar, Antes, por el contrario, experimentaba una sensación placentera. En cuanto al cerebro, su funcionamiento era perfecto. El vivir millares de veces más de prisa no resultaba desagradable, en fin de cuentas. Me acerqué a la ventana. Desde allí contemplé un espectáculo extraño. En mitad de la calle se hallaba un ciclista completamente inmóvil. Estábase el tal inclinado sobre el guía, en actitud de realizar un vigoroso esfuerzo. De la rueda posterior del aparato se elevaba una columna de polvo; pero la inmovilidad de éste era tan absoluta como si se hubiese helado repentinamente en la atmósfera. A pocos metros hallábase un *char a bañes* con los caballos en actitud de galopar; y digo en actitud, porque el vehículo no se movía lo más mínimo. Yo no podía dar crédito a mis ojos. Mudo de asombro, rompí por fin el silencio para preguntar a Gibberne:

—¿Cuánto tiempo duran los efectos de esta droga endiablada?

—¡Qué sé yo! —contestó—. La última vez que la tomé fui a la cama antes de que se disipase su acción completamente. Estaba asustadísimo. Sin embargo, creo que debe ser cosa de unos minutos.

—Entonces —observé— salgamos a la calle. Resultará divertido. A menos que nuestra presencia no sea causa de alguna perturbación de orden público.

—Ni pensarlo. Las gentes que andan por la calle no nos verán. ¿No sabe usted que el *Nuevo Acelerador* nos hace ir mil veces más de prisa que todo el mundo?... ¡Vamos, pues!... ¿Le parece a usted que por abreviar salgamos por la ventana?

Y así lo hicimos. Nuestra aventura de aquel día a través de, las calles de Folkestone, y bajo la influencia del *Nuevo Acelerador*, puede ser, sin vacilaciones de ningún género, clasificada entre las más estupendas que ha acometido el hombre desde que el mundo es mundo. Figuraos un paseo por una ciudad paralizada en plena vida por un soplo mágico. Era el efecto de una inmensa instantánea fotográfica con todos sus objetos de relieve y con el verdadero color de las cosas. Los coches, los transeúntes, todo permanecía inmóvil.

Entre las personas aparecían algunas con aspectos extraños. Por ejemplo, una muchacha y un joven se miraban sonriéndose; pero era una sonrisa falsa, engañadora, desagradable de contemplar. En mitad

de la acera se había quedado una mujer atisbando la fachada de la casa de Gibberne, y a pocos pasos de la curiosa, un hombre que asemejaba a una figura de cera, se atusaba los mostachos con un aire de presunción infinita. Otro individuo se llevaba la mano al sombrero, arrebatado por el aire y que, sin embargo, permanecía suspendido sobre la cabeza. Todo esto resultaba divertido en extremo.

Queriendo ampliar nuestras experiencias, nos dirigimos al Parque. El espectáculo era allí más fantástico todavía. La banda militar debía estar tocando, encaramada en un quiosco; pero to cierto es que a mis oídos sólo llegaba algo así como la lenta vibración de una campana

Los concurrentes permanecían quietos, en actitudes solemnes o ridículas; a veces con los brazos o una de las piernas en alto y tos bustos inclinados adelante o a un lado. Un perrillo faldero estaba en pleno salto, sin acabar de caer nunca al suelo. Era una cosa, en verdad, prodigiosísima.

Entre los detalles curiosos recuerdo a un caballero que estaba en actitud de luchar desafortadamente contra el viento para que no le llevase el periódico. Y lo más raro era que yo no notaba ni el más leve soplo de aire... ¡Como que nosotros caminábamos mucho más deprisa que él!... Ello parecía absurdo, pero era la verdad; todo cuanto yo había dicho, pensado y hecho, desde que el *Nuevo Acelerador* se difundiera en mis venas, ocurría en el tiempo que tardan normalmente los párpados en abrirse y cenarse, cuando pestañeamos.

A todo esto yo empezaba a sentir un calor inaguantable.

—¡Gibberne! —exclamé—. ¡Basta, por Dios!... Caminamos con una velocidad de seis kilómetros por segundo... Me abraso... Esto debe obedecer a la presión del aire.

—¡Calma! —dijo el sabio—. Observe usted que el mundo empieza a recobrar paso a paso su movimiento. Los efectos de la poción comienzan a ceder.

Era verdad: los concurrentes comenzaban a agitarse. La banda sonaba ya a algo armónico y articulado; los brazos y las piernas de las personas se distendían; los gallardetes y banderolas ondeaban suavemente; las sonrisas se deshlaban y los labios se movían. Era la vuelta a la vida. Tomábamos a ponernos al unísono con el mundo, a marchar a su mismo paso.

Cuando regresamos a casa de Gibberne, todo habla recobrado su

aspecto usual. Mi sorpresa aumentó de pronto al oír de labios del eminente químico que todo cuanto presenciáramos desde que comenzara a hacer efecto la pócima, se había desarrollado en el breve espacio de un segundo. Es decir, que nosotros habíamos vivido media hora mientras la banda militar del parque ejecutaba dos compases. Como se ve, el *Nuevo Acelerador* obraba verdaderos milagros. Tantos, que Gibberne, convencido de los peligros que puede traer el vivir tan excesivamente de prisa, no obstante sus ventajas de decuplicación de las energías humanas, proyecta confeccionar un *Retardador* que compense la potencia más que sobrada del *Nuevo Acelerador*.

Es indudable que ambas drogas causarán una revolución completa en el mundo. Cada cual podrá a su arbitrio, o concentrar toda su actividad en la ejecución de algún acto que exija el vigor máximo, para lo cual hará uso del *Acelerador*, o demorar la vida, dentro de los límites naturales, hasta caer en la pasiva tranquilidad del faquir indio, echándose al colete unas gotas del *Retardador*.

Finalizaré declarando (sirva ello de demostración de las virtudes del *Nuevo Acelerador*) que estas líneas han sido escritas, bajo su influencia, exactamente en cinco minutos. ¿Habrà quien, después de saber esto, niegue las ventajas del invento de mi arrugo Gibberne?

Un sueño de Armageddon

EL hombre de semblante pálido entró en el vagón en Rugby. Sus movimientos eran lentos a pesar del apremio del mozo que le acompañaba, e incluso en el andén advertí que parecía muy enfermo. Se dejó caer en el rincón junto a mí con un suspiro, hizo un intento incompleto de arreglarse la bufanda de viaje y se quedó inerte, con los ojos mirando al vacío. Al cabo de poco sintió que yo le observaba, miró hacia mí y sacó una mano exánime para alcanzar su periódico. Seguidamente, miró de nuevo hacia mí.

Fingí leer. Temía haberle azorado inútilmente, y al poco tiempo me sorprendió oírle hablar.

—¿Decía usted? —dije.

—Ese libro —repitió, mientras lo señalaba con un dedo delgado— trata de los sueños.

—Es obvio —le respondí, puesto que se trataba de los *Estados del sueño*, de Fortnum-Roscoe, y el título figuraba en la cubierta.

Se parapetó en el silencio durante un tiempo, como si buscara las palabras:

—Sí —dijo al cabo—, pero no dicen nada.

No comprendí el sentido de lo que me decía durante unos momentos.

—No saben —añadió.

Miré con mayor atención su cara.

—Hay sueños —dijo— y sueños.

Jamás discuto ese tipo de aseveraciones.

—Supongo... —vaciló—. ¿Usted sueña en alguna ocasión? Me refiero a sueños vividos.

—Sueño muy poco —le respondí—. Dudo de que tenga unos tres sueños vividos en el curso de un año.

—¡Ah! —dijo, y por un momento pareció concentrarse en sus pensamientos—. ¿Acaso sus sueños no se entremezclan con sus recuerdos" —preguntó con brusquedad—. ¿Acaso no duda de si esto o aquello sucedió o no?

—Casi nunca. Excepto algunas vacilaciones momentáneas de vez en cuando. Supongo que muy poca gente lo hace.

—Acaso él dice... —y señaló el libro.

—Dice que sucede en ocasiones y ofrece la explicación habitual respecto a la intensidad de la impresión y cosas semejantes, para explicar que no tenga lugar como regla general Imagino que usted sabe algo de esas teorías...

—Muy poco... excepto que son un error.

Su mano lánguida jugó brevemente con la correa de la ventanilla. Me dispuse a volver a la lectura, lo que precipitó su siguiente observación. Se echó hacia adelante como si quisiera tocarme.

—¿Hay algo calificado de sueño consecutivo... algo que se repite noche tras noche?

—Así lo creo. En muchos libros sobre trastornos mentales se citan casos de éstos.

—¡Trastornos mentales! Sí. Diría que así es. Es el lugar adecuado para ellos. Pero a lo que me refiero... —miró sus nudillos huesudos— es si siempre acaecen cuando soñamos. ¿Es soñar? ¿O es algo distinto? ¿Acaso no podría ser algo distinto?

Hubiera rechazado su conversación insistente de no haber visto la ansiedad en su cara. Recuerdo la mirada de sus ojos marchitos y sus párpados enrojecidos... quizás sepáis cómo es ese tipo de mirada.

—No estoy hablando de una opinión —dijo él—. Es algo que me está matando.

—¿Los sueños?

—Si usted los llama sueños... Noche tras noche. ¡Vividos...! ¡Tan vividos... que esto... —señaló el paisaje que discurría veloz por la ventanilla— parece irreal en comparación! Apenas si puedo recordar quién soy, a qué me dedico... —Hizo una pausa—: Incluso ahora..

—¿Quiere usted decir que el sueño es siempre el mismo? —le pregunté.

—Se acabó.

—¿Cómo dice?

—Me morí.

—¿Murió?

—Muerto y aniquilado, y ahora gran parte de mí, lo que figuraba en el sueño, ha muerto. Muerto para siempre. Soñé que era otro hombre, sabe, que vivía en otra parte del mundo y en una época distinta. Lo soñé noche tras noche. Noche tras noche desperté a aquella vida distinta. Escenas y sucesos nuevos... hasta llegar a aquel último...

—¿En el que murió?

—En el que morí.

—Y desde entonces...

—No —dijo—. ¡Santo cielo! Aquello fue el final del sueño...

Quedaba claro que me iba a contar ese sueño, y a fin de cuentas me quedaba una hora por delante, la luz se iba con rapidez y Fortnum-Roscoe tiene fama de aburrido.

—Al decir en una época distinta —le pregunté— ¿se refiere a otro siglo?

—Sí.

—¿Pasado?

—No... venidero... venidero.

—¿Por ejemplo, el año tres mil?

—No sé de qué año se trataba. Lo sabía cuando estaba dormido, cuando soñaba, sí, pero no ahora... no cuando estoy despierto. Hay muchas cosas que he olvidado desde que desperté de aquellos sueños, a pesar de que las sabía cuando estaba... supongo que estaba soñando. Se referían al año de una forma distinta a nuestra manera de denominar el año... ¿Cómo lo denominaban? —apoyó la mano en su frente—. No —dijo—, lo he olvidado.

Sonrió sin fuerzas. Por un momento temí que no quisiera contarme su sueño. Por regla general detesto a la gente que cuenta sus sueños, pero éste me interesó de forma distinta. Incluso le ofrecí ayuda:

—Empezaba... —sugerí.

—Fue vivido desde el principio. Parecía como si despertara en él de repente. Lo curioso es que en aquellos sueños a los que me refiero nunca recordaba la vida que estoy viviendo ahora. Parecía como si la vida del sueño fuera suficiente mientras durara. Tal vez... Pero le contaré cómo me encontraba cuando haga todo lo posible para recordarlo. No recuerdo nada con claridad hasta que me encontré sentado en un mirador que daba al mar. Me quedé medio adormilado y de repente me desperté de manera vivida, nada adormilado, porque la muchacha había dejado de abanicarme,

—¿La muchacha?

—Sí, la muchacha. No debe interrumpirme o perderé el hilo.

Se paró de forma brusca:

—¿No creerá acaso que estoy loco? —dijo.

—No —le respondí—, usted ha estado soñando. Cuénteme su sueño.

—Me desperté, decía, porque la muchacha había dejado de abanicarme. No me sorprendió encontrarme allí ni algo parecido, ¿comprende? No me pareció haber caído allí de forma repentina. Sencillamente, lo acepté como era. Cualquier recuerdo que tuviera de esta vida, de esta vida del siglo diecinueve, se desvaneció al despertar, se desvaneció como un sueño. Sabía todo lo referido a mi persona,

sabía que ya no me llamaba Cooper sino Hedon y sabía todo lo concerniente a mi posición en el mundo. He olvidado muchas cosas desde que me desperté... hay una falta de ilación... pero entonces resultaba bastante claro y obvio.

Vaciló de nuevo, agarró la correa de la ventanilla, adelantó el rostro y me miró con una súplica.

—¿No le parecerán tonterías?

—¡No, no! —exclamé— Siga. Cuénteme cómo era el mirador.

—En realidad no era un mirador... no sé cómo denominarlo. Daba al sur. Era pequeño. Estaba en la penumbra excepto por el semicírculo del balcón, que permitía ver el cielo, el mar y el rincón en que se encontraba la muchacha. Yo me encontraba en un sofá... era un sofá de metal con ligeros almohadones de rayas... Y la muchacha se apoyaba en el balcón dándome la espalda. La luz del crepúsculo caía sobre su oreja y su mejilla. El hermoso cuello blanco con sus pequeños rizos, así como su blanco hombro, estaban al sol, y todo el encanto de su cuerpo permanecía en la fría sombra azulada. Iba vestida... ¿cómo contarle? Era algo ligero y ondulante. Estaba allí, y me llegaba la imagen de lo muy bella y digna de deseo que era, como si no la hubiera visto nunca. Cuando finalmente suspiré y me levanté apoyándome en el brazo, ella volvió su cara hacia mí...

Paró la narración.

—He vivido cincuenta y tres años en este mundo. He tenido una madre, hermanas, amigas, esposa e hijas... sus caras, sus semblantes, los conozco. Pero la cara de esa muchacha... es algo que me resulta mucho más real. Puedo recordarla de forma que vuelvo a verla... la podría dibujar o pintar. Y a fin de cuentas...

Se interrumpió pero yo no dije nada.

—El rostro de un sueño... el rostro de un sueño... Era hermosa. No la hermosura que resulta terrible, fría y digna de adoración, como la de una santa; ni la belleza que despierta fieras pasiones, sino una especie de radiación, unos labios dulces que se suavizan hasta convertirse en sonrisas, unos graves ojos grises. Se movía con gracia, parecía formar parte de cuanto es agradable y bello...

Se detuvo e inclinó la cara ocultándomela. Luego me miró y siguió, sin intentar de nuevo esconder su creencia absoluta en la realidad de

su historia.

—Yo había echado por la borda todos mis planes y ambiciones, había renunciado a todo cuanto había perseguido o deseado por ella. Había sido poderoso en el norte, con influencia, propiedades y una gran reputación, pero nada de ello parecía valer la pena al lado suyo.

Llegué al lugar, a esa ciudad de placeres soleados, con ella, y dejé que todo naufragara y se deteriorara sólo para salvar un resto, por lo menos, de mi vida. Cuando la amé, y antes de saber si yo le importaba algo, antes de imaginar que se atrevería, que nos atreveríamos, toda mi vida me pareció vana y vacía, polvo y cenizas. Sólo era polvo y cenizas. Noche tras noche y durante largos días la había añorado y deseado... ¡mi alma había topado con lo prohibido!

»Pero es imposible que un hombre le transmita a otro estas cosas. Es la emoción, es un matiz, una luz que va y viene; mientras dura, todo cambia, todo. La realidad es que partí y les dejé que hicieran lo que quisieran con su crisis.

—¿Dejó a quién? —le pregunté, confuso.

—A la gente del norte. En este sueño, por lo menos, yo era un hombre importante, el hombre en quien los hombres confían y alrededor del cual se agrupan. Millones de hombres que jamás me habían visto estuvieron dispuestos a hacer cosas y a arriesgar otras debido a su confianza en mí. Me dediqué a aquel juego durante años, a aquel gran y Jabonoso juego, a aquel, vago, monstruoso juego político entre intrigas, discursos y agitación. Era un vasto mundo en confusión y, al fin, yo era el caudillo contra la Cuadrilla... se denominaba la Cuadrilla... una especie de pacto de proyectos canallescos y bajas ambiciones, amplias estupideces sentimentales y tópicos: la Cuadrilla que mantenía al mundo ruidoso y ciego año tras año, mientras aquello iba a la deriva, hacia el desastre infinito. Pero no puedo confiar en que usted comprenda los matices y las complicaciones de aquel año, sea el que sea, pero venidero. Lo veía todo, incluso hasta el más mínimo detalle, en mi sueño. Supongo que lo soñé antes de despertar, y el trazo desleído de algún pensamiento extraño que había tenido aún se me aparecía al frotarme los ojos. Era una historia mugrienta que hacía que diera gracias a Dios por la luz del día. Me sentaba en el sofá y permanecía observando a la mujer y me alegraba... me alegraba de verme alejado de aquel tumulto, locura y violencia antes de que fuera demasiado tarde. A fin de cuentas, pensé, esto es la vida: amor, deseo y deleite, ¿acaso no son preferibles a aquellas luchas descorazonadoras en pos de finalidades vagas y

gigantescas? Y me culpaba a mí mismo de haber deseado alguna vez ser un caudillo cuando podía dedicar mis días al amor. Sin embargo, entonces pensé que, caso de no haber pasado mis días jóvenes de una manera plena y austera, podía haberme malgastado en mujeres vanas y sin ningún valor; y ante tal pensamiento, todo mi ser se dedicaba al amor y a la ternura hacia mi amada, mi dama querida, que al fin había aparecido y me empujaba, me empujaba con su incomparable encanto, a dejar de lado tal vida.

»Te lo mereces —dije, y hablaba sin intención de que ella lo oyera—, te lo mereces, amada mía; te mereces el orgullo, las alabanzas, todo. ¡Amor! Tenerte a ti lo vale todo —y al murmullo de mi voz ella se volvió.

»—Ven a ver —exclamó ella (ahora la oigo)—, ven a ver el alba sobre el monte Solaro.

«Recuerdo que me puse en pie de un salto y me reuní con ella en el balcón. Descansó una mano blanca sobre mi hombro y señaló hacia las grandes superficies de piedra caliza, que resplandecían como si cobraran vida. Miré. Pero lo primero que vi fue la luz del Sol en su cara, que acariciaba los contornos de sus mejillas y de su cuello. ¿Cómo podría explicarle la escena que teníamos delante de nosotros? Nos encontrábamos en Capri...

—He estado allí —le dije—. He escalado el monte Solaro y he bebido el *vero Capri*, turbio como la sidra, en su cima.

—¡Ah! —dijo el hombre de pálido semblante—, entonces tal vez podrá usted decirme si se trataba, ciertamente, de Capri. Porque en esta vida yo nunca he estado allí. Deje que se to cuente. Nos encontrábamos en una habitacioncita, una entre un sin fin de habitacioncitas, muy fresca y soleada, construida en un hueco de piedra caliza en una especie de promontorio, muy por encima del nivel del mar. La isla entera, sabe, era un enorme hotel, de una complejidad de difícil descripción, y al otro lado había millares de hoteles flotantes, así como grandes plataformas flotantes donde llegaban las máquinas voladoras. La calificaban de ciudad de placer. Naturalmente, no había nada de aquello en su tiempo, es decir, no hay nada de aquello *ahora*. Claro, ¡Ahora... sí!

»Bien, aquella habitación nuestra se encontraba en un extremo del promontorio, por lo que podíamos ver el este y el oeste. Al este había un gran peñasco, quizás de unos cien pies de altura, de color gris frío a excepción de una brillante franja de oro, y más allá de la Isla de las

Sirenas, una costa baja que se había difuminado en el alba caliente. Mirando al oeste, distinta y cercana se encontraba una pequeña bahía, una playa en forma de cimitarra, aún en la sombra. De aquella sombra surgía directamente el Solaro, alto, rígido y con la cima dorada, como una belleza en un trono, y la blanca Luna flotaba tras él, en el horizonte. Delante de nosotros, de este a oeste, se extendía el mar de muchos colores, moteado por barcos de vela.

Hacia el este, naturalmente, los barquitos eran grises y muy diminutos y claros, pero al oeste eran barquitos de oro, de oro reluciente, casi como pequeñas llamas. A nuestros pies se encontraba una roca atravesada por un arco. El azul del agua de mar se hacía verde, con espuma alrededor de la roca, y una barca de remos pasaba bajo el arco.

—Conozco esa roca —le dije—. Casi me ahogué allí. Se llaman los Faraglioni.

—¿Los Faraglioni?

—Sí, así la llamaba ella —respondió el hombre de semblante pálido—. Se cuenta que... —Una vez más, se pasó la mano por la frente—. No —dijo—, quiero olvidar lo que se cuenta.

»Es lo primero que recuerdo, el primer sueño que tuve, aquella habitación en la penumbra, la hermosura del aire y del cielo, aquella dama amada, con sus brazos relucientes y su túnica encantadora, la forma en que nos sentábamos y hablábamos en un susurro. Hablábamos en un susurro no porque alguien nos escuchara, sino porque había tal comprensión entre nosotros que nuestros pensamientos sentían cierto miedo, según pienso, de verse finalmente expresados en palabras, por lo que éstas fluían suavemente.

»Al cabo de un tiempo sentimos hambre y nos dirigimos a nuestro piso, a través de un extraño pasillo de suelo movedizo, hasta llegar a un gran comedor... allí había una fuente y música. Un lugar agradable, alegre, con luz natural, chapoteo de agua y música de cuerda. Nos sentamos, comimos y nos sonreímos; por mi parte, no presté atención ni siquiera al hombre que se sentaba en la mesa de al lado y me miraba.

«Luego nos dirigimos al salón de baile. Pero no puedo describir aquel salón. El lugar era enorme, de mayores proporciones que cualquier edificio que usted haya visto, y en cierto lugar estaba la vieja puerta de Capri, incrustada en la pared de una galería superior.

Vigas ligeras, hilos y tiras de oro surgían de las columnas como chorros de un surtidor, discurrían por el techo entrelazándose. En el círculo de baile había bellas estatuas, extraños dragones e intrincados y maravillosos candelabros de formas grotescas sosteniendo luces. Aquel lugar estaba inundado de una luz artificial que avergonzaba al día recién nacido. Mientras avanzábamos hacia la multitud, la gente se volvía y nos miraba, puesto que todo el mundo sabía mi nombre y conocía mi cara, así como el hecho de que había echado por la borda mi orgullo y había luchado para llegar hasta aquel lugar. También contemplaban a la dama que iba junto a mí, a pesar de que la historia de cómo al fin había llegado hasta mí les era desconocida o se la habían contado mal. Sé que algunos de los hombres que se encontraban allí me consideraban un hombre feliz, a pesar de la vergüenza y la deshonra que había caído sobre mi nombre.

»El ambiente estaba lleno de música, lleno de armoniosos aromas, lleno de ritmo y bellos movimientos. Centenares de personas maravillosas pululaban por el salón, llenaban las galerías, sentados en una miríada de rincones; vestían con espléndidos colores y se coronaban de flores; a centenares bailaban en el gran círculo bajo las blancas imágenes de antiguos dioses y entre las gloriosas procesiones de jóvenes y doncellas que entraban y salían. También nosotros bailamos, no a los sones aburridos de su época, es decir, de esta época, sino hermosos bailes embriagadores. Incluso ahora puedo ver a mi dama bailando... bailando feliz. Sabe, ella bailaba con semblante serio; bailaba con seria dignidad y, no obstante, me sonreía y me acariciaba... me sonreía y acariciaba con sus ojos.

«La música era distinta —murmuró—. Iba... no puedo explicarlo; pero era mucho más rica y variada que cualquier música que haya oído despierto.

«Y luego, cuando acabamos de bailar, se me acercó un hombre para hablarme. Era delgado, un hombre resuelto, vestido con una gran sobriedad para el lugar. Yo había observado su cara mirándome cuando estábamos en el comedor, y luego, en el pasillo, había evitado su mirada. Sin embargo, ahora, sentados en un hueco, al sonreír ante el placer de la gente que iba de aquí para allá sobre el brillante pavimento, se acercó y me tocó; me habló de manera que me vi en la obligación de escucharle. Me pidió hablar brevemente conmigo, aparte.

»—No —le dije—, no guardo ningún secreto para esta dama. ¿Qué quiere decirme?

»Me dijo que era algo trivial o, por lo menos, algo aburrido para una dama.

»—O quizá para que yo lo oiga —le dije.

«Lanzó una mirada hacia ella, como si le pidiera ayuda. Luego, repentinamente, me preguntó si sabía algo de una gran declaración de venganza que Evesham había proferido. Con anterioridad, Evesham había sido el hombre que estuviera junto a mí en la jefatura del gran partido del norte. Era un hombre enérgico, duro, sin tacto, y sólo yo había podido dominarle y suavizarle. Creo que ésta había sido la razón, según creo no por mi culpa, de que los otros se hubieran descorazonado ante mi retirada. Por lo tanto, esta pregunta sobre su actitud despertó mi viejo interés vital, que había arrinconado por un tiempo.

»—No he oído nada hace días —le dije—. ¿Qué ha dicho Evesham?

»Y así empezó el hombre, de buena gana, y debo confesar que me sorprendió la locura sin sentido de Evesham y las palabras desordenadas y amenazadoras que había utilizado. El mensajero que me habían mandado no sólo me contó el discurso de Evesham, sino que siguió hablando para pedirme consejo y señalarme la necesidad que tenían de mi persona. Mientras hablaba, mi dama permanecía sentada, ligeramente inclinada hacia adelante, y contemplaba la cara de aquel hombre y la mía.

«Mis antiguas costumbres de planificación y organización se reafirmaron. Me veía ya regresando al norte, y el efecto dramático que ello causaría. Todo cuanto el hombre decía atestiguaba el desorden del partido, pero no el daño causado. Volvería más fuerte que antes. Seguidamente, pensé en mi dama. ¿Entiende...? ¿Cómo explicárselo a usted? Había ciertas peculiaridades en nuestra relación, no es necesario que se las cuente, que hacían su presencia a mi lado imposible. Tendría que abandonarla; en realidad, tendría que renunciar a ella de forma clara y abierta si iba a hacer todo cuanto pudiera en el norte. Y aquel hombre lo sabía incluso cuando estaba hablando con nosotros, sabía tan bien como ella que mis pasos hacia el deber suponían, primero, la separación; luego, el abandono. Al contacto de aquella idea mi sueño de regreso se tambaleó. Me volví hacia el hombre, de repente, mientras él se imaginaba que su elocuencia me había ganado.

»—¿Qué relación tengo yo ahora con todo eso? —le dije—. He acabado con todo. ¿Cree que he venido aquí para hacerme de rogar?

»—No —me dijo; pero...

»—¿Por qué no me deja en paz? He acabado con todo. Ya no soy un hombre público.

»—Sí —respondió—. Pero ¿lo ha meditado? Se habla de la guerra, esos desafíos infames, esas agresiones feroces...

»Me puse en pie.

»—No —exclamé—, no quiero escucharle, ya lo he considerado todo. Lo he sopesado... y me he alejado.

«Parecía considerar la posibilidad de insistir. Separó la vista de mí hacia donde se encontraba la dama sentada, observándonos.

»—La guerra —dijo él, como si hablara para sí; y a continuación me dio la espalda y se alejó. Yo estaba atrapado en la maraña de pensamientos que su petición había puesto en movimiento. Oí la voz de mi dama.

»—Querido —dijo—, pero si precisan de ti... —No acabó la frase, la dejó en el aire. Miré su dulce rostro y el equilibrio de mi estado de ánimo osciló, se tambaleó.

»—Sólo me quieren para hacer lo que ellos no se atreven a hacer —dije—. Si no confían en Evesham, deben solucionarlo por sí mismos.

»—Pero la guerra... —dijo ella tras mirarme dudosa. Vi la duda reflejada en su cara como no la había visto antes, una duda respecto a sí misma y a mí, la primera sombra del descubrimiento que, examinado a fondo y de una manera total, nos conduciría a una separación para siempre. Yo era mentalmente más maduro que ella y podía arrastrarla a creer esto o aquello.

»—Querida —le dije—, no debes preocuparte por esas cosas. No habrá guerra. Con toda certeza, no habrá guerra. La época de las guerras ha pasado. Confía en mí para saber lo que es justo en este caso. No tienen ningún derecho sobre mí, querida, ni nadie tiene ningún derecho sobre mí. He sido libre para elegir mi vida y he escogido ésta.

»—Pero la *guerra*... —dijo ella. Me senté a su lado. Le pasé el brazo por la cintura y le cogí la mano. Me dispuse a ahuyentar esa duda... me dispuse a llenarle la cabeza de pensamientos agradables. Le mentí,

y al mentirle también me mentí a mí mismo. Y ella estaba más que dispuesta a creerme, más que dispuesta a olvidar.

«Muy pronto la duda había desaparecido una vez más y nos disponíamos a dirigimos a nuestro baño en la Grotta del Bovo Marino, donde solíamos bañarnos cada día. Nadamos y nos salpicamos con agua, y en aquella agua vivificante parecía que yo fuera más ligero y fuerte que un hombre. Finalmente, salimos del agua chorreando y corrimos disfrutando hacia las rocas. Acto seguido, me vestí con un albornoz y nos sentamos al sol; al cabo de un rato reposé la cabeza en su rodilla, mientras ella me pasaba su mano por el peto y lo acariciaba con suavidad; me adormecí. Y de pronto, como cuando salta una cuerda de violín, me desperté y me encontré en mi cama de Liverpool en la vida actual.

«Por un instante no pude creer que aquellos momentos intensos no habían sido sino la sustancia de un sueño.

»La verdad es que no podía creer que se tratara de un sueño, a pesar de la sobria realidad de las cosas que me rodeaban. Me bañé y me vestí como por hábito; me afeité y consideré por qué yo entre todos los hombres debía dejar a la mujer que amaba para volver a la política fantástica del duro y difícil norte. Incluso si Evesham obligaba al mundo a volver a la guerra, ¿qué relación tenía conmigo? Yo era un hombre con corazón de hombre, ¿por qué tenía que sentir la responsabilidad de una divinidad respecto a la conducta del mundo?

»¿Sabe?, no es exactamente así como pienso respecto de los asuntos, respecto de los asuntos reales. Soy abogado, ¿sabe?, y tengo mis opiniones.

»La visión era tan real, debe comprenderme, tan distinta de un sueño que seguí recordando constantemente detalles irrelevantes; incluso el adorno de la cubierta de un libro, sobre la máquina de coser de mi esposa, en el comedor, me recordaba muy intensamente la línea dorada que adornaba el asiento del rincón en que yo había hablado con el mensajero del partido que había abandonado. ¿Ha oído hablar alguna vez de un sueño con estas características?

—¿Cuáles?

—Características como recordar más tarde detalles que habías olvidado.

Lo pensé. Jamás había advertido este detalle, él estaba en lo cierto.

—Nunca —le dije—. Eso no parece propio de los sueños.

—No —respondió—, pero eso es exactamente to que hice. Soy abogado, debe comprenderlo, en Liverpool y no podía dejar de preguntarme qué pensarían los clientes con que hablaba en mi oficina si, de repente, me enamoraba de una muchacha que había de nacer un par de siglos más adelante y me preocupaba por la política de mis tataranietos. Aquel día estaba ocupado en la negociación del arrendamiento de un edificio durante noventa y nueve años. Se trataba de un constructor particular que estaba en apuros y queríamos comprometerle lo antes posible. Me entrevisté con él y mostró un mal carácter que hizo que aquel día me metiera en cama aún furioso. Aquella noche no soñé. Tampoco soñé a la noche siguiente; por lo menos, que yo recuerde.

Mi convicción de que aquello era algo intenso y real se desvaneció un poco. Empecé a sentir la segundad de que se *trataba* sólo de un sueño. Pero volvió de nuevo.

Cuando volvió el sueño, al cabo de cuatro días, fue muy distinto. Estoy casi seguro de que también habían pasado cuatro días en e sueño. Habían pasado muchas cosas en el norte y su sombra volvía a estar entre nosotros, y en esta ocasión no se disipaba con tanta facilidad. Sé que me dedicaba a meditaciones malhumoradas. ¿Por qué, a pesar de todo, tenía que volver, volver para el resto de mis días a afanarme y cansarme, a los insultos y a la insatisfacción constante, sole para salvar a cientos de millones de personas corrientes por quienes no sentía afecto, a quienes con harta frecuencia sólo despreciaba, a le fatiga y la angustia de la guerra y al infinito mal gobierno? A fin de cuentas, yo podía fracasar. Todos iban en pos de mezquinos objetivos, ¿por qué no podía yo... por qué no podía también vivir corno un hombre? Me sacó de tales pensamientos la voz de ella y levanté la mirada...

»Me encontré despierto y andando. Habíamos salido de la Ciudad del Placer, estábamos cerca de la cima del monte Solara y mirábamos hacia la bahía. Era a última hora de la tarde de un día muy claro. A lo lejos, a la izquierda, Ischia colgaba en un halo dorado entre el mar y el horizonte; Nápoles destacaba su blancura fría contra las colinas, ante nosotros estaban el Vesubio con su alto y esbelto penacho de humo avanzando ligero hacia el sur, y las ruinas de la Torre Annunziata y del Castellamare brillaban cerca.

De repente, le interrumpí.

—¿Ha estado en Capri, como es natural?

—Soto en este sueño —dijo—, sólo en este sueño. Por la bahía, más allá de Sorrento, se encontraban los palacios flotantes de la Ciudad del Placer, anclados y encadenados. Al norte estaban las amplias plataformas flotantes que recibían a los aeroplanos. Los aeroplanos aparecían por el horizonte cada tarde, transportando cada uno de ellos a millares de personas en busca de placer, procedentes de los lugares más recónditos de la Tierra hacia Capri y sus delicias. Todo ello, como digo, se extendía a nuestros pies.

«Pero sólo advertíamos su presencia incidentalmente debido a la insólita panorámica que se mostraba aquella noche. Cinco aeroplanos de guerra, durante mucho tiempo inactivos en los lejanos arsenales de las bocas del Rin, estaban maniobrando por el este, en el cielo. Evesham había sorprendido al mundo al sacarlos y mandarlos a dar vueltas por allí. Era la amenaza material del gran juego provocativo que estaba practicando y me había cogido por sorpresa. Era una de estas personas increíblemente estúpidas y enérgicas, que parece que el cielo ha creado para provocar desastres. Su energía, a primera vista, ¡se parecía tanto a la capacidad! Carecía de imaginación, de inventiva, sólo era una fuerza de voluntad estúpida, vasta, impulsora, y le arrastraba una fe loca en su estúpida e idiota "suerte". Recuerdo cómo nos quedamos en el promontorio contemplando al escuadrón trazar círculos a lo lejos, y cómo sopesé todo el sentido de aquella visión; vi claramente cómo debían ir las cosas. Incluso entonces no era demasiado tarde. Pensé que podía regresar y salvar al mundo. La gente del norte me seguiría, lo sabía, sólo con que en un punto respetara sus normas morales. El este y el sur confiarían en mi como no confiarían en nadie más del norte. Sabía que bastaba con decírselo a ella y permitiría que me fuera... ¡No porque no me quisiera!

«Sólo que no quería irme; mi voluntad tomaba otros derroteros. Había expulsado recientemente el íncubo de la responsabilidad: era un renegado reciente del deber y la claridad meridiana de lo que debía hacer no tenía el poder de afectar a mi voluntad. Mi voluntad era vivir, atesorar placeres y hacer que mi dama amada fuera feliz. Pero aunque la sensación de los muchos deberes negligidos no tenía el poder de arrastrarme, me hacía silencioso y preocupado, robé a los días que había pasado la mitad de su brillantez y me sumía en sombrías meditaciones en el silencio de la noche. Al ver los aeroplanos que iban de aquí para allá, aquellos pájaros de infinito mal agüero, ella permaneció a mi lado contemplándome, percibiendo los problemas pero sin percibirlos con claridad, interrogándome con sus

ojos, con su expresión ensombrecida por la perplejidad. Tenía la cara gris porque el crepúsculo desaparecía en el horizonte. No era culpa suya que me retuviera. Me había pedido que me alejara de su lado y, de nuevo, en las horas de la noche y con lágrimas en los ojos, me había pedido que me marchara.

»Al final fue sentirla a ella lo que me despertó de mi estado de ánimo. Me volví hacia ella de repente y la desafié a correr por la ladera de la montaña. "No", dijo, como si hubiera chocado con su seriedad; pero yo había resuelto poner fin a esa seriedad e hice que corriera; nadie puede estar gris y triste cuando pierde el aliento, y cuando tropezó corrí con la mano debajo de su brazo. Corrimos ante una pareja de hombres que se volvieron para contemplarnos, sorprendidos de mi comportamiento: seguramente reconocieron mi cara. Y a mitad de la ladera surgió un tumulto en el aire, clang-clang, clang-clang, y nos paramos; luego, sobre la cima de la colina aparecieron aquellas cosas que volaban una tras otra.

El hombre parecía vacilar al borde de una descripción.

—¿Cómo eran? —le pregunté.

—Nunca habían luchado —dijo—. Eran como nuestros acorazados actuales; nunca habían luchado. Nadie sabía lo que podían hacer tripulados por hombres entusiastas; muy pocos se habían parado a pensarlo. Eran unos grandes ingenios móviles que tenían forma de puntas de lanza sin asta, con una hélice en lugar del asta.

—¿De acero?

—No eran de acero.

—¿De aluminio?

—No, no, nada de eso. Una aleación muy común, tan común como el latón, por ejemplo. Se llamaba... déjeme ver... —se pellizcó la frente con los dedos de una mano—. Lo olvido todo —dijo.

—¿Llevaban cañones?

—Pequeños cañones que disparaban proyectiles altamente explosivos. Disparaban los cañones hacia atrás, fuera de la base de la hoja, por decirlo de alguna manera, y atacaban con el pico. Eso en teoría, pero nunca habían entrado en combate. Nadie podía decir qué iba a suceder. Y mientras, supongo que era muy agradable trazar

círculos en el aire, como un vuelo de jóvenes golondrinas rápidas y ligeras. Supongo que los capitanes intentaban no pensar con demasiada claridad en lo que serían las cosas en la realidad. Y aquellas máquinas voladoras de guerra, sabe, no eran más que una de las estrategias guerreras que habían inventado y que habían dormitado durante la larga paz. Había todo tipo de máquinas semejantes que se cuidaban y restauraban; infernales, estúpidas; cosas que no se habían probado nunca; grandes artefactos, terribles explosivos, grandes cañones. Ya sabe el comportamiento estúpido de los hombres que se las dan de ingeniosos; las construyen como los castores las presas, sin ningún sentido de la dirección de los ríos que van a desviar ni de las tierras que inundarán.

»Al bajar por el tortuoso sendero hacia nuestro hotel, en el ocaso, lo vi todo por anticipado: vi cuan clara e inevitablemente se precipitaba todo hacia la guerra en las manos estúpidas y violentas de Evesham y tuve cierta idea de cómo sería la guerra en estas nuevas condiciones. Incluso entonces, a pesar de que sabía que me hallaba en el límite de mi oportunidad, no podía encontrar la voluntad para volver.

El hombre suspiró.

—Fue mi última oportunidad. No entramos en la ciudad hasta que el cielo se pobló de estrellas, y paseamos por la alta terraza, de aquí para allá, y ella... me aconsejó que regresara.

»—Querido —me dijo volviendo su dulce rostro hacia mí—, esto es la Muerte. La vida que llevas es la Muerte. Vuelve con ellos, vuelve a tu deber...

«Empezó a llorar, diciendo entre sollozos, aferrada a mi brazo al decirlo:

»—Regresa, regresa.

«Luego, de improviso, enmudeció; y al mirar su cara, leí en un instante lo que ella había pensado hacer. Fue uno de aquellos momentos en que uno ve.

»—No —le dije.

»—¿No? —me preguntó sorprendida y, creo, algo temerosa ante la respuesta a su pensamiento.

»—Nada —dije— conseguiría hacerme volver. ¡Nada! He elegido. El amor es lo que he elegido y el mundo debe desaparecer. No importa qué suceda, viviré esta vida... ¡La viviré *por ti*. Nada me apartará; nada, amada. Incluso si tú murieras... incluso si tú murieras...

»—¿Sí? —murmuró con suavidad.

»—Entonces... también yo moriría.

«Y antes de que volviera a decir una palabra empecé a hablar, a hablar con elocuencia, como era capaz de hacerlo en aquella vida; le hablaba para exaltar el amor, para hacer que la vida que vivíamos pareciera heroica y gloriosa; y para que aquello que abandonaba pareciera algo duro y muy innoble, por lo que estaba bien arrinconarlo. Dediqué toda mi capacidad mental a conferirle atractivo, en busca no sólo de convencerla a ella sino también a mí mismo. Hablamos y se aferró a mí, también dividida entre lo que consideraba noble y todo cuanto consideraba agradable. Finalmente lo convertí en algo heroico, hice que todo el denso desastre del mundo resultara sólo una especie de escenario para nuestro amor incomparable; éramos un par de almas alocadas, aferradas finalmente allí, envueltas en aquella espléndida ilusión, más bien ebrias de aquella gloriosa ilusión, bajo las estrellas inmóviles.

»—Y así pasó mi oportunidad.

«Fue mi última oportunidad. Mientras paseábamos de aquí para allá, los jefes del sur y del este aunaron sus esfuerzos y la respuesta ardiente que desmoronaría el engaño de Evesham para siempre, se conformaba y esperaba. Por toda Asia, el océano y el sur, el aire y los telégrafos vibraban con sus advertencias de prepararse... prepararse.

«Ningún ser viviente sabía qué sería la guerra; nadie podía imaginar, con aquellos inventos nuevos, el horror que podía procurar. Creo que la mayoría de la gente aún creía que se trataría de brillantes uniformes, cargas ruidosas, triunfos, banderas y bandas de música... en una época en que la mitad del mundo conseguía su aprovisionamiento alimenticio de regiones situadas a diez mil millas de distancia...

El hombre del semblante pálido hizo una pausa. Le eché un vistazo y su cara miraba fijamente el suelo del vagón. Una pequeña estación de tren, una ristra de vagones cargados, una garita de seriales y la parte trasera de una casa de campo pasaron por la ventanilla de vagón; un puente sonó con un estampido, repercutiendo el estrépito

del tren.

—Después de aquello —dijo— soñé a menudo. Durante las noches de tres semanas aquel sueño fue mi vida. Lo peor es que hubo noches en que no podía soñar, daba vueltas en la cama en asía vida maldita; y *allí*, en algún lugar perdido para mí, sucedían cosas monumentales, terribles... Vivía *de noche*... mis días, mis días de vigilia, la vida que vivo ahora, se convirtió en un sueño desvanecido, remoto, un escenario monótono, la cubierta de un libro. —Se quedó pensativo—. Podría contárselo todo, contarle cada detalle del sueño, pero en to que se refiere a lo que hacía durante el día... no. No podría contarle... no lo recuerdo. Mi memoria... he perdido la memoria. Se me escapan los asuntos vitales...

Se inclinó hacia adelante y se oprimió los ojos con las manos. No dijo nada durante un buen rato.

—¿Y luego? —dije,

—La guerra estalló como un huracán.

Miró hacia adelante, a cosas inexplicables.

—¿Y luego? —le apremié.

—Un matiz de irrealidad —dijo con el tono bajo del hombre que habla solo—, y podían haber sido pesadillas. Pero no eran pesadillas... no eran pesadillas. ¡No!

Permaneció en silencio durante tanto tiempo que se me ocurrió que corría peligro de perderme el resto de la historia. Pero siguió hablando en el mismo tono de comunión interrogante.

—¿Acaso podía hacer algo distinto sino volar? No pensaba que la guerra afectaría a Capri: había imaginado que Capri quedaría aparte de todo, como contraste con todo ello, pero dos noches después todo el lugar era un tumulto y un vocerío, casi todas las mujeres y todos los hombres lucían una insignia, la insignia de Evesham, y no había música sino un himno de guerra discordante que sonaba una y otra vez; se alistaban los hombres por doquier y hacían instrucción en los salones de baile. La isla era un enjambre de rumores; se decía, repetidamente, que había principiado la contienda. Yo no to había esperado. Había visto tan poco de la vida de placer que no había contado con la violencia de los chapuceros. Por mi parte, yo estaba aparte de aquello. Era como un hombre que podía haber evitado el

incendio de un polvorín. Mi momento había pasado. Yo no era nadie; el más inútil imberbe con una insignia contaba más que yo. La multitud nos empujaba y vociferaba a nuestros oídos; aquel maldito himno nos ensordecía; una mujer chilló a mi dama porque no llevaba insignia y los dos volvimos a nuestro alojamiento agitados y cubiertos de insultos... mi dama silenciosa y blanca y yo temblábamos de rabia. Estaba tan furioso que podía haberme peleado con ella si hubiera visto la sombra de una acusación en sus ojos.

«Había desaparecido de mí cualquier sublimidad. Paseaba arriba y abajo por nuestra celda rocosa; fuera estaba el mar ensombrecido y una luz al sur que brillaba, desaparecía y volvía.

»—Tenemos que largarnos de este lugar —dije una y otra vez—. Ya he elegido y no tengo nada que ver con todos estos problemas. No quiero saber nada de esta guerra. Hemos apartado nuestras vidas de todas estas cosas. Éste no es un refugio para nosotros. Tenemos que irnos.

»Al día siguiente huíamos de aquella guerra que invadía el mundo. El resto ya no fue más que huir... El resto ya no fue más que huir... Meditó sombríamente.

—¿Cuánto duró?

No respondió.

—¿Cuántos días?

Su cara aparecía blanca, agotada, y sus manos crispadas. No prestó atención a mi curiosidad.

Intenté que volviera a su historia a base de preguntas.

—¿Adónde se fueron? —dije.

—¿Cuándo?

—Cuando abandonaron Capri.

—Al sudoeste —dijo, y me miró brevemente—. Nos fuimos en barco.

—Yo hubiera pensado en un aeroplano.

—Los habían requisado.

Ya no le hice más preguntas. Luego pensé que empezaba de nuevo. Volvió a hablar de forma divagadora y monótona:

—¿Por qué debíamos hacerlo? Si en verdad aquella batalla, aquella carnicería y cansancio es la vida, ¿por qué anhelamos el placer y la belleza? Si no *hay* refugio, si no hay un lugar en paz y si todos nuestros sueños de lugares tranquilos son una locura y una burla, ¿por qué tenemos estos sueños? Seguramente no eran anhelos innobles, no eran bajas intenciones lo que nos había llevado a eso; era el Amor lo que nos había aislado. El Amor me había llegado en los ojos de ella, arropado en su belleza, más glorioso que cualquier otra cosa en la vida, con la forma y el color mismos de la vida, y me había llamado a alejarme. Había silenciado todas las voces, había contestado a todas las preguntas... había llegado hasta ella. Y de repente no había nada, ¡excepto la Guerra y la Muerte!

Tuve una inspiración:

—A fin de cuentas —dije—, podía haber sido sólo un sueño.

—¡Un sueño! —exclamó acalorado—. Un sueño... cuando... incluso ahora.

Por vez primera se animó. Un ligero sonrojo apareció en su mejilla. Levantó una mano abierta, la cerró y la dejó caer sobre su rodilla. Habló, y durante el siguiente rato miró a lo lejos:

—Sólo somos fantasmas —dijo—, y fantasmas de los fantasmas, deseos como sombras de nubes y voluntades de paja que se arremolinan al viento; los días pasan, lo que es útil y consuetudinario nos arrastra como un tren arrastra la estela de sus luces... ¡Dejemos que así sea! Pero hay algo real y cierto, algo que no es materia de sueños, sino eterno e imperecedero. Es el centro de mi vida, y lo demás está subordinado a ello y es vano en conjunto. Yo quería a aquella mujer del sueño. ¡Y ambos estamos muertos!

»¡Un sueño! ¿Cómo puede ser un sueño, cuando ha envenenado mi vida con un dolor que no se mitiga, cuando hace que todo aquello por lo que viví y me importó, sea algo sin valor ni sentido?

«Hasta el momento mismo en que ella fue asesinada, creí que aún teníamos una oportunidad de huir —dijo—. Durante toda aquella noche y la mañana en que zarpamos por mar de Capri a Salerno,

hablamos de escapar. Estábamos llenos de esperanzas a las que nos aferramos hasta el final, la esperanza de la vida que llevaríamos juntos, lejos de todo eso, lejos de la batalla y la lucha, de las pasiones salvajes y vacías, de la vacía arbitrariedad del "debes" y del "no debes" del mundo. Estábamos por encima porque nuestra búsqueda era algo sagrado, de la misma manera que nuestro amor era una misión..

«Incluso cuando desde nuestro barco vimos la faz magnífica de la gran roca de Capri ya con cicatrices y hendiduras debidas a la colocación de cañones y refugios para convertirla en una fortaleza... no advertimos nada de la inminente carnicería, a pesar de que la furia de la preparación acechaba en humaredas y nubes de polvo en un centenar de puntos en la grisura; pero la verdad es que lo convertí en tema de conversación. Allí estaba la roca, bella aún a pesar de sus cicatrices, con un sinfín de ventanas, arcos y caminos, un nivel tras otro, hasta un millar de pies de altura, como una escultura gris, rota por terrazas cubiertas de bosques de parras, limoneros y naranjos, macizos de pita e higos chumbos, grupos de almendros en flor. Bajo la arcada que se levanta sobre la Marina Piccola llegaban otros barcos; y cuando doblábamos el cabo y veíamos aún la tierra firme, otra hilera de barcos apareció a nuestra vista, empujados por el viento hacia el sudoeste. Al cabo de poco apareció una multitud de ellos; los más alejados eran sólo unas motas de azul ultramar a la sombra del peñasco, en el este.

«—Son el amor y la razón —dije— que huyen de la locura de la guerra.

«Y a pesar de que después vimos un escuadrón de aeroplanos que volaban hacia el sur, no les prestamos atención. Allí estaban, una línea de puntos en el cielo, y luego más, moteando el horizonte al sudeste, y luego aún más, hasta que una cuarta parte del cielo se punteó de motas azules. Eran breves pinceladas de azul y ora uno ora una multitud caían bajo el sol y pasaban a ser destellos de luz. Aparecían, subían, caían y se alargaban como un inmenso vuelo de gaviotas o cuervos desplazándose con maravillosa uniformidad, y al acercarse se esparcían sobre una gran extensión del cielo. El ala del sur se lanzó como una nube a través del sol. Luego viraron hacia el este y corrieron en esa dirección cada vez más pedigüenos y más claros hasta desaparecer en el cielo. Después de esto advertimos, al norte y en lo alto, las máquinas de combate de Evesham que pendían sobre Nápoles como un enjambre nocturno de mosquitos.

«A nosotros nos importaban tanto como un vuelo de pájaros.

»Incluso el rugido de los cañones a lo lejos, al sudeste, no parecía tener ningún significado para nosotros...

»Nosotros aún estábamos exaltados cada día, a cada sueño después de esto, y aún buscábamos un refugio en el que vivir y amar. Nos habían asaltado la fatiga, el dolor y muchas perturbaciones. A pesar de que estábamos polvorientos y manchados por nuestra penosa marcha, medio hambrientos y horrorizados por los muertos que habíamos visto y por la huida de los campesinos, puesto que muy pronto un viento de guerra barrió la península, todo ello nos embrujaba y sólo conseguía darnos una más profunda resolución de escapar. ¡Ah, cuan valiente y paciente se mostró ella! Ella, que nunca había sufrido dificultades ni amenazas, tuvo valor para sí misma... y para mí. Íbamos de un lugar a otro en busca de una salida, en un país dominado y saqueado por las huestes de la guerra. Siempre a pie. Al principio había otros fugitivos, pero no nos mezclábamos con ellos. Algunos escaparon hacia el norte, otros se vieron atrapados por el torrente del campesinado que huía por las carreteras principales; muchos se entregaron a la soldadesca y los mandaron al norte. Muchos de ellos eran reclutados, pero nos mantuvimos al margen de esas cosas; no teníamos dinero con qué pagar un pasaje para el norte y albergaba temores respecto a mi dama en manos de esas masas alistadas. Habíamos desembarcado en Salerno y, sin poder llegar a Cava, intentamos cruzar hacia Tárenlo por un paso del monte Alburno, pero habíamos vuelto atrás en busca de comida, descendiendo cerca de los pantanos de Pesto, en los que se levantan aquellos grandes templos solitarios. Tenía la vaga idea de que en Pesto podríamos encontrar un barco o algo parecido y podríamos salir una vez más al mar. Allí nos alcanzó la batalla.

Me desmoralicé. Claramente podíamos advertir que nos habían cercado; que la gran red de la Guerra nos tenía entre sus garras. En varias ocasiones habíamos visto las levas que bajaban del norte y los habíamos descubierto a lo lejos, en medio de las montañas, abriendo caminos para las municiones y montando los cañones. En una ocasión creímos que nos habían disparado al confundimos con espías... en cualquier caso, una bala nos había pasado muy cerca. En varias ocasiones tuvimos que escondernos de los aeroplanos en los bosques.

Ahora todo esto ya no importa, aquellas noches de huida y de dolor... nos encontrábamos en un lugar abierto cerca de aquellos grandes templos de Pesto, finalmente, en un lugar de piedra desnudo, moteado de arbustos erizados, vacío, desolado y tan plano que los eucaliptus de un bosquecillo, a lo lejos, mostraban incluso sus bases.

¡Cómo lo veo aún! Mi dama estaba sentada junto a un arbusto para descansar un poco, porque se encontraba muy débil y cansada, y yo permanecía en pie a ver si podía calcular la distancia del fuego intermitente. Estaban inmóviles, sabe, luchando lejos los unos de los otros, con aquellas terribles armas nuevas que nunca se habían utilizado: cañones que podían transportarse sin ser vistos y aeroplanos que harían... Nadie podía predecir lo que harían.

»Sabía que nos encontrábamos entre dos ejércitos y que se acercaban. Sabía que estábamos en peligro y que no podíamos paramos y descansar.

»A pesar de que pensaba estas cosas, las relegaba a último lugar. Parecían asuntos ajenos a lo que nos concernía. Básicamente, yo pensaba en mi dama y una dolorosa preocupación se apoderó de mí. Por primera vez se había declarado vencida y había sucumbido a las lágrimas. Detrás de mí podía oír sus sollozos, pero no me volvía porque sabía que necesitaba llorar, y había llegado tan lejos y durante tanto tiempo por mi culpa. Está bien que llore, pensé, que descanse, luego proseguiremos; no intuí en absoluto lo que nos esperaba tan cerca. Incluso ahora puedo verla sentada allí, con el hermoso cabello sobre sus hombros, aún puedo ver los hoyos de sus mejillas.

»—Si hubiéramos huido —dijo ella—, si te hubiera dejado huir...

»—No —dije—. Incluso ahora, no me arrepiento. No me arrepentiré; elegí y me mantendré hasta el final.

»Y entonces...

»Algo brilló en el cielo y estalló, y a nuestro alrededor las balas sonaban como un puñado de guisantes lanzados repentinamente. Partían las piedras a nuestro alrededor y hadan volar fragmentos de bloques, pasaban...

Se llevó la mano a la boca y luego se humedeció los labios.

—Ante el resplandor me di la vuelta... Ella se puso en pie... Se puso en pie y dio un paso hacia mí... como si quisiera darme alcance... Y una bala le atravesó el corazón.

El hombre se calló y me contempló. Sentí la estúpida incapacidad que un inglés siente en tales ocasiones. Nuestras miradas se encontraron y luego miré hacia la ventanilla. Durante largo rato estuvimos en silencio. Cuando al cabo le miré, estaba recostado en su

rincón, con los brazos cruzados y mordiéndose los nudillos.

Se mordió una uña y la contempló.

—La llevé —dijo— hacia los templos, en brazos... como si esto importara. No sé por qué. Parecían una especie de santuario, sabe; habían durado tanto tiempo, supongo...

»Seguramente murió al momento. Sólo que le hablé... durante todo el trayecto.

Nuevamente se hizo el silencio.

—Conozco aquellos templos —dije con brusquedad; y la verdad es que sus palabras me habían recordado aquellos arcos inmóviles, soleados, de piedra gastada, muy claramente.

—Fue en el oscuro, el gran templo oscuro. Me senté en una columna caída y la tuve entre mis brazos... Silencioso, cuando pasó el primer balbuceo. Al cabo de poco reaparecieron los lagartos arrastrándose como si nada excepcional sucediera, como si nada hubiera cambiado... Todo estaba muy quieto allí, el Sol en lo alto y las nubes quietas; incluso las sombras de la maleza sobre la cornisa estaban quietas... a pesar del ruido sordo y los estampidos del cielo.

»Creo recordar que aparecieron los aeroplanos al sur y que la batalla prosiguió al oeste. Cayó un aeroplano. Lo recuerdo... a pesar de que no me interesaba lo más mínimo. Parecía no tener ningún significado. Era como una gaviota herida, sabe... aleteando brevemente en el agua. Lo pude ver a través de la nave lateral del templo... un objeto negro en el agua azul y brillante.

»En dos o tres ocasiones saltó metralla hasta la playa, y luego se acabó. Cada vez que esto sucedía, los lagartos corrían en busca de un lugar donde esconderse. Éste fue todo el estropicio, excepto una ocasión en que una bala perdida rozó la piedra muy cerca... y dejó una brillante superficie nueva.

»Cuando las sombras se hicieron mayores, pareció crecer la quietud.

»Lo curioso —observó el hombre, con la actitud de quien habla de trivialidades— es que no pensé... no pensé nada. Me senté con ella en brazos entre las piedras, en una especie de letargo, inmóvil.

»Ni recuerdo que despertara. Ni recuerdo que me vistiera aquel día. Sé que me encontré en mi oficina, con las cartas abiertas delante, y me sorprendió mucho lo absurdo de encontrarme allí, sabiendo que en realidad yo estaba sentado, atónito, en aquel templo de Pesto, con una mujer muerta en brazos. Leí las cartas mecánicamente. He olvidado de qué trataban.

Se calló y siguió un largo silencio.

De repente noté que bajábamos la pendiente de Chalk Farm a Boston. En este momento me decidí. Me volví a él con una pregunta brutal, con el tono de «ahora o nunca».

—¿Ha vuelto a soñar?

—Sí —parecía forzarse para acabar. Su voz era muy baja—. Una vez más, como si fuera sólo por unos instantes. Me pareció que despertaba de una gran apatía, sentado, y el cuerpo yacía sobre las piedras que me rodeaban. Un cuerpo desvaído. No era ella, sabe. Tan pronto... y ya no era ella...

«Supongo que oí voces. No lo sé. Sólo supe que los hombres llegaban a la soledad y que era el último ultraje.

»Me puse en pie y caminé por el templo; luego descubrí... primero un hombre de cara amarilla, vestido con un uniforme blanco sucio, ribeteado de azul, y luego muchos más, trepando hacia la cima de la antigua muralla de la ciudad destruida y agachándose allí. Eran figuritas brillantes bajo la luz del Sol; allí se quedaron, con las armas en la mano, observando con precaución a su alrededor.

«Más adelante vi a otros, y más aún en otro punto de la muralla. Una formación indisciplinada de hombres en orden abierto.

«Al poco tiempo el hombre que primero había visto se puso en pie y dio una orden; sus hombres aparecieron deslizándose por la muralla y metiéndose en la alta maleza, hacia el templo. Se unió a ellos y los capitaneó. Llegó frente a mí y, al verme, se paró.

»En un principio había contemplado a aquellos hombres por pura curiosidad, pero cuando advertí que querían entrar en el templo, me vi obligado a prohibírselo. Grité al oficial;

»—Ustedes no deben entrar aquí —exclamé—, aquí estoy yo. Estoy con mi muerta.

»El hombre me miró y me respondió en una lengua desconocida.

«Le repetí lo que le había dicho.

«Respondió a gritos y yo permanecí inmóvil. Luego habló con sus hombres y se adelantó. Llevaba una espada en la mano...

«Le hice señas de que se alejara, pero siguió avanzando. Con mucha paciencia y claridad, le repetí; "No debe acercarse. Éstos son templos antiguos y yo estoy aquí con mi muerta."

«Luego se acercó tanto que pude ver su cara con claridad. Era una cara estrecha, con unos ojos grises inexpresivos y bigote negro. Tenía una cicatriz en el labio superior, iba sucio y sin afeitar. Seguía diciéndome cosas ininteligibles, preguntas quizás.

«Ahora sé que él tenía miedo de mí, pero en aquel momento no se me ocurrió. Cuando intenté explicárselo, me interrumpió en tono imperioso, ordenándome, supongo, que me apartara.

«Intentó pasar por delante de mí y yo lo agarré.

»Su cara cambió al agarrarle.

»—Estúpido —exclamé—. ¿No lo sabe? ¡Ella está muerta!

»Me miró. Me miró con ojos crueles. Vi aparecer en ellos una exultante resolución... de deleite. Luego, de repente, ceñudo, echó hacia atrás su espada... así... y la clavó.

El hombre se calló bruscamente.

Advertí un cambio de ritmo en el tren. Se oyó el chirrido de los frenos, y el vagón dio una sacudida y se tambaleó. Nuestro mundo insistía en sus derechos, clamaba. Vi a través de la ventanilla brumosa unas grandes luces eléctricas que brillaban entre las torres, en la niebla, vi hileras de carros inmóviles y vacíos junto a nosotros; y luego una caseta de señales, enarbolando su constelación de verde y rojo en ja media *luz* lóbrega de Londres; pasamos delante. Miré de nuevo las facciones cansadas del hombre...

—Me atravesó el corazón. Fue una especie de sorpresa... ni miedo, ni dolor... sólo sorpresa, sentí que me pellizcaba, sentí que la espada entraba en mi cuerpo. No me dobló, ¿sabe? No me dolió en absoluto.

Las luces amarillentas del andén aparecieron tras la ventanilla, al principio pasando con rapidez, luego con lentitud, y finalmente parándose con una sacudida. Débiles formas humanas pasaban de aquí para allá.

—¡Euston! —exclamó alguien.

—¿Quiere usted decir...?

—No sentí ningún dolor, ni pinchazo ni escozor. Sorpresa, y luego la oscuridad barriéndolo todo. Aquella cara excitada, brutal, ante mí, la cara del hombre que me había matado, parecía retroceder. Desapareció de la existencia...

—¡Euston! —proclamaron las voces exteriores—; ¡Euston!

Se abrió la portezuela del vagón dejando pasar una inundación de sonidos y un mozo se plantó ante nosotros, mirándonos. El ruido de las puertas abiertas de par en par, el repiqueteo de los coches de caballos, y tras todas esas cosas el rugir informe y remoto del empedrado de Londres llegó hasta mis oídos. Una carretilla cargada de lámparas encendidas destelló en el andén.

—Una oscuridad, una inundación de oscuridad que *se abría*, se esparcía y lo borraba todo.

—¿Equipaje, señor? —dijo el mozo,

—¿Y ése fue el final? —le pregunté.

Pareció vacilar. Con voz casi inaudible, me respondió:

—No.

—¿Cómo?

—No pude llegar hasta ella. Estaba al otro lado del templo... Y luego...

—Sí —insistí—, ¿Sí?

—Pesadillas —exclamó—. ¡Verdaderas pesadillas! ¡Cielo santo! Enormes pájaros que se debatían y se despedazaban.

FIN